

César Aira  
La Villa



Lectulandia

Aparte de ir al gimnasio, Maxi no tenía ninguna otra ocupación fija. Hijo de un comerciante acomodado de Flores, con veinte años y un físico imponente, no estudiaba ni trabajaba. Ese otoño, llevado por la necesidad de ocupar el tiempo, empezó a ayudar a cartoneros y cirujas a transportar sus cargas. César Aira retoma aquí su exploración de una Buenos Aires crepuscular, a la vez real y fantástica. De la mano del joven fisicoculturista, asociado por el misterio de la Caridad con los villeros de su barrio, esta novela se interna en los pasadizos de una superpoblada villa miseria del Bajo Flores, donde el sonámbulo inocente termina enfrentando misterios mas profanos y peligrosos. Narcotraficantes, policías corruptos, inmigrantes, una jueza salvaje, colegialas entrometidas, predicadores, todos son arrastrados tras los pasos del angelico Maxi hacia el secreto de la Villa.

**Lectulandia**

César Aira

**La villa**

ePub r1.1

Vladimiro 14.10.13

Título original: *La villa*  
César Aira, 2006  
Retoque de portada: Vladimiro

Editor digital: Vladimiro  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## I

Una ocupación voluntaria de Maxi era ayudar a los cartoneros del barrio a transportar sus cargas. De un gesto casual había pasado a ser con el correr de los días un trabajo que se tomaba muy en serio. Empezó siendo algo tan natural como aliviar a un niño, o a una mujer embarazada, de una carga que parecían no poder soportar (aunque en realidad sí podían). Al poco tiempo ya no hacía distinciones, y le daba lo mismo que fueran chicos o grandes, hombres o mujeres: de cualquier modo él era más grande, más fuerte, y además lo hacía por gusto, sin que nadie se lo pidiera. Nunca se le ocurrió verlo como una tarea de caridad, o solidaridad, o cristianismo, o piedad, o lo que fuera; lo hacía, y basta. Era espontáneo como un pasatiempo: le habría costado explicarlo si lo interrogaban, con las enormes dificultades de expresión que tenía; ante sí mismo, ni siquiera intentaba justificarlo. Con el tiempo se lo fue tomando en serio, y si un día, o mejor dicho una noche, no hubiera podido salir a hacer sus rondas por el barrio, habría sentido agudamente que los cartoneros lo extrañaban, y se preguntaban «¿dónde estará?, ¿por qué no habrá venido?, ¿se habrá enojado con nosotros?». Pero nunca faltaba. No tenía otros compromisos que le impidieran salir a esa hora.

Llamarlos «cartoneros» era hacer uso de un eufemismo, que todo el mundo había adoptado y servía al propósito de entenderse (aunque también se entendía el nombre más brutal de «cirujas»). En realidad, el cartón, o el papel en general, era sólo una de sus especialidades. Otras eran el vidrio, las latitas, la madera, y de hecho donde hay necesidad no hay especialización. Salían a rebuscárselas, y no le hacían ascos a nada, ni siquiera a los restos de comida que encontraban en el fondo de las bolsas. Al fin de cuentas, bien podía ser que esos alimentos marginales o en mal estado fueran el verdadero objetivo de sus trabajos, y todo lo demás, cartón, vidrio, madera o lata, la excusa honorable.

En fin. Maxi no se preguntaba por qué lo hacían, apartaba discretamente la mirada cuando los veía revolver en la basura, y era como si sólo le importaran las cargas una vez que las habían hecho, y de ellas no el contenido sino sólo el peso. Ni siquiera se preguntaba por qué lo hacía él. Lo hacía porque podía, porque se le daba la gana, porque le daba un sentido a sus caminatas del atardecer. Empezó en el otoño, en las siniestras medias luces del crepúsculo, y cuando se le hizo un hábito la estación había avanzado y ya era noche oscura. Los cartoneros salían a esa hora, no porque les gustase, ni por esconderse, sino porque la gente sacaba la basura al final del día, y a partir de ahí se creaba una urgencia, por ganarle de mano a los camiones recolectores que limpiaban con todo.

Era la hora mala para Maxi, siempre lo había sido, desde chico, y ahora que entraba en los veinte años se acentuaba. Sufría de lo que se llama «ceguera

nocturna», que por supuesto no es ceguera ni mucho menos, pero sí una dificultad muy molesta para distinguir las cosas en la oscuridad o con luz artificial. Tenía un ritmo circadiano diurno muy marcado, quién sabe si como causa o como efecto de este problema. Se despertaba con la primera luz, inevitablemente, y el derrumbe de todos sus sistemas con la caída de la noche era abrupto y sin apelaciones. De chico se había adaptado bien, porque era el ritmo natural de los niños, pero en la adolescencia lo había ido apartando de sus amigos y condiscípulos. Todos buscaban con avidez la noche, gozaban la libertad que les daba, se hacían adultos con sus enseñanzas; él lo había intentado, sin éxito. Ya había renunciado hacía rato; su camino era solitario, sólo suyo. Hacia los quince años, cuando ya se desenganchaba progresivamente de los horarios y los consiguientes intereses de sus compañeros, había empezado a ir al gimnasio. Su cuerpo respondió muy bien a las pesas, y había desarrollado músculos por todas partes. Era muy alto y corpulento, habría sido gordo de otro modo. Tal como eran las cosas, la gente que lo veía en la calle pensaba: «un patovica», o «una montaña de músculos sin cerebro». Y no estaban lejos de la verdad.

En marzo había dado algunas de las materias previas que tenía colgadas del bachillerato, y le quedaban otras, para julio o diciembre... o nunca. Su etapa de estudio se había ido extinguendo de un modo tan gradual como definitivo, tanto hacia adelante como hacia atrás: en dirección al futuro, tanto él como sus padres se habían ido convenciendo de que no volvería a estudiar nada nunca más: no había nacido para hacerlo, y era inútil; retrospectivamente, confirmando lo anterior, se había olvidado de todo lo que había estudiado en sus largos años de colegio. En la bisagra entre futuro y pasado quedaban esas materias, bien llamadas «previas», flotando en una indecisión realmente perpleja. De modo que cuando empezó ese otoño no tenía ocupación alguna. Se había pasado el verano preparando vagamente los exámenes, y su familia aceptaba que después de darlos siempre se tomaba un largo período de descanso, para recuperarse no tanto del esfuerzo como de la tristeza y el sentimiento de inadecuación que le producía el estudio.

Esta vez, y aunque lo habían bochado en las tres que dio, o inclusive por causa del fracaso, el apartamiento del mundo académico se profundizaba. Pese a que teóricamente debía volver a probar en julio, y según el plan dar otras dos postergadas (¿o eran tres?), no podía ni pensar en el estudio, y nadie se lo recordó. Así que su única actividad fue el gimnasio. El padre, un comerciante acomodado, no lo apuraba a buscar trabajo. Ya habría tiempo para que encontrara su camino. Era un joven dócil, cariñoso, casero, hacía contraste con su única hermana, menor que él, rebelde y voluntariosa. Vivían en un lindo departamento moderno cerca de la Plaza Flores.

Las caminatas al atardecer habían empezado a fines del verano por varias causas conjuntas. Una era que a esa hora arreciaban las discusiones entre la hermana y la madre, y los gritos llenaban la casa. Otra, que su cuerpo había adquirido una

necesidad de acción, y a esa hora hacía sonar una especie de alarma. Iba al gimnasio a la mañana, desde que lo abrían hasta el mediodía. Después del almuerzo dormía una siesta, tras la cual miraba televisión, hacía algunas compras, estaba en la casa... Esas largas horas de inactividad le pesaban, de modo que se le hacía imperativo volver a ponerse en movimiento. Había tratado de correr, en el Parque Chacabuco, pero era un poco demasiado pesado para correr, tenía demasiada musculatura, y su instructor en el gimnasio se lo había desaconsejado, porque las vibraciones de la carrera podían llegar a modificar el delicado equilibrio de sus articulaciones sobrecargadas por el peso muscular; además no le gustaba. Caminar en cambio era el ejercicio perfecto. Coincidió con la hora en que salían los cartoneros, y de esta coincidencia nació todo lo demás.

La profesión de cartonero o ciruja se había venido instalando en la sociedad durante los últimos diez o quince años. A esta altura, ya no llamaba la atención. Se habían hecho invisibles, porque se movían con discreción, casi furtivos, de noche (y sólo durante un rato), y sobre todo porque se abrigaban en un pliegue de la vida que en general la gente prefiere no ver.

Venían de las populosas villas miseria del Bajo de Flores, y volvían a ellas con su botín. Los había solitarios, y con éstos Maxi nunca se metía, o montados en un carro con caballo. Pero la mayoría llevaba carros que tiraban ellos mismos, y salían en familia. Si se hubiera preguntado si aceptarían o no su ayuda, si hubiera buscado las palabras para ofrecerse, no lo habría hecho nunca. Lo hizo por casualidad, naturalmente, al cruzarse con un niño o una mujer embarazada (no recordaba cuál) sin poder mover casi una enorme bolsa, que él tomó de sus manos sin decir nada y levantó como si fuera una pluma y llevó hasta la esquina donde estaba el carrito. Quizás esa vez le dieron las gracias, y se despidieron pensando «qué buen muchacho». Todo fue romper el hielo. Poco después podía hacerlo con cualquiera, hombres incluidos; le cedían el trabajo sin mosquearse, le señalaban el sitio donde habían dejado su carrito, y allí iba. A él nada le pesaba, podría haberlos cargado a ellos también, con el otro brazo. Esa gente enclenque, mal alimentada, consumida por sus largas marchas, era dura y resistente, pero livianísima. La única precaución que aprendió a tomar antes de meter la carga en el carrito era mirar adentro, porque solía haber un bebé. Los niños chicos, de dos años para arriba, correteaban a la par de sus madres, y colaboraban a su modo en la busca en las pilas de bolsas de basura, aprendiendo el oficio. Si estaban apurados, y los chicos se demoraban, antes que escuchar sus gritos de impaciencia Maxi prefería alzarlos a todos, como se recogen juguetes para hacer orden en un cuarto, y partía rumbo al carrito. En realidad siempre estaban apurados, porque corrían una carrera con los camiones recolectores, que en algunas calles venían pisándoles los talones. Y veían adelante, en la cuadra siguiente, grandes acumulaciones de bolsas muy prometedoras (tenían un olfato especial para

saber dónde valía la pena detenerse); entonces se desesperaban, corría entre ellos una vibración de urgencia; unos partían a la disparada, por ejemplo el padre con uno de los hijos, el padre el más hábil en deshacer los nudos de las bolsas y elegir adentro, viendo en la oscuridad; la mujer se quedaba para tirar del carrito, porque no podían dejarlo demasiado lejos... Ahí intervenía Maxi: le decía que fuera con su marido, él les acercaría el vehículo, eso sabía cómo hacerlo, lo otro tenían necesariamente que hacerlo ellos. Tomaba las dos varas y lo llevaba casi sin hacer fuerza, estuviera lleno o vacío, como un juego, y a veces estaba lleno hasta desbordar: lo que le sobraba de fuerza le permitía evitar sacudirlo, cosa muy conveniente para su eje remendado, las ruedas precarias y la comodidad de la criatura que dormía adentro.

Con el tiempo llegaron a conocerlo todos los cirujas de la zona; era él quien no los distinguía, se le confundían, pero le daba lo mismo. Algunos lo esperaban, los encontraba mirando hacia una esquina, y cuando lo veían apuraban el trámite: les ahorra tiempo, que era lo importante. No hablaban mucho, más bien casi nada, ni siquiera los chicos, que suelen ser tan charlatanes. Él los encontraba casi al salir de su casa, a veces bajaba hasta el otro lado de Rivadavia y de la vía del tren, donde pululaban a hora más temprana, y después los iba acompañando, pasando de una familia a otra, en su lento avance hacia el sur. Nunca intentaban retenerlo cuando los dejaba, entretenidos en alguna veta rendidora: era como si reconocieran que otros un poco más allá lo necesitaban más que ellos.

Si había entre unos y otros un reparto de zonas y puntos productivos, era consuetudinario y tácito, quizás instintivo. Maxi nunca los vio pelearse, y ni siquiera superponerse. La única relación que los unía cuando se cruzaban en una esquina era él; su presencia imponente debía bastar para poner orden y garantizar la paz: su cuerpo de titán hacía de enlace solidario para ese pueblo minúsculo y hundido.

Marchando hacia el sur, iban en dirección a sus casas, es decir a la villa, de la que estaban más cerca a medida que se iban cargando. Pero también seguían la dirección de los horarios de los camiones recolectores. La coincidencia era tan conveniente que parecía hecha a propósito.

El grueso del botín estaba en las inmediaciones de la avenida Rivadavia, en las calles transversales y las paralelas, con su alta densidad de edificios altos, comercios, restaurantes, verdulerías. Si no encontraban ahí lo que buscaban, no lo encontraban más. Cuando llegaban a Directorio, si habían hecho buen tiempo, podían relajarse y rebuscar con más tranquilidad en los montones de basura, que se espaciaban. Siempre había algo inesperado, algún mueble pequeño, un colchón, un artefacto, objetos extraños cuya utilidad no se adivinaba a simple vista. Si había lugar, lo metían en el carrito, y si no había lugar también, los ataban encima con cuerdas que llevaban para ese fin, y parecían estar efectuando una mudanza; el volumen de lo que se llevaban al fin debía de igualar al del total de sus posesiones, pero sólo era la cosecha de una



jornada; su valor, una vez negociado, debía de ser unas pocas monedas. A esa altura las mujeres ya habían separado lo que se podía comer, y lo llevaban en bolsas colgando de las manos. Más allá de Directorio empezaba el barrio de las casitas municipales, vacío y oscuro, con sus calles en arco entremezcladas. Ahí había mucho menos que buscar, pero no les importaba. Volvían a apurarse, esta vez por llegar cuanto antes, tomaban las callecitas que los acercaran antes a Bonorino, por donde desembocaban en la villa. Pero estaban cansados, y cargados, los niños tropezaban de sueño, el carrito zigzagueaba, la marcha tomaba el aire de un éxodo de guerra.

A Maxi se le cerraban los ojos. Por suerte en su casa comían tarde, pero él se levantaba temprano y necesitaba dormir mucho. Cuando ya estaba con los últimos de sus favorecidos, y tenía la seguridad de que no habría más, sólo esperaba la oportunidad de despedirse y volver a su casa, lo que generalmente hacía cuando salían a la calle Bonorino, desde donde ellos seguían derecho, y él también en la dirección opuesta (vivía en la esquina de Bonorino y Bonifacio). Los cartoneros solían dar algunos rodeos todavía hasta salir, más allá del barrio municipal, a zonas mal definidas, de fábricas, depósitos, baldíos. Y una vez allí, en ocasiones eran ellos los que se despedían de él, pues una repentina inspiración, o un plan trazado de antemano (Maxi no podía saberlo: nunca entraban en detalles, y en realidad apenas hablaban), los decidía a quedarse en alguna ruina, en algún sitio vacío que podía servirles de refugio. Eso lo extrañaba, y nunca pudo explicarse por qué lo hacían. Era evidente que estaban cansados, pero no tanto como para no hacer el resto del camino. Quizás era para no tener que compartir la comida que llevaban con parientes o vecinos. Quizás no tenían casa, o compartían alguna casilla muy precaria e incómoda, y estaban mejor en uno de estos sitios casuales. En fin: era una de las ventajas de salir todos juntos a hacer su trabajo, en familia; donde se detenían, ahí estaba su casa.

Sea como fuera, mientras seguían en movimiento él postergaba todo lo posible el momento de despedirse. En tanto que no se durmiera de pie, podía hacer un poco más por ellos. Se resistía a abandonarlos a su suerte, tan agotados los veía; y a él no le costaba nada, lo hacía por gusto. Ellos le tenían confianza, y su vigor era visible sin necesidad de explicaciones. Un elefante tirando de un cochecito de bebé no habría dado una impresión más cabal de lo poco que lo exigía. Todos habían llegado a conocerlo en poco tiempo: aun los que le parecían desconocidos, ya porque fueran nuevos en el oficio o vinieran de otra zona, o porque la casualidad hubiera querido que no se cruzaran (o bien porque él se confundiera, ya que era poco fisonomista y había tantos haciendo lo mismo y eran tan parecidos, sin contar con lo mal que veía de noche), siempre lo tomaban con naturalidad y le cedían muy agradecidos las varas del carrito. Quizá no habían necesitado verlo antes para saber quién era, porque se había corrido la voz de su existencia entre ellos, como una leyenda, pero una modesta leyenda realista, y real, que no asombraba cuando se hacía realidad.

En el tramo final subía a los niños al carrito, si había lugar, y los sentía dormirse. Si había lugar, invitaba con un gesto y una sonrisa a la madre a subir también. Y esas mujeres que parecía como si no hubieran sonreído nunca, respondían a su sonrisa con otra, tímida, y preguntaban «¿puede?, ¿no le pesa demasiado?», por pura cortesía, porque era obvio que sí podía. Pero él aprovechaba la ocasión para responder que no había problema. «¡Por favor! ¡Arriba todos!», y miraba al padre de familia, como diciéndole «aproveche». Y si el hombrecito también se trepaba, la familia entera iba sobre ruedas, en rickshaw, sentada sobre su tesoro de basura. Sólo algún chico grande se negaba a subir, por orgullo o por pensar «sería demasiado», pero no por desprecio, no agresivos, todo lo contrario: más identificados con el gigante bueno que llevaba a los suyos, y echándole de reojo una mirada de admiración y orgullo a los grandes músculos que se hinchaban a la luz de la luna. Era en esas ocasiones, cuando los había cargado a todos, que Maxi realmente creía que más de una vez se había dormido caminando.

La calle Bonorino, desde que nacía en Rivadavia, se llamaba en los carteles «Avenida». Esteban Bonorino, y nadie sabía por qué, porque era una calle angosta como todas las demás. Todos pensaban que era uno de esos frecuentes errores burocráticos, una confusión de los distraídos funcionarios que habían mandado a pintar los carteles sin haber pisado jamás el barrio. Pero sucedía que era cierto, aunque de un modo tan secreto que nadie se enteraba. Dieciocho cuadras más allá, pasando una cantidad de monoblocks y depósitos y galpones y baldíos, donde parecía que la calle ya se había terminado, y donde no llegaba ni el más persistente caminador, la calle Bonorino se ensanchaba transformándose en la avenida que prometía ser desde el comienzo. Pero no era el comienzo, sino el fin. Seguía apenas cien metros, y no tenía otra salida que un largo camino asfaltado, a uno de cuyos lados se extendía la villa. Maxi nunca había llegado hasta allí, pero se había acercado lo suficiente para verla, extrañamente iluminada, en contraste con el tramo oscuro que debían atravesar, casi radiante, coronada de un halo que se dibujaba en la niebla. Era casi como ver visiones, de lejos, y acentuaba esta impresión fantástica el estado de sus ojos y el sueño que ya lo abrumaba. A la distancia, y a esa hora, podía parecerle un lugar mágico, pero no era tan ignorante de la realidad como para no saber que la suerte de los que vivían allí estaba hecha de sordidez y desesperación. Quizás era por vergüenza que los cirujas se despedían de él antes de llegar. Quizás querían que este joven apuesto y bien vestido que tenía el curioso pasatiempo de ayudarlos siguiera creyendo que vivían en un lugar lejano y misterioso, sin entrar en detalles deprimentes. Eso equivalía a suponerles una delicadeza de la que difícilmente podrían haberlos dotado sus circunstancias. Aunque era igualmente difícil pensar que no hubieran notado la pureza de Maxi, que resplandecía en su cara linda de niño, sus ojos límpidos, su dentadura perfecta, su corte de pelo al rape, su

ropa siempre recién lavada y planchada.

Lo que también tenían que notar era el sueño que lo dominaba al final: masivo, invencible. Podrían haber temido que se les durmiera, y no sabrían dónde meterlo. Ese rasgo tenía mucho de infantil; era un niño en el cuerpo de un atleta hiperdesarrollado, que había reemplazado el desgaste del juego por el del levantamiento de pesas, y lo complementaba con el acarreo voluntario de basura. A lo que se sumaba el ritmo diurno muy marcado que le dictaba la alteración química de su hipotálamo y las pupilas (la «ceguera nocturna»). Y como si esto fuera poco (pero era parte del mismo sistema general), madrugaba muchísimo. Más de lo que debía, en realidad, por un hecho casual. El gimnasio abría a las ocho de la mañana, y él estaba levantado, vestido y desayunado un buen rato antes. En el verano, cuando a las cinco ya era de día y la espera se le hacía excesiva, tomó la costumbre de salir con el bolso una hora antes, y hacer tiempo con una caminata. En esos paseos había descubierto a un muchacho, evidentemente sin casa ni familia, que dormía bajo la autopista. Era un lugar raro, una especie de rincón de los que había formado la autopista al cruzar brutalmente la ciudad. La municipalidad había hecho una pequeña plaza seca en ese triángulo, que unía dos calles: habían puesto unos bancos de cemento y canteros, pero todo se había destruido de inmediato (no era un sitio viable para ese fin) y se había cubierto de un pastizal altísimo. Sólo quedaba un estrecho pasaje libre, que los vecinos debían de seguir usando para ir de una calle a otra sin dar la vuelta. Encima, como una colosal cornisa curvada, la autopista. Una vez Maxi, a primera hora de la mañana, se metió por ahí, y vio a este joven sentado contra el paredón, poniéndose las zapatillas. El joven lo miró con desconfianza mientras pasaba, y Maxi se dio cuenta de que había pernoctado al amparo de la autopista y de lo abandonado del pasaje. Los yuyos ocultaban a medias unos diarios que debían de haber sido su cama, y un bolso en el que debían de estar sus posesiones. Días después volvió a pasar, a la misma hora, y otra vez lo vio en tren de partir. Por lo visto ése era su dormitorio: un lugar solitario, por el que no pasaba nadie de noche; y él lo abandonaba al rayar el día. Maxi era el único que lo había descubierto. Las primeras veces que lo vio, le dio la impresión de que no le gustaba la intrusión, pero después lo dejaba pasar sin alzar la vista. Empezó a pensar que, una vez descubierto su secreto, no le disgustaba que él pasara por ahí todos los días; podía transformarse en un hábito, y por ello en una especie de compañía, aunque no intercambiaran una palabra, casi un sustituto, tan precario, de la familia o los compañeros que no tenía. Quizás al verlo pasar pensaba «ahí está otra vez, mi amigo desconocido», con ésas u otras palabras. Uno nunca sabe a qué se pueden aferrar los solitarios, cuando no tienen nada. Y tener menos que éste era directamente imposible. Maxi lo llamaba «el linyerita». Quién sabe qué hacía durante el día, de qué se alimentaba, cómo pasaba el tiempo; no debía de alejarse mucho, para que pudiera volver a dormir siempre en el mismo lugar. A unos pocos

pasos, antes de salir de ese breve pasaje, el pastizal se hacía más alto y tupido, y de él salía un olor feo; ahí debía de hacer sus necesidades el linyerita. Era de edad indefinida, pero imberbe, así que no debía de tener más de dieciséis o diecisiete años, flaco y pequeño, de pelo muy negro pero bastante pálido, con los ojos hundidos y cara de animal asustado. Tenía una especie de traje azul oscuro, sucio y arrugado.

De hecho, Maxi no tenía la total seguridad de que el linyerita durmiera ahí; siempre lo había visto despierto, y levantado, salvo aquella primera vez cuando estaba poniéndose las zapatillas. Pero eso no probaba nada: uno puede sacarse un zapato para quitar de él una piedrita que se le ha metido, y después necesariamente tiene que volver a ponérselo. Además, como suele pasar con las primeras veces, cuando después la ocasión se repite siempre, esa primera vez se le hizo extraña en la memoria, y no podía confiar en ella. Claro que había otros indicios, como los diarios extendidos en el suelo, o el mal olor, y el más importante, la presencia del linyerita en su puesto todas las mañanas. Pero en ese punto había otra cosa incomprensible. Él no calculaba la hora, y esas vueltas matutinas eran irregulares, de modo que pasaba en cualquier momento, y sin embargo siempre lo encontraba en el mismo punto: ni estaba durmiendo todavía, ni se había ido ya. Podía ser simple coincidencia, pero seguía siendo raro. De modo que empezó a salir más temprano, para ver si lo sorprendía dormido. Y no. El otro siempre le ganaba. La única explicación era que se levantara al alba, con el primer canto del gallo. Pero entonces, ¿por qué lo encontraba de pie sobre sus diarios, como si acabara de despertarse? ¿Lo esperaba a él? ¿Usaría su paso como la señal de partida? Podría haberlo averiguado, quizás, pasando más tarde, a ver si realmente lo esperaba. Pero prefería seguir la tendencia que llevaba e ir cada vez más temprano, con la ilusión de verlo algún día profundamente dormido. Y era por eso que se levantaba tempranísimo, desayunaba de prisa y salía, y después pagaba las consecuencias muriéndose de sueño no bien oscurecía.

## II

Con el invierno, la noche se anticipaba cada día un poco más y el proceso terminaba más temprano y llegaban un paso más cerca de la villa. Como los camiones recolectores no cambiaban su horario, en realidad no había motivo para esta aceleración, salvo que a los cirujas el frío los hiciera trabajar más rápido, o buscaran menos, apurados por volver al abrigo de sus casillas, o la gente sacara más temprano la basura, engañada por la oscuridad. También existía la posibilidad de que la ayuda que les prestaba Maxi estuviera dando frutos. Su intervención era individual, casual, artesanal; pero quizás producía un efecto general y aliviaba a todos los cartoneros. Si era así, era inexplicable, y sólo podía adjudicarse al misterio de la caridad. Lo cierto es que si en verano llegaban a Directorio a las nueve, ahora llegaban a las ocho, y él avanzaba hacia el ensanchamiento de Bonorino menos dormido, con más resto. A lo cual contribuía el hecho de que no se levantaba tan temprano, porque amanecía más tarde. Estas ventajas quedaban compensadas con una acentuación de su ritmo diurno, y un adormecimiento más pesado y pegajoso; con el frío se gasta más energía, y él era un ser eminentemente físico.

Como el caballo fiel que se uncía a todas las cargas sin discriminación, tiraba sin sentir el esfuerzo, cada día un paso más adentro del sueño... En el fondo, lo que pasaba era que nadie se había puesto a buscar la utilidad social de Maxi, y él la había encontrado por sí mismo, sin buscarla, llevado por el azar de la ocupación del tiempo. Si había quedado librado a sus propias fuerzas era porque la sociedad operaba con clases amplias y groseras, sin la necesaria finura para captar el más y el menos de las propiedades individuales. No era culpa de nadie, por supuesto. ¿Cómo descubrir lo que puede un hombre? No existe una ciencia de la vocación. Cada cual cae en su lugar por azar, y la inadecuación es la norma. Si hubiera un procedimiento por el que pudiera decidirse qué debe hacer cada uno según la totalidad de sus cualidades, sin olvidar una, se habría expresado cuál es el máximo de utilidad que ese individuo podría rendir en beneficio del prójimo y la sociedad. Para un joven como Maxi, que no quería estudiar y tenía un físico tan impresionante (y tan decorativo, a su modo), la ocupación cantada era la de portero o custodia en una discoteca. En ese rubro habría conseguido empleo al instante; tomaban a todos los que se presentaban, la demanda era insaciable. Pero en su caso esa selección y ubicación revelaba hasta qué punto estaba hecha de generalizaciones. En él había particularidades que la impedían: para empezar, su problema de «ceguera nocturna» lo excluía de un trabajo que se realizaba de noche. Además, no tenía el don de la violencia. Lo que le quedaba entonces, según este sistema de categorización general, era el trabajo de instructor en un gimnasio. Pero aquí otras peculiaridades más recónditas volvían a excluir a Maxi. Era él quien no lo aceptaba, y ni siquiera concebía. Que un gimnasta se volviera profesor de

gimnasia le parecía tan monstruoso como un enfermo haciéndose médico. Tenía un rechazo instintivo y profundo a los sistemas que se autoabsorbieran (no habría podido explicarlo). Era como si la condición misma de su fuerza, y hasta de su belleza, fuera ejercerse fuera de la estructura que los había producido, en dirección al mundo real. Su «trabajo» con las familias de cartoneros era una solución improvisada, espontánea, que él tomaba con toda la liviandad con que se acepta un don divino. No tenía ninguna duda de que llegaría el momento de encontrar su trabajo de verdad, su vocación. Y quizás esto no era sólo un *ersatz* momentáneo para ir ocupando el tiempo, sino un camino.

Los carritos de los que tiraba eran siempre distintos. Pero dentro de la variedad siempre eran adecuados a su fin: transportar cargas con un máximo de velocidad y facilidad. Esos carritos no se compraban, ni se encontraban entre los desechos domiciliarios. Los hacían ellos mismos, probablemente de desechos, sí, de restos, pero restos de otras cosas, quizás muy lejanas originalmente del carrito que terminaban siendo. Maxi no se andaba con miramientos estéticos en general, y menos en esto; pero por la gran casualidad de su ocupación los podía apreciar desde una cercanía mayor que la que daría la contemplación: los usaba. Más que eso, se uncía a ellos. Había notado cómo todos eran distintos, en altura, capacidad, largo, ancho, hondo, tamaño de las ruedas, material, en fin: todo. Los había hechos con tablones, o con varillas, o con caños, hasta con alambre tejido, con lonas tensadas, con cartón. Las ruedas siempre eran adaptadas, y de las más distintas procedencias: de bicicletas, de moto, de triciclo, de cochecito de bebé, hasta de auto. Evidentemente, el aspecto del carro también cambiaba en cada ejemplar, y debía de tener su propia belleza peculiar, su valor como artesanía popular. Siempre había sido así, en realidad, y los historiadores de Buenos Aires habían recogido la historia de los carros y su decoración: las inscripciones ingeniosas, las pinturas que los adornaban (el famoso «fileteado»). Ahora, era otra cosa. No en vano habían llegado los noventa. Estos carros no tenían inscripciones ni pinturas ni nada por el estilo. Eran puramente funcionales, y hechos como estaban de restos ensamblados, su belleza era en cierto modo automática, objetiva, y por ello muy moderna, demasiado moderna para que ningún historiador se ocupara de ella.

A medida que se iba acercando noche tras noche a la villa la luz que emanaba de ella se iba precisando. Una vez Maxi llegó al fin al punto donde la calle Bonorino se ensanchaba. En esa ocasión descubrió que era realmente una avenida, como decían los carteles... Pero lo era sólo allí, y allí se terminaba: a un costado había una hilera de casitas y negocios, al otro, el corralón de un vago depósito. En realidad, la avenida era tan ancha y tan corta que parecía menos una calle que una gran playa cuadrada. Al fondo, se continuaba en un camino asfaltado que se perdía a lo lejos en un arco suave. A un costado de este camino estaba la villa, brillando como una gema

encendida por dentro. El espectáculo era tan extraño que se quedó inmóvil. El padre y la madre cirujas echaron pie a tierra (habían venido subidos al carrito que él tiraba) y tomaron las varas, interpretando su detención como el fin de sus atenciones por la noche. Obediente, él se las dejó, les dio las buenas noches con una sonrisa tímida, y emprendió el regreso. Antes de entrar en el tramo angosto de la calle se volvió a echar una mirada: la forma del carrito se recortaba en negro sobre el resplandor, alejándose. Tenía mucho sueño y le esperaba una larga caminata hasta su casa, pese a lo cual sentía cierta resistencia a volver. Quizá sin saberlo estaba respondiendo a un impulso fisiológico: el atractivo que ejercía sobre sus pupilas alteradas el exceso de luz.

Puede parecer extraño que una villa miseria dispusiera de tanta luz artificial. Pero tenía una explicación perfectamente razonable. La conexión con la red eléctrica era ilegal; todos sabían que las villas se «colgaban» de la red, y tenían electricidad gratis. Al no pagarla, podían derrocharla sin problemas. Una «bajada» de un cable de alta tensión es fácil de hacer: no obstante, hay que hacerlo, hay que saber cómo conectar y como distribuir. Pero justamente, en la villa abundaban los electricistas, como abundaban todos los oficios, al menos en su fase básica. Casi se podía decir que todos sus habitantes eran «oficiales básicos» de todo; los pobres debían arreglárselas con las cosas, no tenían más remedio. No le temían a la electricidad, como los burgueses, y de hecho no tenían por qué hacerlo. Lo más curioso era que adentro de las casillas, que Maxi podía ver apenas, y fugazmente, por una puerta abierta o una ventana, eran mucho más discretos en el uso de luz; en contraste con el abuso de afuera, los interiores se veían en penumbras.

Hasta entonces había creído que los cirujas no lo dejaban llegar hasta sus moradas por un sentimiento de vergüenza; pero empezó a pensar que quizá lo hacían por delicadeza, por liberarlo antes, al verlo tan adormecido. De modo que se propuso estarlo menos, para lo cual extendió las siestas, y como eso no alcanzaba, porque la noche era inexorable con él, simuló. Así pudo acercarse más y más, y al fin, en una noche histórica para él, llegó a franquear los límites de la villa, a entrar, unos pasos nada más aquella primera vez, en ese reino encantado donde no se escatimaba la luz.

Las calles interiores eran muy angostas, a duras penas podía pasar un auto, y cuando había uno, viejísimo, oxidado, a veces sin ruedas o sin vidrios o sin puertas, las obstruía por completo. Lo más extraño era la disposición de estas calles: no partían perpendiculares al borde de la villa sino en un ángulo pronunciado, de casi cuarenta y cinco grados. También era extraño que corrieran en línea bastante recta, a pesar de lo informal de las construcciones. El borde de la villa se curvaba suavemente, sugiriendo que la forma general era un enorme círculo. Era muy populosa. ¿Cuánta gente podía vivir ahí? Decenas de miles. Las calles se introducían a intervalos más o menos regulares, pero todas las hacían en idéntico ángulo. Por allí

entró, y volvió a entrar en las noches siguientes, por una o por otra según el domicilio de sus ocasionales auxiliados, que no eran nunca los mismos.

El resplandor general se explicaba por la cantidad de bombitas que colgaban en las callejuelas. El fluido para ellos era gratis, ¿por qué las iban a escatimar? Eran bombitas comunes y corrientes, de cien watts, colgadas de cables que hacían una maraña en el aire. Parecía una iluminación de feria: una guirnalda con diez foquitos, un racimo de media docena, un círculo de quince o veinte, o bien filas, de a uno, de a dos, de a tres, o dos foquitos y un tercero arriba haciendo triángulo... En fin, todas las combinaciones posibles, sin método, en un despliegue de creatividad caprichosa. Se diría un crecimiento natural, como si en este nivel social, el más bajo, la tecnología se reabsorbiera en la naturaleza. Con el correr de los días Maxi se empezó a dar cuenta de que la cantidad y disposición de los foquitos no se repetía: cada calle tenía su dibujo lumínico propio, lo que debía de hacer las veces de nombre: más fácil habría sido numerarlas, pero si la villa era realmente circular, como le parecía, entonces numerar las calles no habría tenido ninguna utilidad porque no habría fin ni principio.

Cuando entró por esas callejuelas en ángulo, y pasó por debajo de los ramos de foquitos, lo invadió un sentimiento de maravilla que ya no lo abandonó en adelante. Se creía un privilegiado, y no sabía por qué; no era ningún privilegio entrar por ese laberinto maloliente de casillas de lata, donde se hacinaban los más pobres entre los pobres. Pero justamente, él no era pobre, y si lo llevaban hasta allí era una prueba de confianza. Podía haber apostado que ninguno de sus conocidos del colegio, del gimnasio, del barrio, o amistades de sus padres o parientes, habían entrado nunca a una villa, ni entrarían. ¡Y estaban tan cerca! A la vuelta de su casa, podría decirse. De modo que no era gran cosa, pero a la vez sí lo era. No entraba nadie que no perteneciera, por un solo motivo que cubría todos los demás: por miedo. Es cierto que, además, no habrían tenido ningún motivo, sinceramente, para ir. Pero eso era parte del miedo. Ahí estaba la clave de los lugares, de los lugares sociales y también de todos los otros, incluidos los imaginarios. El miedo era la matriz de los lugares, lo que hacía que hubiera lugares y uno pudiera moverse por ellos. Estar o no estar en uno dependía de un complejo sistema de acciones, y ya se sabe que el miedo nace y prospera en la acción. Además, no era tan poca cosa: había oído decir que ni la policía se atrevía a entrar en las villas.

En este sentimiento de maravilla hubo una radical inversión de una creencia previa. Había dado por sentado que no lo dejaban acercarse a la villa por pudor, y que se lo habían permitido sólo cuando entraron en confianza y consideraron que ya no valía la pena ocultarle nada. Pero ese razonamiento sólo se habría sostenido sobre la base de un acostumbamiento, de un sinceramiento, de una entrada en confianza, en fin de cualquier proceso psicológico equivalente; y para que se diera este proceso se habría necesitado un sujeto constante, es decir que los cartoneros con los que entraba



en contacto fueran siempre los mismos. Y resultaba que eran siempre distintos.

No. Se trataba de otra cosa. Empezó a pensar que era justo lo contrario. No era por vergüenza o pudor (¿cómo iban a tener vergüenza de sus casas, después de haberse exhibido ante él hurgando en la basura y llevándosela para comerla? Era una estúpida interpolación pequeñoburguesa) sino, al revés, por no considerarlo digno, por bien vestido, por clase media, por señorito. Y había debido arrastrar carritos durante meses, hacérseles útil de mil modos con su fuerza, con su amabilidad, para que lo encontraran merecedor de hollar sus recintos. Fue como una revelación para él, y le hizo ver las cosas bajo una óptica distinta.

Por lo pronto advirtió, él que era tan poco observador, que no había calles transversales (si podía llamarse «calles» a esos pasadizos). Todas iban hacia adentro, y no las cortaban otras. Que a una calle la corte otra, es decir que se forme una red de calles, parece algo natural, y todas las ciudades se han hecho siempre así; pero quizás no es necesario, y sólo responde a una costumbre. Esta ciudad de la pobreza dentro de la ciudad podía obedecer a sus propias leyes. Lo que sí, parecía un desperdicio de espacio, en contraste con el ahorro furioso del mismo elemento al que obedecía todo lo demás. El hacinamiento era increíble, las casillas de un tamaño ridículo de tan reducido, y literalmente apiladas unas contra otras; esto era comprensible, y al parecer sucedía lo mismo en todas las villas: se levantaban en sitios limitados, que no podían extenderse, y su población aumentaba sin cesar, por el crecimiento vegetativo descontrolado y por las migraciones del interior y países limítrofes. De hecho, era tanta la avaricia de espacio que sorprendía que hubiera «calles», aun tan delgadas como habían quedado. Pero una planificación racional ahorra espacio multiplicando las calles, no suprimiéndolas. Una prueba estaba ahí cerca, en el Barrio Municipal, o «de las casitas», que atravesaban para llegar a la villa. En él las manzanas tenían treinta metros de ancho nada más, de modo que las casas de cada lado tuvieran razonables quince metros de fondo. En las manzanas convencionales de cien metros de lado quedan fondos inútiles de gran extensión. Ahora bien, en la villa las calles estaban separadas por cuarenta o cincuenta metros, y si las casillas que daban a ellas tenían, como podía suponerse, un máximo de cinco metros de fondo (la disponibilidad de materiales las hacía pequeñas por necesidad), ¿qué había entonces entre el fondo de una casilla y el de la correspondiente de la calle siguiente? La respuesta no podía ser sino: más casillas. Ahí adentro debían de vivir familias más pobres todavía, que accedían a sus moradas por unos angostos pasadizos entre las casillas que daban a las calles.

Todo hombre que tenga la costumbre de caminar por una ciudad se hace ideas sobre lo que hay detrás de las casas, y en las rarísimas ocasiones en que puede verlo (al fondo de un pasillo larguísimo cuya puerta ha quedado abierta por casualidad, o desde el contrafrente de un edificio alto) nunca queda desilusionado: al contrario, ve

que se había quedado corto con sus fantasías, y tiene un nuevo y superior estímulo para imaginar espacios más extraños y exóticos, más ocultos, más desconocidos. Allí hay parques, muy cuidados o salvajes, bosques espontáneos, fuentes, estatuas, piletas de natación, o enormes construcciones, galpones de uso poco claro, talleres, o edificios levantados por hobby, reproducciones de castillos o catedrales en miniatura, pero miniaturas que potencian su tamaño real en los detalles, acumulados y trabajados con el amor del ocio y el tiempo, y que actúan como prismas de la perspectiva general, que es lo que falta por definición en esos «corazones de manzana». Todas esas fantasías quedaban descartadas en la villa. Aunque por el hecho mismo de ser descartadas tomaban otra dimensión, al menos en la mente de Maxi. Todas las «fantasías de fachada» partían de la sospecha de la existencia de una riqueza oculta, que podía esconderse aun bajo la más completa mediocridad. Era absurdo sostenerlas en una villa miseria, de acuerdo, pero en el fondo de la pobreza, en la radical supresión de dinero, se esbozaban otras formas de riqueza: por ejemplo de habilidades. Ya la manipulación de la electricidad señalaba en esa dirección. Y nadie sabía qué habilidades creativas podía tener gente que provenía de lugares muy distantes del mundo, y que las más de las veces no tenía trabajo fijo y disponía de mucho tiempo libre.

Había otra cosa que también se apartaba de la geometría racional, y era el ángulo que tenían las calles. Si la forma general de la villa era circular, entonces las calles deberían haber estado trazadas en perpendicular al borde, de modo de ser «radios»; y desembocar todas en el centro. Pero no: partían en ángulos de cuarenta y cinco grados, todas en la misma dirección, (vistas desde afuera, hacia la derecha). Eso significaba que ninguna llegaba al centro, y que ninguna tenía salida. ¿Adonde terminaban? Eso Maxi nunca lo supo. Sus propias «entradas» no eran muy profundas; nunca fue más allá de los cien metros hacia adentro, hasta el punto donde estaba la casa de la familia que ocasionalmente acompañaba, que podía estar más o menos adentro pero nunca tanto como para perder de vista la entrada. Y como no había calles transversales, por donde había entrado tenía que salir. De modo que el centro, si había centro, siguió en el misterio para él. La hora a la que llegaba allí, y su timidez, le impidieron preguntar. Por algún motivo, la iluminación, tan pródiga en la periferia, se hacía escasa a medida que se introducían, y más al centro la villa parecía estar a oscuras. Se la habría dicho en forma de anillo, pero no era así: la densidad crecía en lugar de disminuir, las callecitas se hacían más estrechas y las casillas más apretadas. Tampoco podía ver mucho hacia el fondo. Ni siquiera alguien con buena visión nocturna habría visto, porque esas calles no eran exactamente rectas. Medio dormido, más ciego que nunca (porque el pasaje bajo la corona de luz lo dejaba deslumbrado), Maxi alzaba la vista hacia el interior con insistencia, y ya fuera ilusión, ya confusión, le parecía ver, rumbo al centro inaccesible, torres, cúpulas,

castillos fantasmagóricos, murallas, pirámides, arboledas.

Otra cosa que había observado: la proliferación de perros de toda clase, en general bastante grandes, flacos y ariscos. Por suerte no era de los que les tenían miedo a los perros. A pesar de la hora, estaban en movimiento; iban y venían, se metían en todas partes, hasta entre sus piernas y entre las ruedas del carrito, rara vez solos y a veces en bandas numerosas. Debían de andar buscando comida, y el día y la noche eran lo mismo para ellos, con lo poco que debían de conseguir. Nadie les llevaba el apunte; ni notaban su existencia. Pero estaban todos sobre el borde: afuera del círculo, o en los primeros metros de las callecitas. Más adentro se hacían raros, y nunca vio uno yendo ni viniendo desde las profundidades del centro.

### III

Si Maxi hubiera tenido el temor de que lo viera algún conocido en esa ocupación (pero no se le ocurrió ni por un instante), podría haberlo hecho a un lado tranquilamente. Nadie lo vio nunca. Pudo deberse en parte a la casualidad, que a veces toma el camino de la abstención y lo mantiene, infalible a través de las mil vueltas del laberinto de los posibles; y en parte a la formación de uno de esos puntos ciegos que son tan característicos de la vida en las grandes ciudades. Pero eso no significaba que hubiera pasado del todo desapercibido: hubo alguien que lo vio, y lo reconoció. Fue uno solo, y no se lo dijo a nadie. Había una explicación para que fuera él y no otro: era un policía.

Como ya dije, Maxi vivía en la esquina de Bonorino y Bonifacio. A cincuenta metros, sobre la calle Bonorino, estaba la Comisaría Treinta y ocho, y en ella trabajaba el inspector Cabezas, asignado ahí para los trabajos de reestructuración subsiguientes a la intervención de la comisaría un año atrás, y la baja de todo su personal superior (una jueza había irrumpido una noche, al frente de un grupo de élite de la policía judicial, y había encontrado pruebas de que se torturaba a los detenidos). El trabajo de Cabezas había terminado hacía unos meses, pero seguía teniendo por cuartel central personal a la comisaría ya normalizada. Una noche vio a Maxi tirando de un carrito de cartonero, y lo reconoció. Lo había visto muchas veces saliendo del edificio de la esquina de la comisaría, y le había llamado la atención por su físico. No es que esto último fuera necesario para que lo reconociera, porque era muy fisonomista y tenía una memoria de elefante.

Intrigado e interesado, empezó a observarlo. Como no tenía que rendir cuenta de sus horarios, salía al anochecer en su auto, y no le costaba mucho trabajo localizarlo. Lo estudiaba de lejos, a veces estacionando un momento, sin bajar del auto, a veces dando vueltas a la manzana, siguiendo el recorrido que hacía el joven patovica con los cirujas. Al poco tiempo tenía más o menos en claro su rutina. La primera vez había creído que ayudaba a una familia determinada, pero no tardó en ver que no se trataba de eso, y su interés creció. En varias ocasiones lo siguió hasta el final, hasta que ya muy adentro del Bajo de Flores se despedía y volvía a su casa. Un par de veces esperó sentado en el auto a que saliera de la casa, a última hora de la tarde, y lo siguió, a la distancia e invisible, todo el trayecto hasta que volvía, tres o cuatro horas después. No se preocupaba por el tiempo que le insumía. No lo hacía todos los días; en general se limitaba a echarle una mirada de lejos, le bastaba con reconocerlo y ver que seguía en lo mismo. Dejaba pasar días, semanas enteras, sin ir a ver, después volvía... Así fue constatando sus progresos hacia la villa. Ya en invierno, lo esperaba a veces en la parte ancha de Bonorino, hasta verlo llegar, tambaleante al final de su jornada, y fue testigo de su ingreso a la villa, lo que llevó al máximo su interés en el

asunto y lo puso a pensar seriamente.

Todo separaba a Maxi del inspector Cabezas, la edad en primer lugar. Uno estaba al comienzo de su vida, no sabía qué iba a hacer con ella y reaccionaba sobre la base de esa incertidumbre; el otro, pasados los cincuenta años, iniciaba la vuelta, sabía perfectamente lo que había hecho con su vida, y daba por sentado que cada acción de cualquier hombre, joven o viejo, ya estaba tramando el tejido de su destino. De ahí surgía un malentendido esencial, que tendría graves consecuencias. La diferencia se manifestaba en el formato de sus respectivas empresas, por más que éstas se superpusieran. La de Maxi era lineal, una aventura abierta a la improvisación, que se perdía de vista a lo lejos como un camino. La de Cabezas, en cambio, se parecía al desciframiento de una estructura. Para un policía, y sin necesidad de recurrir a la influencia de la novela policial, las cosas se presentaban bajo el aspecto de un «caso». Por poco que se hubiera interesado en las idas y venidas de Maxi, éstas constituían en su mente un caso. Es decir que nada debía quedar inexplicado, y una explicación debía engancharse con otras, hasta formar un complejo, el cual a su vez debía articularse con los otros, hasta que toda la sociedad quedara cubierta.

No era una cuestión puramente intelectual. De hecho, el inspector Cabezas estaba muy lejos de ser un intelectual. Donde faltaba una explicación (porque era difícil encontrarla, o él no tenía ganas de buscar), la creaba. De hecho, eso estaba más en su carácter: era un hombre de acción, no de especulación. ¿Y cómo se «crea» una explicación? Avanzando, improvisando. Ahí el método de Cabezas coincidía con el de Maxi, pero en otro nivel y con otros fines. El «caso del gigante benefactor» se le presentó como algo completamente inexplicable, lo que le dio un campo máximo a la acción correspondiente. Podría decirse que tuvo que crearlo todo.

La estructura emergía de un hecho de la realidad: el foco de violencia que se había generado a la puerta de esa villa circular, a la que en la jerga de la policía llamaban «la calesita». Ese punto estaba ubicado precisamente donde se ensanchaba la calle Bonorino, en la que además, mucho antes, estaba la comisaría. Refugio clásico de maleantes y fugitivos, el auge de las drogas había multiplicado la violencia en las villas, en primer lugar porque era un negocio que movilizaba mucho más dinero; en segundo, por efecto de los trastornos de conciencia que producía la droga en los consumidores. Esta villa en particular era un caso especialmente virulento. Y por supuesto (aquí se aplicaba el procedimiento de Cabezas) no era «un» caso sino un complejo innumerable de casos relacionados. Por lo pronto, el foco de violencia que preocupaba al barrio no estaba en la villa propiamente dicha, en cuyo interior nadie podía asegurar qué pasaba, sino afuera, en su «hall» de entrada.

Justamente ese otoño había salido publicada en el Clarín una carta de lectores que decía lo siguiente: «Los vecinos de Bonorino al mil ochocientos en el Bajo Flores hemos venido sufriendo en los últimos años una escalada de violencia, alentada por

una mafia que tiene su cuartel general en la vecina villa de emergencia. Las armas y las drogas se han vuelto una presencia cotidiana en lo que hasta hace poco era un tranquilo barrio de trabajadores, con chicos jugando en las veredas. Hoy día vivimos encerrados, de día y de noche, rehenes domésticos de una criminalidad que no tiene controles. El 15 de marzo pasado, en un episodio confuso, ese estado deplorable de cosas se cobró una víctima fatal: un disparo de arma de guerra terminó con la vida de una niña de quince años. Esa niña, excelente alumna y el sol de la vida de sus padres, era mi hija. Todavía no hemos recibido ninguna explicación, los culpables siguen impunes, sembrando el terror en el vecindario, nuestra familia ha quedado destrozada y sólo podemos esperar una repetición de esta tragedia». Como todas las cartas de lectores en los diarios, estaba firmada, con la dirección (que como podía esperarse era de la avenida Bonorino al mil ochocientos) y el número de DNI.

El inspector Cabezas tenía el recorte en la billetera, no tanto por el contenido de la carta, que al fin de cuentas era una más, sino porque el apellido del firmante era, como el suyo, «Cabezas». Ni siquiera eso habría bastado para que la recortara y guardara, sino que el nombre, «Ignacio», también coincidía con el suyo. Era una casualidad verdaderamente asombrosa, sobre todo porque ni el nombre ni el apellido eran tan comunes. Se habría sorprendido muchísimo de enterarse de que existía otro Ignacio Cabezas; pero que encima ese homónimo viviera en el Bajo de Flores, en su radio de acción, y que se diera a conocer públicamente de este modo, superaba toda previsión, y bastó para que le sugiriera la presencia de un mecanismo en el que él podía jugar un papel, no sabía cuál todavía. Previsor, había llevado el recorte en la billetera durante meses, sin mostrárselo a nadie.

No había hecho nada para conocer al otro Ignacio Cabezas, ni se había molestado en revisar el expediente de aquel asesinato, porque sabía a qué atenerse. Lo que le interesaba estaba un poco más allá, en la villa, que sí había estudiado, aunque sin éxito. Todos sabían que ahí se vendían drogas en gran cantidad, pero nadie sabía cómo entraban y cómo salían. Podía ser de mil modos. Largas vigiliadas, a las que estaba acostumbrado, le habían enseñado que los compradores venían a las horas más insólitas del día o la noche, siempre en auto. Se detenían un momento, preguntaban algo (¿qué?), retomaban la marcha, y podían llegar a dar hasta diez vueltas a la villa, haciendo honor al círculo que la rodeaba. Se hacía difícilísimo seguirlos sin ser notado, sobre todo de noche, cuando no había nadie y nada en el circuito, por lo demás violentamente iluminado por la luz que salía de la villa. Y las compras parecían efectuarse de noche; las visitas diurnas seguramente eran exploratorias. Cabezas no era el único en haberlo notado; algunos de sus colegas habían hecho observaciones tan discretas como la suya, y de ahí había surgido el nombre de «la calesita», tan apropiado y elocuente.

Ahora al fin vio llegar el momento de darle un uso al recorte. Sabía que el

patovica al que había estado vigilando tenía una hermana, porque había visto a toda la familia saliendo junta del edificio en la esquina de la comisaría. Y sabía que esta jovencita andaba en malas juntas del barrio (¡qué no sabía la policía!); de hecho la tenía mejor estudiada que a su hermano, el cual, de más está decirlo, para él era una completa incógnita. Así que la siguió un día, a pie, y esperó para abordarla a que estuviera a cierta distancia de su casa, en la mitad de una cuadra desierta. La llamó por su nombre, y ella se dio vuelta alarmada. Era un rubiecita linda pero con gesto agrio. Estaba la posibilidad de que ella lo reconociera; podía haberlo visto entrar o salir de la comisaría. Pero corrió el riesgo porque sabía lo distraídos que son los jóvenes, lo encerrados que están en su propio mundo.

—No quiero amenazarte —empezó diciéndole—. Había pensado hablar con tus padres, pero pensé que podríamos entendernos directamente. No quiero darles un disgusto si no es necesario; yo también soy padre, y sé lo que es. Ellos no tienen por qué enterarse de nada, si cooperás.

—¿Yo? ¿En qué? ¿Usted quién es?

Le salía la serpiente de adentro, pero no podía ocultar que estaba nerviosa y asustada. «Yo te voy a dar, putita», pensó Cabezas.

—¿Tenés un minuto?

—No. Estoy apurada.

—Tomá, leé esto —le dijo dándole el recorte. A ella el trámite le resultó tan extraño e inesperado que paradójicamente la tranquilizó. El gesto en sí lo conocía de memoria: era el de esa multitud de desocupados que llenaban las calles repartiendo volantes. Salvo que esta vez no se trataba de un volante sino de un pedazo de diario. Lo miró por los dos lados y se puso a leer. Aunque mantuvo la expresión impasible, Cabezas, que no le sacaba los ojos de encima, notó que sabía de qué se trataba y que su pequeño cerebro retorcido se ponía a trabajar. Cuando calculó que llegaba al final, le señaló con un dedo la firma, y le tendió con la otra mano su cédula de identidad. Ella pudo leer dos veces el mismo nombre.

—En efecto —dijo él guardando el recorte y la cédula en el bolsillo—, yo soy el padre. Hace meses que estoy investigando por mi cuenta, porque si voy a esperar a que la policía haga algo, estoy listo. Son unos incompetentes y unos corruptos —agregó entre paréntesis para dar un toque folklórico, con el que ella podría identificarse por poco que mirara televisión. Y para cubrirse por si en el futuro ella lo veía entrar en la comisaría—: Voy todos los días a la Treinta y ocho, a ver si hay novedades, pero no hacen nada. Yo, en cambio, averiguando por mi cuenta, he llegado a saber muchas cosas. —Aquí hizo una pausa y la miró fijo. Adivinó que ella quería decir «¿Y yo qué tengo que ver?» pero no podía, porque el miedo le había paralizado los labios—. Sé que estabas en contacto con esos vaguitos del Comercial Nueve que iban a comprar proxidina a la villa. Pero no te preocupes, no te voy a

denunciar, ya te dije que no quiero darles un disgusto a tus padres sin necesidad. Lo único que te pido a cambio es que me ayudes a encontrar a los miserables que mataron a mi hija. Yo me estoy dedicando full time a buscarlos, he abandonado mi trabajo, y no pienso más que en eso...

—¡Yo nunca fui a comprar nada! ¡Vaya a decírselo a quien quiera!

—No se lo voy a decir a nadie. Yo soy un padre desesperado, y te pido que tengas compasión. Es más, estoy seguro de que no fuiste a hacer compras a la villa. Pero conocías a esos pibes, andabas con ellos. A mí qué me importa lo que hace cada cual. Todos somos libres, y está visto que todos quieren drogas. Lo que digo en esta carta no es del todo cierto. Sé que mi hija no era ninguna santa, pero eso no justifica que la hayan matado, ¿sí?

La preguntita surtió efecto. Ella asintió, compungida.

—Quiero que me averigües cómo hacen negocios ahí en la villa. Es lo único que no he podido entender, y hasta que no lo entienda no voy a tener la punta del ovillo. No te voy a preguntar ahora lo que sabés. Preguntale a tus amigos, como cosa tuya. Yo sé dónde vivís, y dónde estudiás, y todo lo demás, así que me voy a poner en contacto. Pensá que estás haciendo una obra de bien. Vos hacés algo por mí, yo hago algo por vos.

Ahí la dejó. Sabía que ella sería incapaz de conseguir ninguna información valiosa (aunque nunca se sabía, con los caminos tan extraños por los que circulaba la información), pero su intención iba más allá. Quedó satisfecho con la conversación. La próxima vez podría avanzar un poco más, y ni siquiera descartaba la posibilidad de seducirla, ya que estaba. Como se ve, hacía caso omiso del viejo dicho «El que se acuesta con niños, se despierta mojado».

Vanessa quedó descentrada, casi sin saber dónde estaba. Era casi como si la hubieran transportado por magia a una ciudad extranjera, de la que no sabía siquiera el nombre. Su pequeño mundo vacilaba. Salió caminando en automático, mientras su cerebro funcionaba a toda máquina. Pero era inútil; no podía pensar nada. O mejor dicho, sí, podía pensar una sola cosa, y la pensaba tan fuerte que ocupaba todo: debía pedir ayuda. Era la clase de persona que necesitaba ayuda para todo, en todo momento. Y esta vez se le hacía más imperioso que nunca. Salvo que esta vez era como si necesitara demasiada ayuda, más de la que contenían los cielos y la tierra. Pero, así es de extraño el pensamiento, de inmediato le vino a la mente la persona justa, que era alguien que cinco minutos atrás no podía haber estado más lejos de su conciencia.

Ese personaje providencial era una sirvientita que trabajaba justo frente a su casa. Aunque nunca habían hablado, Vanessa sabía que esa chica vivía en la villa, de la que venía caminando todas las mañanas, y una vez la había visto en compañía de uno de esos peligrosos bolivianos que distribuían drogas. Ella también parecía boliviana, y



como a Vanessa todos los bolivianos le resultaban iguales, no estaba segura de no haberla confundido con otra. Sólo a alguien muy perturbado se le ocurriría recurrir a alguien tan improbable, pero era la que tenía más cerca, y eso le bastó. Directamente dio media vuelta y volvió a su casa, porque era el momento ideal para intentar una comunicación: en su casa no había nadie, y por las ventanas podría ver si la chica estaba haciendo la limpieza en el departamento de enfrente, como todas las mañanas; quizás ella también estaba sola, y podría hablar.

Subió, y se precipitó a la ventana. Enfrente los balcones estaban cerrados, pero las cortinas estaban abiertas: se veían los dormitorios, y nadie en ellos. Fue hacia el teléfono, y sólo ahí cayó en la cuenta de que no sabía el número. No importaba. Tenía un modo de averiguarlo, porque su mejor amiga vivía en el mismo edificio de enfrente. La llamó. No estaba, pero la atendió la madre, que le facilitó el apellido de los dueños del tercer piso. Febrilmente, buscó en la guía telefónica; entre todos los abonados con ese apellido, encontró al que figuraba en la calle Bonorino al doscientos, y marcó el número. Atendió una voz de mujer.

—Quiero hablar con la empleada que trabaja ahí —dijo.

—¿De parte de quién?

Era una voz con un acento raro. Tenía que ser ella.

—¿Sos vos?

—Señora, sí.

Vanessa suspiró aliviada, como si todos sus problemas hubieran terminado.

—Escuchame, soy la chica que vive en el tercero del edificio de enfrente, siempre te veo por la ventana, vos debés de haberme visto.

Un silencio.

—¡Hola!

—Señora, sí. ¿Quién?

—¡Enfrente, justo enfrente! Ahora estoy en la ventana. ¿Podés ir a atender a un dormitorio? Es muy importante. Si vas a un dormitorio me vas a ver. Yo de aquí los estoy viendo.

—Señora, sí.

Otro silencio.

—¡Hola!

Nada. ¿Habría entendido? Vanessa clavaba la vista en los balcones de enfrente. Pasó una eternidad, y al final la vio aparecer, negra como una cucaracha, pequeña como una niña de diez años, y levantar el teléfono de una mesa de luz.

—Señora, sí.

—¡Hola! Aquí estoy. Mira enfrente. —Abrió la ventana con una mano, y agitó el brazo con desesperación—. ¿Me ves? ¡Pero mirá para este lado! ¡Para afuera!

La vio darse vuelta lentamente, como una sonámbula (¿o sería un efecto de la

distancia?), y mirar para cualquier lado.

—¿Me ves? Yo vivo aquí enfrente. ¡Hola! ¡Hola! —Estos «holas» no eran telefónicos sino que acompañaban sus gestos exagerados del brazo—. Me debés de haber visto muchas veces.

—Señora, sí.

—No me digas señora, no soy mi vieja, soy yo. ¿Me viste? ¿Me ubicaste?

—Señora... sí.

—Escuchame, ¿cómo te llamás?

—Señora, Adela.

—Adela, yo me llamo Vanessa. Te tengo vista desde hace rato, y sé que vivís en Bonorino al mil ochocientos. —No le pareció delicado decir «la villa»—. Una vez te vi que venías con ese señor gordo que se juntaba con los chicos del Comercial Nueve.

—¿Quién? ¿Qué señor?

—Uno gordito, no sé si era un señor o un muchacho. —En esas razas, además de no reconocer a los individuos, no podía calcularles la edad—. Tenía una campera rojo brillante. De cualquier modo, ¡no importa! Lo que quería decirte era otra cosa. Estoy desesperada. Recién me paró un tipo, es el padre de esa chica que mataron en Bonorino al mil ochocientos, ¡está loco! ¡Quiere matarlos a todos! Yo no sé qué hacer, me persigue, sabe dónde vivo, me viene a buscar, si mis viejos se enteran me matan...

Se había descontrolado, hablaba sollozando, tan rápido que no se le entendía nada. La otra parecía perpleja, y con razón.

—¿Pero usted qué quiere?

—¡Que se hagan cargo, la puta que los parió! A mí me persigue un loco... ¡Y yo no tengo nada que ver! Ni siquiera he ido allá. A ese hombre gordo lo vi una sola vez en mi vida. No sé quién es. Vos debés saber, por eso te llamo.

—Señora, yo no sé...

—¡Yo quiero terminar con esto ya! ¡Ya! No quiero saber más nada. —Otra vez perdía el control, el llanto le impedía hablar. Al fin cortaron.

Adelita se quedó pensativa. Entró la señora en el dormitorio.

—¿Quién te llamó?

—Señora, una loca, la chica que vive ahí enfrente, ¡me hablaba mirándome por la ventana! Ahí está, ¿la ve? La señora miró, y en efecto allá enfrente Vanessa estaba de pie llorando convulsivamente al lado del teléfono. Por suerte para ella no se le ocurrió mirar y ver cómo su secreto no había terminado de salir de su boca cuando ya se estaba divulgando.

—¿Pero qué le pasa? —preguntó la señora—. ¿Por qué te llamó?

—Señora, dice que el padre de aquella chica que mataron en mi barrio la está persiguiendo.

La patrona puso cara de horror.

—¡Pero esa pesadilla no va a terminar nunca! ¿Y ella sabe...?

—Señora, no —dijo Adelita ahogando un puchero, porque empezaba a reaccionar—. Ella cree que yo conozco a los que venden drogas. Dijo que una vez me vio venir con uno...

—¿Con quién?

—Creo que se refería al Pastor. Mencionó la campera roja brillante que tiene él.

—Mm... ¿Y cuándo viniste vos con el Pastor?

—Un día, una sola vez, me lo encontré en el camino, él venía a la comisaría, señora, fue la única vez que hablé con él, me preguntó si vivía en el barrio, y si creía en Jesús y qué se yo qué cosas.

—Típico de él —comentó la patrona con desdén—, milagro que no te preguntó dónde trabajabas y si tus patrones creían en Jesucristo y qué marca de auto tenían...

Adelita no pudo reprimir una sonrisa:

—Señora, creo que me lo preguntó.

—¡No se lo habrás dicho! —dijo la señora riéndose—. ¡Qué buchón entrometido de mierda! —Se quedó pensativa un momento—. Qué rara es la vida. Una sola vez hablaste en la calle con un tipo, alguien te ve justo esa vez, y supone que sos su amiga.

—Señora Élide, qué casualidad...

Realmente era para sorprenderse. No tanto por lo del Pastor. Éste era un sedicente pastor evangélico que predicaba en la villa y le sacaba plata a los incautos, aunque eso era apenas una fachada para su verdadera ocupación rentada, que era de soplón de la policía. La «casualidad» a la que se había referido Adelita haciéndose eco de la palabra «pesadilla» que había usado antes su patrona era que su novio había estado implicado en la muerte de aquella pobre chica, y el día siguiente del hecho, el 16 de marzo, había desaparecido y nadie había vuelto a verlo. No había quedado en claro qué había pasado, qué clase de accidente había terminado con el disparo de un arma y la muerte de la chica; Adelita estaba segura de que su novio era inocente, quizás apenas testigo, quizás ni siquiera eso. Lo cierto es que se había hecho humo, sin decirle a nadie, ni a sus amigos ni a los parientes con los que vivía, ni a ella, adónde se iba. Era un joven tímido, dulce, incapaz de matar una mosca, casi demasiado retraído y anñado. Probablemente esa muerte lo había impresionado demasiado, al punto de perder la cabeza y hacerlo escapar a cualquier lado, fuera de sí, perdido. Ningún shock duraba tanto tiempo, pero con él no se podía asegurar; tal vez era más frágil de lo que habían supuesto. Adelita lloró mucho, lo buscó por todos los lugares donde se le ocurrió que podía esconderse, iba regularmente a preguntarle a sus parientes si tenían alguna noticia. Pero nunca hubo ninguna señal. Sabía que no había vuelto a su pueblo en el Perú porque se lo había dicho gente que venía de allá. El mundo era tan grande...

Habían hecho una buena pareja: exteriormente parecidos, «uno para el otro», pero ella con un fondo de vigor y energía que a él le faltaba. Podía haber sido lo que necesitara un muchacho como él, cuando llegara a hombre: un apoyo discreto, que existiera sin ser visto. Con el paso de las semanas y los meses, Adelita se había ido resignando a no verlo nunca más. Hasta había tenido otro novio, con el que fue a bailar un par de veces hasta que lo dejó porque en el fondo no le gustaba. Por supuesto, se lo había contado todo a sus patronos; hacía la limpieza por la mañana en este departamento, de la señora Élida, y por la tarde en la casa y negocio de una cuñada de Élida. Las dos la habían apoyado y aconsejado, Élida sobre todo, que era como una madre con ella. Ahora Élida, que salía de una ensoñación particular, le dijo, volviendo al tema de Vanessa:

—Yo la conozco a la madre de esa chica. A veces charlo con ella en la vereda, y me ha contado los disgustos que les da esa mocosa. Cuando la vea le voy a contar de este llamado, para que esté sobre aviso.

—Señora... —murmuró Adelita, y volvió a su trabajo, igual que antes, pero llorando en silencio. Se habían abierto los recuerdos. Existía la posibilidad, dolorosamente probable, de que su novio, Alfredo, hubiera aprovechado la excusa que le daba ese crimen, y su vaga relación con él, para alejarse de ella. Algo que no se hubiera atrevido a hacer en otras condiciones, la fatalidad se lo habría servido en bandeja de plata. En efecto: era tímido, miedoso, no sabía cómo hablarle a las chicas, por milagro se había atrevido con ella, que era fea, insignificante... Pero él era lindo, y con el tiempo debía de haber llegado a la conclusión de que podía aspirar a más; pero su timidez e inexperiencia le impedían encontrar un modo de romper. Podía haber pasado así. Adelita lo sospechaba en el fondo de su corazón, y le dolía.

Así era ella, humilde y seria, responsable y meticulosa. No tenía secretos con nadie, y aún así vivía envuelta en el misterio. Nadie puede saber lo que hay en el corazón de una chica como ella. Pequeña y pobre como era, tenía un genio guardián, que no era el trivial ángel de la guarda en el que cree otra gente, sino un ser sobrenatural masculino de proporciones inauditas que iba a todas partes con ella y la vigilaba las veinticuatro horas del día, perfectamente despierto aun cuando ella dormía. Nada del afeminado ángel: un gigante de por lo menos veinte metros de alto y diez de ancho en el pecho poderoso; si estiraba los brazos, tenía las dimensiones de un árbol de los más grandes. ¿Cómo se le iba a acercar un hombre, si se percataba de esta presencia? Era una prueba de la ceguera de ese ridículo «pastor» que la había abordado. Y un milagro que no hubiera caído fulminado en el acto de un cachetazo del gigante. De cualquier modo, los hombres no estaban prohibidos, siempre que no tuvieran propósitos aviesos. La intención no era que se quedara para vestir santos. Todo lo contrario. La idea era que amara.

Al mismo tiempo que sucedía esto en el tercer piso, en el quinto llegaba una chica

de la calle, Jessica, y su madre le comentaba que había llamado su amiga Vanessa, de enfrente, para preguntarle el apellido de los vecinos del tercer piso. Jessica se hundió en un mar de conjeturas. Sabía qué víbora intrigante era Vanessa (con la que estaba peleada, y le extrañaba sobremanera que la hubiera llamado). Ahí había gato encerrado y se propuso investigar.

Con lo cual la iniciativa maquiavélica del inspector Cabezas se había extendido, como la proverbial mancha de aceite, lo que a él le habría causado una sorpresa. Era un hombre limitado; veía sólo la concreción de la estructura, y nada que estuviera más allá. Siempre le había dado resultados, y había llegado a creer que siempre se los daría. Su error era creer que una batalla se libra en un punto del espacio. Y no es así. Una batalla siempre cubre mucho terreno, y ninguno de sus participantes puede cubrirlo de un solo vistazo, ni siquiera retrospectivo. Nadie capta el conjunto, sobre todo porque en realidad no hay conjunto.

Esto tiene su correlato en el tiempo. Ahí era un poco más justificable su error, ya que como policía era un «auxiliar de la justicia», y en tal carácter necesariamente debía creer que su trabajo estaba respaldado por una razón trascendente.

¡Qué equivocado estaba! Si Dios interviniera en la justicia terrena, un crimen sería castigado de inmediato. Y si eso pasara, tendría que haber pasado siempre, y el hombre se habría moldeado según las expectativas correspondientes. El hombre se abstendría de robar o matar del mismo modo que se hace a un lado cuando pasa un colectivo a toda velocidad: lo haría automáticamente, porque la especie ya habría aprendido que la consecuencia era automática y fatal. Es decir que no habría una deliberación y una elección propiamente dichas. Pero en el mundo que conocemos, Dios espera. Se necesita que pase un tiempo entre el acto y su consecuencia, cuando las que actúan son las leyes morales y no las leyes físicas. En el lapso suceden otras cosas.

Sin ir más lejos, la muerte de aquella joven tenía un culpable, o al menos se suponía que debía tenerlo, y el tiempo había pasado sin que hubiera recibido ningún castigo. Ese tiempo no estaba vacío: nunca lo está, ni puede estarlo. Y lo más curioso es que las cosas que suceden para llenarlo son raras, inesperadas, es decir que ellas también están colocadas en el tiempo en un orden casual, aunque a veces poniendo los efectos antes que las causas... Pero como lo que define al tiempo es la sucesión ordenada de causas y efectos, cuando intercambian sus lugares es como si el tiempo se anulara. (Digamos aquí que el «pastor» que la hermana de Maxi había tomado por un jerarca del narcotráfico se dedicaba ese año a predicar la inminencia del Fin del Mundo).

## IV

Jessica había sido testigo, desde el quinto piso, del llanto de Vanessa junto al teléfono, y había quedado tan intrigada que volvió a la cocina a interrogar a su madre. ¿Qué le había dicho Vanessa por teléfono? ¿Para qué quería el nombre de los vecinos del tercero?

—¡Qué sé yo! —dijo la madre, que estaba preparando zapallitos rellenos—. Ya te dije que no le pregunté. Le di el apellido, y me cortó.

—¿Y vos cómo sabías el apellido? Típica pregunta de adolescente, tan absorta en un propio mundo que no concebía que alguien supiera cómo se llamaban sus vecinos.

—¡Pero querida! ¡Cómo no voy a saber el apellido, si hace quince años que vivimos aquí! Siempre charlo con la señora cuando me la encuentro abajo, o en el ascensor...

—¿Y le preguntaste cómo se llama?

—Por supuesto que no. Pero figura en la lista de copropietarios, en la cuenta de las expensas, en la correspondencia que recibe, y en mil lados. Son cosas que se saben fatalmente en un consorcio, aunque una no se ponga a averiguar.

—¿Cuál es?

—¿Eh?

—La señora, la del tercero.

—Debés de haberla visto miles de veces, es ésa teñida de pelirrojo, pelo ondulado, que camina despacito, siempre con unos tacos altísimos. —La hija buscaba en la memoria, sin encontrar nada. La madre suspiró: era inútil—. Se llama Élide, el marido es un gordo muy pálido, de anteojos. Tienen un Duna blanco, la cochera de ellos está justo al lado de la nuestra.

—Para mí todos los autos son iguales.

—Hay que fijarse.

—¿Y para qué quería saber Vanessa el apellido?

—¡¿Pero sos tonta vos?! ¿Cuántas veces te tengo que decir que no sé? —Se arrepintió enseguida de su estallido. Pero la chica ponía a prueba su paciencia con esas preguntas infantiles—. Llamala y preguntale.

—¡Si estamos peleadas!

—Pero ella te llamó.

—No. Te llamó a vos.

—No. Te llamó a vos. Me dijo: ¿Está Jessica? Le dije: No, salió. Vuelve enseguida. Ah, me dijo, entonces usted puede hacerme un favor. ¿Cómo se llaman sus vecinos del tercer piso? Gandulla, le dije. Me cortó enseguida. ¡Qué sé yo para qué quería saberlo!

—¿No sería para buscarlo en la guía y llamarlos?

—¿En qué guía? ¿En la de teléfonos? Sí, podría ser. No, no puede ser. Porque no le dije el nombre, con el apellido solo... Debe de haber muchos Gandullas en la guía.

Lo pensaron las dos un rato. Jessica sacudió la cabeza con desaliento, pero fue a la madre a la que se le ocurrió una posibilidad:

—Puede haberlo buscado por la dirección.

—¿Cómo por la dirección? —preguntó la hija—. ¿En la guía están las direcciones?

—Sí. ¿Nunca te fijaste? Es increíble lo poco observadora que sos.

—Pero si lo buscó por la dirección, ¿para qué necesitaba el apellido?

Armándose de paciencia, la madre le explicó: —La guía está ordenada alfabéticamente por los apellidos. Ella buscó el apellido, «Gandulla». Después buscó el Gandulla que viviera en esta dirección. ¿Entendés ahora?

—Sí.

—De todos modos, esto de la guía es una suposición tuya. Quizás necesitaba el apellido por cualquier otro motivo, no para llamarlos.

—¡No! ¡Seguro que llamó! Porque la vi llorando como una loca al lado del teléfono.

La madre se volvió a mirarla, muy interesada.

—¿En serio?

—¡Sí! Lloraba agarrándose la cara con las dos manos —dijo imitando el gesto.

—¿Cómo sabés? Viéndole desde enfrente, por la ventana, con el reflejo en los vidrios, una puede equivocarse... Por ahí se estaba riendo.

—No, yo la conozco... —El tono de voz de Jessica había cambiado, como si se le hubiera ocurrido algo. La madre, que la conocía bien, lo notó, pero supo que no iba a decírselo si no quería. Por su parte, a ella también se le había ocurrido algo. Para tantear el terreno, dijo:

—Quizás quiso llamar para avisarles que se les había caído algo en el balcón, o tenían algo colgando da una ventana, cualquier cosa por el estilo. Algo que vio. Como ella los tiene justo enfrente, a su altura...

Jessica tardó en procesar esta suposición, distraída en sus pensamientos. Cuando lo hubo hecho, negó con impaciencia:

—No. ¡Qué le importa a ella! ¿Y se iba a largar a llorar por eso?

—Capaz que la atendieron mal. ¡Es tan feo cuando una quiere hacer un favor y la tratan de entrometida!

—¡Pero no digas pavadas, mamá!

La señora se dedicó a los zapallitos durante un momento. Se había nublado, y la luz que entraba en la cocina era más suave. Los azulejos color crema subían hasta el techo, y todo estaba inmaculadamente limpio y ordenado. Al fin se decidió a decir lo que estaba pensando:

—Escuchame, Jessica, no sé en qué andaré Vanessa, ya sabés que esa chica nunca me gustó, pero tengo mis sospechas.

—¿Por qué? —Se ponía a la defensiva, casi exageradamente.

—Nos habrás oído comentar, a tu padre y a mí (aunque lo dudo, porque te veo tan en babia) que ese hombre Gandulla, el marido de Élide, tiene una cadena de locales grandes, en todo Buenos Aires, donde funcionan templos de una iglesia evangélica. Una vez tu padre quiso sonsacarle, y el tipo le dijo que él nada más se los alquila a los pastores, y no tiene nada que ver con la iglesia en sí. Pero después le dijo que compra locales en sitios estratégicos y se ocupa de equiparlos, y además tiene una flota de ómnibus para el transporte de fieles, y casas y campos de deportes para las actividades de la iglesia. Así que está metido, no es que alquile por casualidad unos locales. ¿Eso vos no lo sabías?

—No, ni idea.

—¿Y Vanessa tampoco?

—Menos.

—Sin embargo, es posible que se haya enterado, y era por eso que quería hablar con los Gandulla.

La sorpresa de Jessica no podía ser mayor ni más sincera. La mera idea de que Vanessa pudiera tener algún interés en la religión la dejaba pasmada. Pero la madre tenía un as en la manga:

—Lo que estoy pensando es que entre las actividades que realiza esta iglesia está la rehabilitación de jóvenes drogadictos. Tienen por lo menos dos granjas de recuperación en el gran Buenos Aires. Y quién sabe qué clase de negocios oscuros se realizan con la fachada de ese servicio público desinteresado. Mirta, la del segundo, que es íntima de Élide, me ha contado muchas cosas. Por ejemplo que Gandulla tiene buenas relaciones con el comisario de aquí enfrente, y todo chico que la policía agarra drogado, lo mandan directo a una de esas granjas.

—¿Y qué tiene que ver Vanessa?

—Eso es lo que me pregunto, nena. Si la viste llorar desesperada, debe de ser algo serio. ¿Vos no sabés nada?

—¡¿Qué?! ¡Qué voy a saber yo! ¡Estás loca! ¡Siempre con lo mismo!

—Voy a hablar con la mamá de Vanessa y ponerla sobre aviso. No bien la vea le voy a contar... Después de todo, no sé por qué se pelearon ustedes dos.

Jessica se levantó hecha una furia y salió de la cocina gritando:

—¡Me tenés harta! ¡Harta! ¡Siempre metiéndote...!

Fue a encerrarse a su dormitorio (de un portazo). Se precipitó a las puertas corredizas de vidrio que daban al balcón a mirar enfrente. Los vidrios del departamento de Vanessa estaban oscuros y vacíos. Como ella estaba más alto, sólo podía ver un sector del piso. En las épocas buenas de su amistad, Vanessa se acercaba



a las ventanas y hablaban por teléfono viéndose. Sintió un odio irracional por las circunstancias que la habían hecho salir un rato antes a hacer una compra, y perderse el llamado. Se sentía impotente ante el tiempo, paralizada, y a la vez llena de inquietud. Era casi como si toda su vida fuera una gran equivocación, y no pudiera hacer nada por remediarlo. Las suposiciones novelescas de su madre eran demasiado ridículas para tomarlas en cuenta. Ella podía hacerlas mejores, infinitamente más realistas: le bastaba con pensar como pensaba siempre, reaccionar al modo habitual, en una palabra, ser ella misma. Porque Vanessa y ella en el fondo eran lo mismo, y lo que hacía una lo podía hacer la otra. Y sin embargo, ¡qué curioso!, ahora que ponía a prueba este «ser ella misma», se sentía fuera de sí.

Evidentemente, pensaba, Vanessa había querido hablar con ella. Lo había querido por un impulso tan inexplicable como irrefrenable. No para hacer las paces ni para parlamentar ni para hacerse nuevos reproches o acusaciones, sino por otra causa que no sabía cuál era (ninguna de las dos lo sabía ni podía saberlo). Y al no encontrarla había recurrido a una excusa cualquiera para justificar el llamado, lo primero que se le ocurrió: preguntar el nombre de los dueños del tercer piso, que tenía ante su vista. Y al cortar, al enfrentarse al fracaso de la llamada, se había largado a llorar. Eso también podía comprenderlo, tanto más porque ella misma sentía unas enormes ganas de llorar. Nada tenía sentido, aun dentro del sentido.

Se había quedado mirando la fachada de enfrente. Los dos edificios eran gemelos, en espejo. Los había hecho la misma empresa constructora y eran iguales hasta el último detalle, no sólo por fuera sino en la disposición interna de los departamentos. Los balcones estaban llenos de plantas, y grandes festones verdes caían de un balcón a otro. En los vidrios se reflejaba el edificio de enfrente: en el de Vanessa, el de Jessica y viceversa. Y seguramente, con buena vista y la atención adecuada, se podría ver en el reflejo de uno la imagen reflejada del otro, y así hasta el infinito, como sucede en los espejos enfrentados.

¡Y pensar que mientras Vanessa llamaba, ella estaba subiendo por el ascensor! ¡Qué poco había faltado para que la encontrara! ¡Cómo podía entender el llanto que había sobrevenido entonces, una marea incontenible hecha de los pequeños detalles de la situación! Toda la vida era así: accidentes minúsculos, impalpables, que se sumaban en una inmensa emoción más grande que la vida. Ésa era la justificación trascendental de la frivolidad de la que las acusaban, y era por no entenderlo que su madre tenía que recurrir a explicaciones tan tiradas de los pelos.

De pronto, su corazón se detuvo. Su respiración también, y sus reflexiones. Quedó hecha una imagen, pegada al vidrio, todo ojos. Sucedió que allá enfrente, en el tercero, había aparecido de pronto Vanessa. Cuando uno ha estado pensando intensamente en alguien, su visión material tiene algo de imposible, al menos durante el primer momento, hasta que se establece una nueva comunicación y los

pensamientos pueden tomar un rumbo distinto. En esta ocasión no hubo un segundo momento, porque Vanessa no miró a Jessica, dejándola en su pura contemplación; es decir que la dejó en el momento anterior, encerrada en sí misma. A nadie le gusta no poder participar. Involuntariamente se dibujó en el rostro de Jessica un gesto de horror.

Vanessa no levantó la vista una sola vez. Miraba fijo hacia adelante. Lo más espantoso es que era la misma, y a la vez no lo era. Estaba muy pálida, «blanca como un papel», salvo la nariz y alrededor de los ojos, donde la piel tenía un color carmín encendido. Parecía un payaso, con la cara pintada de blanco y rojo. Y la cara, sin dejar de ser la suya, no era una cara: no tenía superficie, estaba chupada, afilada, casi como un volumen en negativo. Eran ojos sin rostro, apuntados al frente como los de un robot. La rigidez del cuerpo, que se diría suspendido de la mirada, sugería una decisión sobrehumana como si sobre ella estuviera actuando ya no más la mente sino sólo la fuerza de gravedad. Por un momento Jessica tuvo la horrenda sospecha de que se iba a tirar. «¡Se tira!». ¡Y ella no podía hacer nada! El pequeño desplazamiento del tiempo era el asesino. En su angustia, Jessica desplazó la vista, no tanto porque buscara ayuda como porque las pupilas eran la única parte del cuerpo que podía mover. Y vio una pequeña figura negra, en el vidrio de un balcón del cuarto piso de enfrente, justo encima de Vanessa. Le llamó la atención porque era demasiado pequeña. Una figurita humana, que hacía movimientos circulares sin objeto, como una rara danza sin música. Además, estaba en un espacio que no le pertenecía, flotando a media altura. Tardó un poco en comprender que lo que estaba viendo era un reflejo proveniente de su propio edificio.

Entrecerró los ojos, siempre fijos en la desconocida. Debía de estar abajo de ella, en el tercer piso, y era lo que miraba Vanessa con ese gesto de hipnotizada. Se olvidó de todo lo que había pensado antes, y le volvió como una marea salvaje lo que le había dicho su madre sobre ese tercer piso misterioso. ¿Pero qué hacía esa mujercita de negro yendo y viniendo todo el tiempo en un radio muy reducido, como en una burbuja? ¿Sería la «Élida» con la que conversaba su mamá? No, era una chica... Y esos pasitos hacia atrás y hacia adelante, con los brazos abriéndose y cerrándose. Parecía una muñeca en una caja de música. Al fin se lo explicó: eran los movimientos de hacer la limpieza en un cuarto: tender la cama, ordenar, pasar la aspiradora. Como todo debía de ser claro en ese cuarto, y ella estaba de negro, su figura era lo único visible en el reflejo. Eso explicaba quién era: la sirvienta. Y quizás explicaba asimismo por qué la miraba Vanessa con tanto interés. ¿Pero qué le podía importar a Vanessa cómo se hacía la limpieza de un cuarto? Entre eso y la religión... Entonces podía ser cierto que había querido llamar por teléfono ahí. Por algo que estaba en el más profundo misterio entre la religión y las tareas domésticas. Y después el llanto, y el atontamiento fascinado...

Volvió a mirarla. Seguía allí, fija. Volvió a levantar la vista hasta el reflejo. Volvió a mirar a Vanessa. Jessica volvía a respirar. El horror refluía lentamente, pero para hacerse más grave y mucho más amplio. Hasta ahora había venido dando por sentado que ella era el secreto de Vanessa. Toda su interpretación de esta escena extraña se había basado en eso. Pero el secreto no tenía dueño, y podía desprenderse de las personas, volverse el dueño del mundo, y entonces ya no se podía entender nada.

A la chica del reflejo no alcanzaba a verle la cara; no era necesario para reconocerla. La figura, los movimientos, una especie de aura, eran tan únicos como los rasgos del rostro. Y sabía a quién le hacía acordar, irresistiblemente: a Cynthia, la chica que había muerto, Cynthia Cabezas. ¡Pobre Vanessa! La había visto desde su casa y había entrado en pánico. ¿Pero una muerta podía estar ahí, en el tercer piso, haciendo las camas? No sólo eso: mucho más imposible era que Cynthia, muerta o viva, una estudiante de la Misericordia, como ellas, estuviera trabajando de sirvienta. Pero si los dueños de ese departamento se dedicaban a cultos esotéricos, bien podían emplear a los muertos como esclavos... Vanessa lo había descubierto, y ahora no sabía qué hacer. Jessica se propuso actuar, aunque no sabía bien cómo. Algo debía hacer, pero algo bien pensado, no improvisado. Casi sonrió, a pesar de todo, al comprobar qué frágil era la razón: la de Vanessa se había derrumbado al primer golpe, y no se le había ocurrido otra cosa que recurrir al teléfono, como el náufrago se aferra a una tabla.

## V

Hechizado, en los crepúsculos rosa del invierno, Maxi contemplaba... algo que no tenía nombre. La acción. El silencio. Pero no. No tenía nombre, realmente. Y en ese momento, en el fondo de lo inexpresable, empezaba como una música el trabajo que se había inventado. ¿Era un trabajo, un servicio, un modo de darle sentido a su fuerza y a su ocio? ¿O no era nada? Era como si alguien tomara como trabajo ceder su asiento en los colectivos. Aunque no era la comparación ideal. Hacerle favores a desconocidos en la calle era por esencia un acto casual, no premeditado, o muy poco, casi improvisado, en todo caso no preparado de antemano e imposible de poner en un programa de vida. Y sin embargo, se diría que era lo que había hecho Maxi. Pero tampoco era eso, al menos no del todo. Se mantenía en una especie de ambigüedad. Por lo pronto, no obedecía a un propósito deliberado. Y en la medida en que había podido hacerlo, no era mérito suyo sino que derivaba de la naturaleza del trabajo de los cirujas. Estos a su vez no eran un dato eterno con el que se pudiera contar sino que su existencia misma era casual y dependiente de una circunstancia histórica. La gente no se dedicaba a hurgar en la basura por vocación, o mejor dicho: habría bastado un pequeño cambio socioeconómico para que esa misma gente hiciera otra cosa. ¡Pero resultaba que ahora hacían precisamente eso: hurgar en la basura! Era como si se hubieran adaptado, en un instante, de un día para otro. Esas adaptaciones súbitas quizás eran más frecuentes de lo que parecía: quizás eran la norma. Y debían de tener muchos niveles, en uno de los cuales se había alojado Maxi, que a su modo también había efectuado una adaptación, o algo parecido: había transfigurado un gesto casual y repentino en una ocupación del tiempo.

Para alguien tan sensible como él a la diferencia y sucesión de las horas del día, el crepúsculo invernal no podía dejar de tener un significado. ¿Cuál? El significado sin nombre, que era como decir: ninguno. Todos los sentidos caían, o se revelaban como la nada que habían sido desde el comienzo. Después de todo, en la vida individual pasan poquísimas cosas: el grueso del tiempo se emplea en los trabajos por la supervivencia, y en descansar de ellos. Si alguien calculara la suma colectiva de todos esos tiempos individuales empleados en nada, en mantener en marcha al tiempo, le daría una abrumadora cantidad de siglos y milenios. A su lado la historia es una miniatura. Pero la historia es un compacto de hechos, una creación intelectual que acumula artificiosamente todo lo poquísimos que ocurrió en las extensas playas semivacías del tiempo real.

La hora no era más que una señal de lo que estaba por empezar: el revés de la vida de Maxi, la noche. Su conciencia se eclipsaba, atrás de él mismo, y ya no sabía nada. No sabía qué pasaba de noche. En esa antigua ignorancia encontraba el reflejo de otra más nueva: ¿cómo se las arreglaban los habitantes de la villa para sobrevivir?

El sistema de los cartoneros podía entenderlo más o menos, o podía llegar a entenderlo (no había hecho un esfuerzo muy consistente en ese sentido), pero los cartoneros eran una docena o dos, o tres, y en la villa vivían decenas de miles de familias. ¿De qué vivían? ¿Del aire? No lo descartaba. Quizás no se necesitaba tanto para vivir. Interpolando el razonamiento anterior, podía pensarse que los momentos en que se necesitaba algo externo para mantener su puesto en la sociedad o la humanidad eran pocos y estaban dispersos en grandes extensiones vacías en las que se podía no tener nada. Sumados todos estos momentos de necesidad, podían dar dos o tres minutos por año, y siendo tan poco siempre era posible arreglarse.

Además, ¿qué pobres? Los pocos que veía (porque a la hora en que entraba en la villa ya las casitas se cerraban) estaban vestidos como cualquier otro argentino, y se comportaban igual. Lo único que los clasificaba de pobres era que habitaran esas viviendas precarias. Es cierto que nadie elegía vivir en una villa, ¿pero acaso él había elegido vivir donde vivía? Además, no era tan seguro que nadie prefiriera esa forma de pobreza. O al menos, si nadie la prefería efectivamente, no era imposible que alguien la encontrara deseable especulativamente. Esas casas del tamaño de casas de muñecas tenían su encanto, precisamente por su fragilidad y su aire de improvisación. Sólo había que ser lo bastante frívolo. Él, que no lo era, les encontraba la ventaja de una gran simplificación. Para alguien cansado o abrumado por las complejidades de la vida de clase media, podían parecer una solución. Eran casas que hacían sus dueños, y así como las hacían podían deshacerlas, o abandonarlas. Servían por un día (o por una semana, o un año, daba lo mismo), y después uno podía seguir su camino. Es decir que se creaba un camino... Claro que para que este sistema funcionara había que saber hacer una casa, así fuera la casa mínima, ¿y quién sabía? Bueno, precisamente: los pobres. Ésa era su característica, y quizás era también lo que los hacía pobres.

Había un momento en que Maxi se quedaba solo en la villa. Soltaba las varas del carrito, se las cedía a sus dueños, que se metían por entre las tapias de lata y desaparecían tras un saludo somero, o antes. Nunca lo invitaban a pasar, lo que era comprensible. Él sentía como si se despertara, como si algo fuera a empezar. Pero no era hora de empezar sino de terminar, de volver a su casa, a cenar y dormir; se moría de sueño, se tambaleaba, su percepción se cerraba como una almeja. De otro modo, habría sido un momento perfecto para explorar. Siempre quedaba más o menos en la periferia de la villa, en una de las angostas calles que se introducían en diagonal, siempre en la zona más iluminada. Sobre su cabeza, guirnaldas de bombitas encendidas dispuestas en círculos, cuadrados, triángulos, filas, en cada calle un dibujo distinto. Su mirada iba alternativamente hacia un lado y hacia el otro. Para afuera, veía las luces blancas de la Avenida Bonorino, para adentro, la oscuridad. Las profundidades del centro de la villa se perdían en las sombras, y eso también, sumado

a su sueño, lo desalentaba de internarse. Para colmo, estaba el hecho de que esas calles no iban hacia el centro. El ángulo en que estaban trazadas hacía que, por lejos que fueran, tenían que pasar al costado del centro, en realidad se alejaban del centro, y no ésta o aquélla sino todas. Al fin emprendía el camino de vuelta.

No es que no hubiera nadie; por supuesto que había: estaba rodeado de un verdadero océano humano, por todos lados. Y ni siquiera es que no viera a nadie. Si bien a esa hora los villeros se metían adentro y cerraban las puertas, o las chapas o cartones que hacían de puerta, sobre todo por causa del frío, aun así había gente que pasaba, que iba de un lugar a otro, que se asomaban, o volvían apresurados, o se iban. Todos lo ignoraban, y hasta parecían no verlo. Él tampoco los miraba mucho, por no parecer un turista social o un entrometido, y por timidez, y además porque a esa hora no estaba en condiciones de hacer observaciones.

Sin embargo, una noche, en ese momento de vacilación al quedarse solo, cuando volvía la vista según su costumbre hacia el fondo de la callecita, vio una figura y se quedó mirándola. Venía desde la oscuridad, era apenas visible, aunque se definía mejor a cada paso. No tenía nada especial para que le llamara tanto la atención, y sin embargo se quedó clavado en su sitio mirándola. ¿Sería porque lo miraba a él a su vez, porque lo conocía y venía a su encuentro para hablarle? A veces uno se da cuenta de esas cosas, antes de saber nada más. En ese caso él debería reconocer a su vez, y había algo en ese sentido, que se acentuaba a cada momento. Parecía imposible identificar a una minúscula silueta en movimiento en la orla de la sombra. Pero eso también suele suceder, esos reconocimientos a distancia, subliminales. Maxi estaba acostumbrado a ver mal de noche, a las trampas de la percepción, y también a sus proezas. Había una asimetría, porque él estaba justo bajo una corona de bombitas, bañado en luz, y el desconocido no terminaba de salir de la oscuridad, como si la arrastrara consigo. ¿Desconocido, o desconocida? En realidad, parecía un niño. O más bien, parecía demasiado pequeño para ser real, aun tomando en cuenta la distancia.

De pronto Maxi se sintió exaltado. De pronto le pareció como si se le revelara una punta de la gran incógnita de las profundidades de la villa. No sabía por qué. Sólo porque la figura venía de esa dirección, y tenía que saber de dónde venía, y venía a decírselo a él. Esto último era una suposición sin ningún fundamento. Pero era posible, y eso le bastaba. Y no era el único posible en juego. ¡Cómo le gustaría que fuera un conocido, y pudieran saludarse, y salir charlando! Aunque fuera el último de sus conocidos, casi en el borde de «desconocido»: eso alcanzaría como excusa. Es cierto que tal cosa entraba en la categoría del milagro.

Otro que viera medianamente bien ya le habría divisado la cara. Él tuvo que esperar a que estuviera a diez metros para darse cuenta de que era una chica; una chica muy flaca y baja, casi sin pechos ni caderas, toda vestida de negro, con

pantalones ajustados, el pelo recogido. Había una gran mancha roja bamboleándose a su costado, chata como una lámina. Era una prenda roja, un tapado o impermeable, cubierto por una bolsa de plástico transparente, como entregan las prendas en la tintorería. Cuando volvió a alzar la vista, ya podía verle el rostro. Era una chica de rasgos indios y un poco masculinos, con una seriedad intensa que se diría permanente. Y sin embargo, cuando estuvo cerca de él le mostró una sonrisa, muy fugitiva pero muy alentadora, sobre todo por lo inesperada. Maxi se animó a saludarla con un «hola» que quedó huérfano. No sabía hablar con las chicas, no encontraba tema, no se le ocurría nada. Pero ella respondió, y él se puso a caminar a su lado. Después de todo, iban en la misma dirección.

—Señor, ¿se va a su casa?

—Sí. Ya es tarde.

—Señor, no es tan tarde.

—Para mí sí. ¡Tardísimo!

Aquí se produjo un silencio, y en el temor de que se prolongara para siempre, Maxi dijo lo primero que le vino a la cabeza, en un tono brusco del que se arrepintió cuando todavía lo tenía en los labios:

—¿Qué hacés vos a esta hora?

—Señor, voy a comprar para la cena.

—¿A esta hora? ¿Por qué no comprás en el supermercado para toda la semana? Sale más barato.

¡Otra metida de pata! Por supuesto que los pobres vivían al día, no hacían compras semanales ni mensuales, y además no había supermercados en las villas. Pero ella no se lo tomó a mal, y respondió exactamente lo que habría respondido la madre de Maxi:

—Señor, siempre falta algo a último momento.

—¿No tenés miedo de andar sola de noche?

—Señor, ahora voy con usted.

—Sí, porque me encontraste de casualidad. Aquí son capaces de asaltarte por un peso. —Pensó que era bastante insultante para con los villeros. Pero era mejor que dejar flotando la idea de que se había referido a una violación. De todos modos, para borrar la mala impresión hizo un comentario más general—: Qué vergüenza, que entre gente a la que le falta todo, se arrebaten lo poco que tienen.

—Señor, yo no lo veo tan mal.

—¿¡Cómo!? ¿Justificás el robo? ¿Vos también robarías?

—Señor, ¿me ve a mí robando? Se me reirían en la cara. —En efecto, era escuálida—. Lo que quiero decir es que el que puede robar, roba. Si está hecho para eso, ¿qué otra cosa podría hacer? Sobre todo si se le presenta la oportunidad.

—Es la ley de la jungla —dijo Maxi sacudiendo la cabeza con desaliento.

—Señor, lo único que sé es que cada cual se ocupa de sus propios intereses, y si no pone en juego todas sus ventajas relativas, sean legales o ilegales, no lo va a hacer bien, y va a salir perdiendo.

—¡Pero otro va a salir ganando!

—Señor, ¡es que justamente, para que se mantenga el equilibrio todos deben estar actuando al máximo de sus posibilidades! De otro modo quedarían huecos. Si yo no hago algo que puedo hacer, por un escrúpulo, entonces quedo a merced de que el otro tenga un escrúpulo equivalente, ¿y cómo saber si va a tenerlo o no? ¿Cómo obligarlo a tenerlo? De ahí nacen muchas amarguras.

Hablaba con un acento bastante marcado, para Maxi imposible de ubicar, pero que tenía la virtud de verosimilizar su discurso, y hasta la ocasión. Se inclinó hacia ella y le dijo:

—A eso llamo yo «la ley de la jungla»: todo para mí, nada para los demás.

—Señor, si los demás dicen lo mismo, entonces todos van a tener todo. Todos somos «yo».

—Vos no pensás eso en realidad. —Otra vez había hablado con brusquedad, como si estuviera impaciente y enojado, aunque no lo estaba: era un modo de hablar nada más, muy característico de los tímidos. Igual que antes, rompió el silencio que él mismo había provocado con un comentario abstracto—: No debería haber pobres.

Ella se encogió imperceptiblemente de hombros:

—¿Qué pobres? Señor, ésa es una palabra antigua. Antes había pobres y ricos, porque había un mundo hecho de pobres y ricos. Ahora ese mundo desapareció, y los pobres se quedaron sin mundo. Por eso mis patronas dicen: «ya no hay pobres».

—Y sin embargo, hay.

—Señor, sí. No hay más que mirar alrededor.

—Y deben de sufrir por ser pobres —arriesgó Maxi.

—Señor, no sé. Ya no existe el viejo mundo de las recompensas y los castigos. Ahora es cuestión de vivir nada más. No importa cómo.

—Yo pienso una cosa, no sé si te parecerá ridículo. Suponete que se cruzan un pobre y un rico, y el pobre saca un cuchillo y le roba al rico toda la plata que lleva encima, y el reloj también, ya que está. Muy bien. Siguen su camino, cada cual por su lado. ¿Y qué pasa? Pasa que el rico sigue siendo rico, y el pobre sigue siendo pobre. ¿Y entonces de qué sirvió el robo? De nada. Fue como si no hubiera pasado nada. Seguramente te parecerá idiota.

—Señor, muchos deben de haber pensado lo mismo antes, porque hay un cuento que he oído muchas veces, señor, que empieza igual: un pobre se cruza con un rico, y lo asalta... Y a partir de ese momento el pobre se vuelve rico, y el rico pobre, para siempre.

—Nunca lo había oído.



Pensó que era un típico cuento «de pobre». O un típico cuento «de rico». Una vez que se llegaba a lo típico, la diferencia se anulaba. Como él no era ni una cosa ni la otra, era lógico que no lo hubiera oído.

En este punto de la conversación se le hizo patente esa incomodidad tan habitual en los poco fisonomistas, de no saber si conocía o no a su interlocutora. Era obvio que se conocían de alguna parte, porque si no fuera así ella no se habría puesto a charlar con tanta naturalidad. ¿Pero de dónde? Aquí había una dificultad adicional: no podía echarle la culpa a su defecto de «fisonomista», porque con una chica como ésta no se trataba de la cara. Con ella su memoria debía operar con un bloque general, social, humano. Estaba demasiado alterado para repasar en orden las posibilidades, así que perdió la esperanza de ubicarla. De modo que si no quería hacer un papelón, o, peor, herir la sensibilidad de esa inocente, debía mantener la ambigüedad, lo que limitaba mucho la elección de temas. Quizás ya lo había venido haciendo, y por eso hablaban de lo que hablaban.

Como si le hubiera adivinado el pensamiento, ella dijo:

—Aquí en Flores nos conocemos todos, aunque sea de vista.

—¿Sí? ¿Todos?

—Señor, si yo quisiera mantener algo oculto, me descubrirían. Siempre hay alguien que lo ve, por lejos que vaya. Y por supuesto no puede ir muy lejos, como no tome un colectivo.

—¿...?

—Me refería a lo que usted dijo antes, que me podían asaltar.

—Ah, eso.

—Señor, alguien vería a los ladrones y se lo iría a decir a la policía.

—¡Como si a la policía le fuera a importar!

—Señor, nunca se sabe lo que les importa o no. Ya habían llegado a la calle, y se habían detenido. Maxi miró la gran prenda roja que llevaba la chica colgando. Miró hacia atrás por donde habían venido. Sobre la callecita brillaban luces dispuestas en forma de estrella. Pensó: «Ésta es la calle de ella. Debo recordar la estrella».

—No creo que nadie se fije mucho en mí —dijo.

—¡Señor, sí! No se imagina... Eso quería decirle. Hay alguien que lo vio venir aquí, y la fue a amenazar a su hermana.

—¿A mi hermana? ¿Por qué?

—Porque cree que los amigos de ella vienen aquí a comprar drogas.

Maxi estaba perplejo, y no atinaba a pensar ni decir nada, con la confusión que tenía en la cabeza. Al fin balbuceó:

—¡Esa pendeja de mierda! ¿Pero será posible que las hermanas den tantos problemas? ¡Pero...! ¡La puta madre...! —Al fin se le ocurrió algo que preguntar—: ¿Quién es?

—Señor, dice que es el padre de la chica que mataron aquí.

—Cynthia. Sí. Era compañera de mi hermana. Mm... Ya veo.

—Pero quizás haya mentido. Para mí que es un policía.

Maxi suspiró hondo y dijo: —Yo me voy a ocupar. Vos no te hagas problemas.

—Señor...

—Tenés razón, para haberme visto tiene que ser policía. El resto de la gente no se fija.

—¡Sí se fija! Yo misma lo veo...

—¿A mí? ¿Adónde?

—Señor, ¡siempre! Cuando se levanta a la mañana, cuando se acuesta a dormir la siesta...

No siguió hablando porque la emoción le cerró la garganta. Maxi, que tomó sus palabras por una especie de metáfora, la tranquilizó con su mejor sonrisa. No supo qué decir. Ella murmuró algo y se alejó.

Maxi emprendió el regreso, muerto de sueño y cansancio. Tenía demasiado que pensar, y todo se le mezclaba. Cuando estuvo a medio camino, empezó a reprocharse no haberle hecho más preguntas, algunas tan obvias que se caían de maduras. Por ejemplo dónde vivía. O cómo se llamaba. Claro que no sabía si habría convenido hacerlas, si es que él la conocía realmente. Pero sí podría haberle preguntado por esa ropa que traía... ¿Acaso había tintorerías en el medio de la villa? Sus sospechas más descabelladas podían hacerse realidad. No era tan grave: cuando la volviera a ver le preguntaría.

De pronto se detuvo como si le hubiera caído un rayo en la cabeza. ¡Ya recordaba de dónde la conocía! Pero no podía creerlo... Y sin embargo, era ella... El recuerdo le había venido al pensar en sus últimas palabras: «cuando se levanta a la mañana...». Él la había visto, la veía todos los días, en el espejo que tenía en la pared frente a la cama. Una figurita negra que hacía pequeños movimientos sin sentido, y de vez en cuando volvía la vista hacia él. La veía solamente desde la cama, desde cierto ángulo, y siempre había supuesto que era una especie de aberración del cristal del espejo, que por casualidad parecía una silueta humana, de tres centímetros de alto. ¡Pero no! ¡Era ella! La última persona que habría esperado encontrar en la realidad. Y no estaba soñando. Le había hablado, la había tocado... No, tocarla no la había tocado. Pero no era un sueño. Ella había salido del espejo, para hacerle una advertencia. Quería protegerlo...

Aun cuando fuera un ser maravilloso, la sensación de realidad que le había dado era muy intensa. Además de ser un duende del espejo, era una chica de carne y hueso, una chica pobre, no muy linda, seguramente una sirvienta (sí: había hablado de sus «patronas»). Se hizo el firme propósito de hacer algo por ella, en la medida de sus posibilidades. Le demostraría que todavía quedaba gente buena. No sabía qué, pero

algo haría. Lo pensaría bien, esperaría a que los hechos se lo indicaran. A diferencia de lo que hacía por los cartoneros, por ella haría algo bien pensado, no improvisado. Era el único modo de devolverle el favor. De hecho, algo se le había ocurrido ya.

## VI

La idea se había esbozado en forma muy vaga en su mente, y, fiel al propósito de no improvisar, le dio tiempo a que madurara. Así que pasaron unos meses. Pasó todo el invierno, que fue uno de los períodos más felices en la vida de Maxi. No habría podido decir por qué. Quizás porque se sentía sin deudas, sin proyectos, sólo con una esperanza, y no sabía qué se preparaba en el corazón de esa esperanza.

A veces, al despertarse a la mañana, veía evolucionando en el espejo frente a la cama a la mujercita de negro. Ahora que se habían conocido, que le había hablado, le encantaba verla, le iluminaba el día. Creía ver hasta los rasgos de su cara de uno o dos milímetros, y cuando se volvía hacia él la saludaba con una mano. Hasta le parecía ver, casi en sueños, que ella le dirigía una sonrisa, una «sonrisa seria», aunque en semejante miniatura era difícil decirlo. Después, en el curso del día, cuando se acordaba se acercaba al espejo a mirar, pero no la veía, aunque metiera la nariz en el vidrio. «A esta hora está trabajando», se decía, «o habrá vuelto a su casa en la villa». ¿Dónde estaría? ¿Qué estaría haciendo? Por más que escudriñaba no veía más que su propia cara de niño grande, sus ojos limpios y vacíos. Afuera del espejo, no había vuelto a verla.

Una mañana, se despertó mucho más temprano que de costumbre. Todavía estaba oscuro. Por la ventana entraba la luz de los focos de la calle, y se oían las voces de los policías cambiando de turno. De pronto estaba completamente despierto, y con un sentimiento extraño. Se preguntó si habría estado soñando. Habría sido una excepción única, porque nunca soñaba, o nunca recordaba lo que soñaba. Sea como fuera, en este caso no recordaba nada. Miró el espejo, y por supuesto no había nadie. Era demasiado temprano, y su amiga era un efecto de la luz del día.

Lo cierto es que tuvo la idea de aprovechar el madrugón para ganarle al fin al linyerita y encontrarlo dormido. Porque la carrera inmóvil que corrían había seguido todos esos meses sin cambios: Maxi nunca había llegado lo bastante temprano para verlo dormido, y en realidad seguían sin hablarse ni saludarse. Sólo se miraban cuando él pasaba. Ese invierno había sido muy frío, y Maxi se preguntaba alarmado cómo podía pasar las noches al aire libre ese pobre muchacho. Trataba de entenderlo atisbando con discreción las señales que hubiera dejado la noche. Había diarios en abundancia; seguramente se envolvía con ellos; según decían, eran un buen aislante. ¡Pero aun así...! Nunca vio mantas, y la ropa que tenía puesta era siempre la misma. Por suerte no había llovido.

Al empezar los fríos se hizo el propósito de pararse a charlar con él alguna mañana, con cualquier excusa, o sin excusa. Habría bastado con decirle «Hola, siempre te veo aquí, ¿no tenés casa? Tengo una ropa vieja que te podría venir bien, ¿te la traigo mañana?». Porque su propósito era ése: darle ropa, por ejemplo unas

medias de lana. Después podría ayudarlo de otro modo, quizás a salir de ese desamparo. Todo estaba en romper el hielo, pero siempre lo dejaba para el día siguiente, por timidez, por miedo a ofenderlo o asustarlo, quién sabe por qué. Había terminado prometiéndose que lo haría cuando lo viera dormido, no antes. Ahora se daba cuenta de que era inútil, como una carrera contra el infinito, porque el linyerita debía de dormir muy poco, y el frío de la madrugada debía de despertarlo. Y Maxi, por temprano que se despertara, siempre se demoraba mirando a la estatuilla animada del espejo. Ella tenía la culpa de que nunca llegara a tiempo.

Esta mañana el espejo estaba vacío, y todavía era de noche, de tan temprano. Saltó de la cama. Por una asociación de ideas, de la que era soporte la hora desacostumbrada, pensó que quizás había soñado realmente, y que todo era un sueño. No lo fue el desayuno que tragó de prisa, ni el equipo de gimnasia y la toalla que metió en el bolso. Ya estaba en el ascensor, y después en la calle. Empezó la marcha directo hacia la autopista, de prisa y muy concentrado. Pero al llegar a la esquina y esperar a que pasara un auto miró a su alrededor y se dio cuenta de una cosa curiosa: por temprano que uno saliera a la calle, siempre se encontraba con otros que habían salido antes. Además, no era tan temprano como había creído. Lo que pasaba era que estaba muy nublado, y las nubes tenían un color gris oscuro que proyectaba sus sombras sobre el mundo.

Apenas hubo cruzado, casi tropezó con su joven amiga del espejo, que venía de prisa, toda negra como siempre, con los ojos entrecerrados y expresión indescifrable. Maxi se paralizó de la sorpresa y abrió los brazos.

—¡Hola!

—Señor, buenos días...

¡Era ella! ¿O no era? Sí, era; no podía ser otra. Vista fuera de contexto, no la reconocía. No tenía ningún rasgo propio. ¿Pero cuál era su contexto? ¿El espejo? Era demasiado fantástico, y en él aparecía pequeña como una mosca. ¿La villa? Allí la había visto una sola vez, hacía meses, y de noche. De todos modos, se había detenido frente a él, quizás porque no la dejaba pasar.

—No te reconocía —le dijo. Ese día nocturno era lo peor que le podía suceder a su vista—. No por vos —se apresuró a aclararle—, sino por mis ojos.

—Señor, no se ve nada.

—¿Cómo? ¿Vos tampoco...?

—Señor, yo lo reconocí por lo alto que es, no por la cara.

Un mundo nuevo se abría en la perplejidad de Maxi. Más adelante ese mismo día, se ocuparía de elaborar esa idea, y llegaría a la conclusión de que quizás, hipotéticamente (pero era una hipótesis muy rica en posibilidades) no sólo él sino todo el mundo viera mejor cuanto más luz había. Después de todo, era lo lógico, y no entendía por qué no se le había ocurrido antes.

—Hoy me levanté más temprano...

—Señor, sí, ya veo.

Iba a decirle: «Hoy no me vas a ver desde el espejo de mi pieza», pero no se atrevió. Lo hizo más ambiguo.

—¡Qué temprano vas a trabajar!

—Señor, qué se le va a hacer.

La conversación no daba para más, y con el más mínimo esbozo de sonrisa ella amagó con seguir su marcha, como si él la estuviera retrasando y fuera a llegar tarde. Lo que le hizo acordar que él también se estaba atrasando, y pensó en el linyerita. Fue ahí que cristalizó la idea que había venido acariciando tanto tiempo, y en un impulso decidió que era la ocasión ideal para ponerla en práctica.

—¡Qué apurada estás por ir a meterte en el espejo! Pero quiero decirte una cosa. ¿A qué hora volvés a tu casa?

—Señor, a las siete y media.

—Mm... Es un poco temprano. A las nueve. ¿Tenés algo que hacer?

—Señor, no.

—Entonces, escuchame. Esta noche a las nueve, esperame en Bonorino al mil ochocientos, en la cuadra ancha, ¿la ubicás?

—Señor, sí.

—Andá ahí, sin falta. No te vayas a olvidar. Quiero presentarte a alguien.

Y entonces sí, siguió su marcha con un sonoro «Hasta luego». Se fue a toda velocidad, casi corriendo. No quería llegar tarde, ahora que se había jugado. Iba tan preocupado y concentrado que no vio nada del trayecto. Se daba cuenta de que no podía fallar. Si lo encontraba despierto, le hablaría igual. Lo que no se le pasó siquiera por la cabeza fue que no estuviera. Sin embargo fue lo que sucedió. ¡No estaba! Se quedó clavado, sin dar crédito a sus ojos, que tenía fijos en el paredón, en el sitio donde día a día se le aparecía su silueta esmirriada en el trajecito azul. No podía creer en la mala suerte. Todos los días estaba, todos los días durante meses... ¡Y hoy no! ¡Justamente hoy!

Por suerte, la curiosidad lo movió a hacer lo que no había hecho nunca, que fue meterse en ese espacio «privado», el «dormitorio» del linyerita, pasando por encima del pastizal. Lo hizo casi como si se identificara con él, en el fondo de su desilusión, como si fuera a ocupar su lugar y hacerlo «estar» a pesar de que se hubiera ido. Pero resultó que estaba. Por poco lo pisó. En parte su error lo había provocado la expectativa de verlo de pie, como lo veía siempre, por lo cual no miró siquiera en el suelo. Pero en parte también porque estaba muy disimulado, cosa que debería haber esperado, en un desnivel del piso que hacía una especie de nicho, y además envuelto en diarios, hasta la cabeza. Había que estar muy sobre aviso para no confundirlo con un montón casual de papeles.

Maxi suspiró aliviado, como si todos sus problemas hubieran terminado. «¡Qué suerte!» pensaba. Y lo encontraba un pensamiento congruente, porque sin decírselo con esas palabras, desde que había tomado la costumbre de pasar por ahí había pensado que el linyerita le traía suerte, y por eso era tan puntual. Lo que le habría resultado más difícil de decir era para qué necesitaba suerte. ¿No lo tenía todo, acaso? Los que necesitaban suerte eran los otros, los cartoneros por ejemplo, o la gente de la villa, o este mismo muchacho sin casa. ¿Pero él? ¿Para qué? Y sin embargo, era así. En realidad todo lo que hacía, todos sus ritos extraños e inútiles, los hacía «para que le dieran suerte». Y en cierto modo, se la daban.

En el reflujo del alivio, fue como si el tiempo se hubiera detenido, o como si él hubiera venido corriendo tras el tiempo durante una verdadera eternidad, y al fin lo hubiera alcanzado. Dejó el bolso en el suelo, y se sentó encima, junto al dormido.

No le veía la cara, pero tenía que ser él. No tenía intenciones de despertarlo. Que durmiera un poco más, pobrecito. ¿Para qué iba a madrugar, si no tenía que ir a trabajar ni había nadie esperándolo? Que disfrutara todo lo que pudiera del olvido misericordioso del sueño. Es cierto que a esta hora ya estaba en pie, pero Maxi había supuesto que lo despertaba el frío de la madrugada, y quizás también el miedo de que lo descubrieran. Si hoy no se había despertado, podía deberse a que la tormenta había hecho subir la temperatura; de hecho, Maxi, que había venido tan apurado, estaba cubierto de sudor. Se quedó inmóvil, sin hacer el menor ruido.

Admiró la prolijidad con que estaba hecho el capullo de papel, que envolvía al durmiente literalmente de los pies a la cabeza. Debía de tener mucha práctica en hacerlo. Él podía dar fe que había resistido todo el crudo invierno en esas condiciones, noche tras noche. Porque el invierno ya se terminaba. Era increíble lo rápido que había pasado, pensó; casi como en una película, cuando una escena deja lugar a otra, y ha pasado mucho tiempo, que el espectador debe reponer con la imaginación. Pero en este caso había sido tiempo real, y el linyerita le había hecho frente, con la entereza de un héroe ignorado. Maxi se sintió orgulloso de él, quizá porque lo identificaba con su propia suerte. ¡Qué valiente era! No conocía a nadie que se hubiera atrevido a tanto, y que lo hubiera llevado a cabo, y encima tan en silencio, con tanta humildad. Por mucho menos, otros posaban de héroes. Era una prueba para pocos, quizá para uno solo en el mundo. Apoyó suavemente una mano en los diarios, y sintió la tibieza que provenía de adentro. Tendría que conformarse con eso porque, después de todo, no lo vería dormido. Salvo que con la mayor precaución levantara la punta de algunas hojas y espicara por un instante. ¿Y por qué no? Se frotó las manos y flexionó los dedos, como un ladrón que se preparara a abrir una caja fuerte, o un tahúr a punto de hacer su jugada más arriesgada. Después se inclinó sigilosamente.

Las hojas de diario eran de un *Clarín* viejo, o de dos o tres, porque había muchísimas. Buscando un borde por donde empezar a levantar, su mirada se detuvo

en una palabra impresa que conocía: «Bonorino». Más que eso: una vez que se hubo fijado en la palabra le encontró algo más de conocido, y era lo que seguía: «Bonorino al mil ochocientos». Era algo que él mismo había dicho minutos antes; en el desconcierto no atinó a recordar dónde o a propósito de qué lo había dicho, pero todavía le sonaba en los oídos. ¿Era una coincidencia, o era magia? Tan intrigado estaba que se puso a leer. No tenía el hábito de hacerlo, y después de dar en julio las últimas previas había creído que nunca en su vida volvería a leer nada. De hecho, ya se estaba olvidando, como pudo comprobar ahora al hacer la prueba. Avanzó lentísimo, descifrando palabra por palabra. No era del todo culpa suya, porque el papel estaba sucio y desteñido, y además las líneas se torcían siguiendo la superficie del «capullo», y Maxi debía reacomodar todo el tiempo la cabeza para seguir las. No obstante, entendió de qué se trataba. Era una especie de carta escrita por el padre de la chica que habían matado en el barrio tiempo atrás, en el verano o el otoño. Sabía del caso porque esa chica, Cynthia, había sido compañera de colegio de su hermana, y en la casa no se había hablado de otra cosa durante semanas. Las resonancias del episodio le volvían una tras otra, y se enganchaban como raras coincidencias con las circunstancias del presente. Por lo pronto, no había sabido que Cynthia viviera precisamente en Bonorino al mil ochocientos, y que hubiera muerto allí. Pero había otra cosa. Cynthia Cabezas había sido una chica pobre, una «negrita» (según su hermana; él no la había conocido), la clase de chica que normalmente trabaja de sirvienta y no va al colegio. Y mucho menos al exclusivo y carísimo colegio de la Misericordia. Había ido becada, y había sido «la mosca en la leche», la excepción. Si no le habían hecho el vado, era sólo porque estaba de moda no hacer discriminación, y el grupo de su hermana, ella la primera, eran unas snobs. Pero Maxi había notado la satisfacción con que comentaban las notas mediocres de Cynthia, y el fatalismo en el fondo celebratorio con que saludaron su triste fin. El crimen era una venganza objetiva de los orígenes, que no perdonaban nunca.

Sea como fuera, esa muerte, que no se había aclarado, proyectó largas sombras, y ahora Maxi recordaba una escena que había tenido con Vanessa por ese motivo, cuando ella se creía perseguida por el padre de Cynthia... Este señor, Ignacio Cabezas, que era el autor de la carta, había encabezado un movimiento en contra de los pastores evangelistas que hacían trabajos de captación en las villas. En eso lo había apoyado desde bambalinas la Iglesia, y había sido el motivo de que las monjas de la Misericordia becaran a su hija. Pero después del crimen corrió el rumor de que en realidad trabajaba para una de las sectas protestantes rivales, las cuales a su vez se acusaban mutuamente de ser fachadas de organizaciones «narcos». Lo que más le extrañó a Maxi después de la lectura fue la oportunidad. ¿Por qué enviaba su carta «ahora»? se preguntaba. Ni se le ocurrió que el diario podía ser viejo, de seis meses atrás. No sabía siquiera que los diarios tenían escrita la fecha en la parte superior de



cada página, así que no se le ocurrió buscarla. Para él, que en su vida había leído un diario, el diario era siempre «de hoy».

De esta reflexión salió con una duda. Sabía de qué trataba la carta y quién la había escrito, pero no le quedaba claro a quién estaba dirigida y qué objeto perseguía. Pensó que se había saltado alguna parte y quiso releerla, pero cuando volvió a bajar la vista encontró que donde había estado la carta ahora había un par de ojos que lo miraban.

Se pegó un susto que casi lo hace caer de espaldas. No fue para tanto pero se echó precipitadamente hacia atrás, levantó una mano (con la que no tenía nada que hacer, así que optó por rascarse una oreja,) y estiró los labios en una sonrisa de disculpas, todo eso sin apartar los ojos de los del linyerita. Hubo un gran crujido de papeles y la crisálida blanca se deshizo por todos lados al mismo tiempo.

—¿Te asusté? —dijo Maxi—. Estaba esperando que te despertaras.

—Señor, buen día.

Curiosamente, en lugar de aclarar había seguido oscureciendo, las nubes se habían hecho más negras y habían bajado tanto que parecía como si se las pudiera tocar con la mano. En la luz gris su vista no funcionaba tan bien, pero esta vez se encontraba demasiado cerca para no verlo en detalle, y advirtió que antes en realidad no le había visto la cara: lo había reconocido por la figura, por el lugar, por la ocasión, y había corrido el riesgo de tomarlo por un completo desconocido si llegaba a encontrárselo en otro lado y con distinta ropa. Pues bien, lo que estaba viendo lo sobrecogió. Había pasado la difícil prueba del invierno, ¡pero a qué costo! Flaco, sucio, tenso, el pelo hecho un pegote sólido y con ojos que habrían parecido los de un muerto si no fuera por el brillo del hambre y la ansiedad. Por suerte era imberbe. Pensó que por una vez, había llegado justo a tiempo.

Por eso mismo, quiso ir directamente al grano, sin más explicaciones. Además, era preferible empezar con algo práctico y concreto, y no ponerse a conversar, porque no habría sabido qué decir:

—Esta noche, a las nueve, andá a un lugar que te voy a decir, y te voy a presentar a alguien.

El linyerita asintió con seriedad, y se quedó esperando. Maxi se quedó en blanco, sin saber cómo seguir.

—Señor, ¿a qué lugar?

—Ah, cierto. —Soltó una risita—. Qué nabo soy. Te digo que vayas y no te digo adónde. —Miró a su alrededor tratando de orientarse, lo que no le resultó fácil. Al fin señaló en una dirección, medio al azar—. A la calle Bonorino al mil ochocientos. Es una calle que se hace más ancha. Hay un corralón y una explanada...

—Señor, sí, ya sé.

—Bueno, ahí, a las nueve. ¿Querés que te deje mi reloj?

El linyerita echó una mirada al Rolex de Maxi, y negó enérgicamente con la cabeza.

—Señor, no, yo pregunto.

—Bueno, entonces.

—Señor, ¿es por un trabajo?

La pregunta lo tomó por sorpresa. Salió del paso con una evasiva.

—Algo así. Mejor. Ya vas a ver.

Y se fue. Se dejó llevar por su sistema automático rumbo al gimnasio, pensando en lo que había hecho. Y también en lo que no había hecho, por ejemplo darle unos pesos para que comiera, o decirle algo más prometedor para asegurarse de que no faltara a la cita... Pero no sabía qué podía haberle dicho; quizás era mejor quedarse en lo mínimo; a alguien tan desamparado debía bastarle con lo mínimo. Y él mismo no tenía muy en claro lo que iba a pasar. Los presentaría, al linyerita y la chica del espejo, sus dos mejores amigos... Sentía que estaban hechos uno para el otro, podían complementarse, entrar juntos en la vida. Cada uno tenía lo que le faltaba al otro. Ella tenía trabajo, tenía casa, podía llevarlo a vivir bajo techo. Y él tenía el valor y la experiencia para que ella pudiera salir de las aguas inmateriales del espejo, y del corazón oscuro de la villa, hacia la realidad. Más allá no podía prever qué pasaría, pero ellos podían enamorarse, ¿por qué no? Todo podía pasar.

Caminaba ciego y sordo a lo que lo rodeaba, muy rápido, completamente abstraído. No llamaba la atención porque toda la gente con la que se cruzó también iba rápido, para llegar adonde fueran antes de que se descargara la tormenta, que parecía inminente.

Iba eufórico. No podía creer que hubiera resultado tan fácil; no se detenía a pensar que en realidad todavía no había resultado nada. Pero los resultados eran lo de menos. La obra maestra estaba antes. Después de todo, después de tanto pensarlo (o no pensarlo, que era lo mismo) la maniobra se había realizado sola, sin que él tuviera que hacer casi nada. Después de tanto pensarlo, de tanto prometerse que no lo haría al azar del impulso o las circunstancias, había sido una improvisación del momento. Por eso había sido fácil, por eso parecía haberse hecho solo.

Y a la vez, sentía que era un fruto maduro de su más lenta y cuidadosa deliberación. Y también lo había improvisado.

O era contradictorio, o había que redefinir el término «improvisación». Siempre se piensa que improvisar es actuar sin pensar. Pero si uno hace una cosa por un impulso, o porque le da la gana, o directamente sin saber por qué, de todas maneras es uno el que la hace, y uno tiene una historia que lo ha llevado a ese punto de su vida; y entonces, lejos de no haber pensado ese acto, no podría haberlo pensado más: lo ha estado pensando cada minuto desde que nació.

## VII

Ya fuera por la hora, de la que había perdido noción con tantas alternancias de «temprano» y «tarde», ya por la tormenta, en el gimnasio no había nadie cuando llegó. No le sorprendía, porque solía ser el primero. Los «socios» empezaban a caer pasadas las ocho y media, y los instructores y recepcionistas a las nueve. El que abría era Saturno, el señor del bar, y esta vez tampoco él estaba. Sin embargo, debía de haber estado antes, porque había abierto y prendido las luces; supuso que había salido, como siempre, a hacer las compras: frutas para los jugos, leche, medialunas... Este hombre debía de ser muy madrugador, pensaba Maxi, porque él nunca se le había adelantado. En ese sentido, el gimnasio tenía otro pequeño gran misterio, que Maxi no podía explicarse: cuando llegaba, ya habían hecho la limpieza, todo estaba barrido, lavado, ordenado. Habría podido pensar que lo hacían de noche, después de cerrar, pero no era así, porque cuando entraba al vestuario el piso estaba recién lavado, todavía húmedo. Y le constaba que el que abría era Saturno, porque se lo había oído decir más de una vez. De todos modos la perplejidad le duraba poco, porque en un par de minutos estaba cambiado y empezaba su rutina de ejercicios, y ya no pensaba en nada más.

Pues bien, entró, tomó el camino del vestuario y cuando pasaba frente al bar algo le hizo mirar atrás de la pequeña barra curva. Allí estaba Saturno, tirado en el suelo. Maxi dejó el bolso y se arrodilló a su lado, sin saber muy bien qué hacer. Algunos pequeños movimientos en el cuerpo yacente le indicaron que estaba vivo, pero nada más. «No hay que moverlo», se dijo recordando instrucciones oídas alguna vez, pero también recordó que esas instrucciones se aplicaban a heridos en accidentes, y éste no parecía ser el caso. De todos modos, tenía que llamar a una ambulancia.

Mirando mejor, vio que los movimientos eran en los labios, y se le ocurrió que debía de estar hablando. Tenía los ojos cerrados. Se inclinó y seguía sin oír nada. Debían de ser movimientos nerviosos, temblores. Aun así, quiso asegurarse y se inclinó más, torciendo la cabeza, hasta que la oreja lea quedó casi pegada a la boca del caído. Entonces sí oyó algo, unas palabras o frases que parecían muy claras y distintas pero tan bajas que se habría necesitado un superoído para entenderlas. A lo que más se parecía la situación era a cuando uno sospecha que una radio apagada sigue transmitiendo, y por más que mete las orejas adentro de los parlantes, no oye. Por suerte el gimnasio estaba sumido en el más completo silencio, de otro modo el experimento habría fracasado de entrada. Se concentró al máximo. Al fin reconoció o creyó reconocer una palabra:

—... Maxi...

Se echó atrás y lo miró asombrado. La cara seguía inerte, salvo la agitación de los labios. Volvió a aplicar la oreja, y rehizo el trabajo de la concentración.

—... No te asustes, no es nada. El corazón otra vez. Sentame.

—¿Qué? —Quiso murmurar, pero le salió un grito, porque no dominaba su vozarrón.

—¿Sos sordo o te hacés? Que me sientes.

Maxi estaba tan aturdido que no podía reaccionar. Sentía como si un diálogo fuera posible, pero un diálogo con un muerto, con la voz separada del cuerpo. La índole de la orden contribuía a esta impresión, porque el verbo «sentarse» él siempre lo había oído referido a uno mismo: «yo me siento», «tú te sientas», «él se sienta»; y ahora, «sentame» le sonaba como un cruce imposible de personas. A pesar de lo cual podía entenderlo. Pero para entenderlo tenía que imaginarse muerto al que lo decía; y a la vez, reaccionar como si estuviera vivo. Recordó algo que pasaba con frecuencia en su casa: cuando sus padres miraban programas de televisión a los que asistían invitados del mundo del espectáculo, dos por tres exclamaban, al ver a algún viejo actor: ¡yo creía que estaba muerto!, ¡yo también!, ¡habría jurado que estaba muerto hacía años! Y aunque lo estaban viendo hablar y contar sus trabajos y proyectos, seguían viéndolo como un muerto, histórico y olvidado a la vez, un fantasma proveniente de sus infancias, o de más allá, del cine mudo, del circo criollo. Para Maxi eran completos desconocidos, pero se enganchaba de buen grado en la memoria paterna, y había terminado acostumbrándose.

Seguía con la oreja pegada a la boca de Saturno. No era tanto que no se hubiera convencido, sino que le había tomado el gusto. Pero si había que sentarlo, había que sentarlo, y puso manos a la obra. Lo lógico habría sido sentarlo en el piso, apoyado contra la heladera; habría sido mucho más fácil, y lo habría dejado en una posición más cómoda. Pero no se le ocurrió. Lo levantó en vilo y lo sentó en el taburete alto que había detrás de la barra. Los pies le quedaron colgando, y como además el taburete no tenía respaldo tuvo que seguir sosteniéndolo. Pesaba como si estuviera hecho todo de plomo. Le puso las manos sobre el mostrador, en posición de pianista.

—¿Llamo a la ambulancia?

Volvió a aplicar la oreja a la boca, lo que ahora se hacía más difícil.

—No, dejame así. En un minuto me repongo.

Probó de soltarlo, a ver si quedaba. Tuvo que rectificarlo unos centímetros para que el centro de gravedad se alineara, pero quedó. Seguía con los ojos cerrados.

—Voy a cambiarme y enseguida vengo —dijo.

Tomó el bolso de donde lo había dejado y partió de prisa rumbo al vestuario. Pero antes de trasponer la puerta se dio vuelta para echarle una última mirada. Ahí seguía, inmóvil, con los ojos cerrados. Se lo veía muy frágil, en lo alto del taburete, y Maxi tuvo que reconocer que existía la posibilidad de que se viniera abajo en cualquier momento. Era un hombre mayor. No viejo, porque no debía de llegar a los sesenta años, pero sí gastado, corroído por un trabajo rutinario y un carácter pesimista. No

había sido feliz. El corazón, sediento de amor, se rebelaba contra su dueño.

¡A cuántos les pasaría lo mismo!, pensó Maxi. La vida se alimentaba de vida, y no tenía otro recurso. La vida quemaba vida en la caldera: y no vida en general sino la propia, la única y particularísima, y cuando ya no le quedaba nada que echar a las llamas, el fuego se apagaba. Y sin embargo... Uno no era el único. Había otros, muchísimos más, viviendo cada cual su vida, y eso seguía. Esa vocecita que había oído, tan lejana, o más bien... tan pequeña: una voz en miniatura, como la de una casa de muñecas, para mirar con el microscopio, esa vocecita traía un mensaje de otra dimensión. Un eco, miniaturizado por la distancia, pero una distancia que no se encontraba ni en el espacio ni en el tiempo. Y sin embargo esa distancia en miniatura podía establecer la mayor diferencia posible, como cuando por un minuto no se produce un encuentro que cambiaría toda una vida... En realidad, pensó Maxi, bastaba un desplazamiento de un minuto, o de un segundo (o de un centímetro) respecto del tiempo o el espacio de los demás, para vivir una realidad distinta, en la que fueran posibles todas las magias.

Cuando entró en el vestuario, la extrañeza que le causaba siempre ver el piso recién lavado y húmedo quedó completamente descartada por otra, mucho mayor, también localizada en el piso: había un cuerpo tirado, el cuerpo de una mujer joven semidesnuda, en la posición del que cae fulminado. La envolvía la luz que entraba por las puertas corredizas del balcón, magnificada por el brillo de las baldosas mojadas. El calor del cuerpo había evaporado esta humedad dibujando a su alrededor una especie de aureola vaporosa.

Tanta fue la sorpresa que se detuvo en seco, con la cabeza ligeramente inclinada hacia adelante. Se olvidó de la puerta, que era de vaivén y a la que le había dado un fuerte empujón: de modo que cuando volvió hacia él no se acordó de detenerla, y la madera le dio contra la frente, con un sonoro «toc» que retumbó en todo el gimnasio. El golpe fue lo bastante fuerte como para hacerlo retroceder dos pasos, y por un momento vio todo blanco. Cuando el mundo volvió a aparecer, la puerta estaba otra vez cerrada frente a él. La abrió por segunda vez, ahora sin soltarla, y se deslizó adentro. Lo que había visto antes seguía ahí, exactamente igual. Fue hacia la chica en el suelo frotándose la frente, donde empezaba a formarse un chichón.

Cuando estuvo sobre ella la reconoció: era Jessica, una de las «socias» más constantes de la mañana, y de las más madrugadoras, aunque no tanto como él. Le extrañó no haberla reconocido antes, siendo que la veía todos los días. Pero, pensó, el contexto lo es todo en el reconocimiento de las personas, y a Jessica siempre la veía con su malla de gimnasia, montada en algún aparato, charlando y riéndose. Esta figura exánime no se le parecía en nada, aunque era ella.

Lo primero que se le ocurrió fue que había resbalado en el piso húmedo. Aunque no se veían huellas; era casi como si hubieran lavado a su alrededor. Miró atrás, y vio

que sus propias pisadas sí habían quedado marcadas.

Se arrodilló a su lado para examinarla, con un gesto que ya se le estaba haciendo habitual. Jessica respiraba profunda y suavemente, como dormida. Le miró los labios: entreabiertos, sonrosados, no se movían. Con ella habría sido más agradable la maniobra de oír, y lo hizo soñar de pronto, imaginarse lo que le diría, cómo sonaría su «voz pequeña». Era hermosa... Era de veras hermosa, un sueño hecho realidad... Qué raro que no lo hubiera notado antes, siendo que la veía todos los días. Pero seguramente eso también dependía del contexto; al fin de cuentas, el sueño y la vigilia conformaban el par de contextos del que derivaban todos los demás. Le vinieron unas palabras a la mente: «la bella durmiente». Quizás esta chica era de las que cuando están despiertas están en tensión, y sólo al dormir se relajan y dejan florecer su belleza. La desnudez rosa de los párpados, de los labios, se prolongaba entre los pliegues de la única prenda que llevaba puesta, una camiseta blanca de tela liviana. Los pechos se vislumbraban, blancos y rosas. No llevaba ropa interior: el accidente debía de haberla sorprendido mientras se estaba cambiando... Pero al pensar esto Maxi miró a su alrededor, y no vio ropa, ni bolso ni nada. Además, éste era el vestuario de hombres y ella no podía haber venido a cambiarse aquí.

A falta de instrucciones, se decidió a hacer algo, por ejemplo acostarla sobre uno de los bancos largos de madera, para que no siguiera en el piso frío y mojado. Lo hizo, demorándose un poco (con la justificación de hacerlo bien) para disfrutar el momento de tenerla en sus brazos, y cuando estuvo sobre el banco ella soltó un suspiro y pareció a punto de despertarse. Como en la maniobra se le había subido la camiseta, dejándola visible hasta la cintura, Maxi se turbó un poco temiendo que tendría que darle explicaciones, y volvió a mirar alrededor en busca de ropa, o de cualquier cosa, por ejemplo una toalla olvidada, para taparla. Y entonces vio que sí había un bolso, y bien visible, en el otro banco, un bolso de gimnasia grande. ¿Cómo no lo había visto antes? Fue hacia él en dos pasos rápidos, buscó el cierre relámpago, y antes de abrir volvió a mirarla. Seguía dormida. Abrió, y revolvió en su interior. Qué raro. La ropa que contenía era de hombre: shorts, un buzo, una musculosa, unas zapatillas enormes (y ella tenía unos piecitos rosados de muñeca) y hasta desodorante de hombre, y champú de hombre, los que usaba él... En realidad, todo le resultaba conocido, pero aun así tardó en comprender que era suyo: era su bolso, que había dejado ahí al entrar, antes de arrodillarse. Una distracción tan absurda sólo podía explicarse por su nerviosidad, y quizás por ese golpe que se había dado en la cabeza. Lo que no había impedido que por un instante barajara la extraña posibilidad de que ocultara el secreto de que en realidad ella era un hombre, o viceversa, o cualquier cosa por el estilo.

El error tuvo al menos la utilidad de demostrarle que estaba pensando mal, yéndose por las ramas. Lo que debía hacer era tratar de reanimarla, auxiliarla, y

dejarse de macanas. Con esa intención fue a sentarse a su lado, y le tomó la cabeza por la nuca con una mano. ¡Qué suave era el pelo, qué impalpable!

Jessica abrió los ojos... Y eran unos ojos que Maxi en realidad nunca había visto: grandes, oscuros pero con líneas doradas que los hacían muy quietos, y ahora velados de silencio, de desconocimiento. Se dejó hundir en ellos, él también mudo y envuelto en sueño. Volvió en sí al oírle decir su nombre:

—¡Maxi...!

Sonaba sorprendida, como si fuera el último que hubiera esperado ver en ese momento.

—¡Jessica! ¿Qué te pasó? ¿Estás bien? ¿Te desmayaste?

—¿Eh? ¿Qué? —Movi6 la cabeza, que seguía en la mano de él, pero no se incorporó. El desconcierto se resolvió en una pequeña sonrisa—. Me desmayé, o me quedé dormida, no sé...

—¡Estabas tirada en el piso!

—Creo que me bajó la presión. No debería haberme levantado tan temprano... Es el clima. La tormenta.

—Ahora me parece que salió el sol.

—¡Pero qué estás diciendo! Si se viene el mundo abajo. Vos siempre el mismo distraído.

—No. Creo...

Los dos miraron hacia los vidrios del balcón, que estaban pintados de verde salvo una franja superior. Por la franja entraba una luz gris oscura, casi nocturna. Había un silencio sobrenatural, muy de fin del mundo. Maxi dejó vagar la mirada hasta el espejo que cubría una de las paredes, y ahí se vio, como una Pietá, sosteniendo en brazos ese objeto rosa y tibio: una mujer. Parecían flotar en un medio verdoso. Se acordó de algo.

—A Saturno le pasó lo mismo. Lo dejé reponiéndose.

—¿En serio? ¿A él también? Entonces...

—Seguro que es el clima.

—Sí... Seguro. ¿Él también?

—Estaba tirado en el piso igual que vos. —Estuvo a punto de agregar: «aunque él estaba vestido», pero se contuvo a tiempo, y dijo en cambio:— No quiso que llamara a la ambulancia.

—¡No! —exclamó ella estremeciéndose—. No es necesario, por lo menos para mí. Ya estoy bien.

Apoyó las manos en el banco para sentarse pero cambió de idea, como si estuviera demasiado cómoda en brazos de Maxi. —Dame un minuto.

—No hay apuro. —Se quedaron callados un momento—. ¿Pero por qué estabas en el vestuario de hombres?

Ella lo miraba sin entender.

—¿Cómo? —preguntó al fin—. ¿Hay vestuario de hombres y vestuario de mujeres?

—Sí... creo que sí. Yo siempre me cambio aquí.

—Yo también. ¿Hay otro?

Maxi lo pensó.

—¿Sabes que nunca me fijé? Es que vengo tan temprano, y nunca hay nadie...

Ella sacudió la cabeza con desaliento.

—No, no es eso, Maxi. Es que sos tan distraído... Vivís en tu propio mundo privado.

—No, no creo que sea para tanto. Y si fuera así, no le hago mal a nadie, ¡al contrario! —Lo decía pensando que era la segunda vez en la mañana que auxiliaba a un desmayado.

—Sí, Maxi. Los otros son tus víctimas. Vos pasás sin vernos.

—A vos te vi. Si fuera como decís, habría pasado por encima de tu cadáver, me habría cambiado y habría ido al salón dejándote tirada.

Ella no respondió. Se había distraído, pero no con otra cosa sino con él mismo. Lo miraba fijo.

—¿Qué te pasó en la frente?

Maxi se tocó.

—Me di un golpe contra la puerta.

—Tenés un cuerno enorme. ¿Contra la puerta? ¿Creíste que ibas a atravesarla, como un fantasma?

Antes de que pudiera responderle, vio que su rostro hermoso se fijaba en una mueca, y soltaba un grito.

—¡¡Aaay!! ¡Maxi!

—¡¿Qué pasa?! ¿Qué?

—¡Todo esto ya lo viví! ¡Es una repetición exacta! ¡Pero exacta, hasta el último detalle!

—¿El chichón también?

—No te burles. ¡Qué impresionante! Es un *déjà-vu*. Hasta saber que es un *déjà-vu*...

—Cuando recordás que la otra vez también habías pensado que era un *déjà-vu*, significa que se terminó.

—Pero no sé si en este caso se habrá terminado. Es como si persistiera, atenuado, o transformado... Es hermoso y horrible a la vez.

—Es lógico que sea dos cosas, porque es doble.

—¿Sabés por qué debió de pasarme? Porque cuando me desmayé estaba pensando en vos, y cuando me desperté, lo primero que vi fue tu cara.



No era una explicación que tuviera mucho que ver, pero de todos modos se sintió halagado. ¿A quién no le gusta que piensen en él?

—Muchas gracias.

—¿Por qué?

—Por pensar en mí. —Se ruborizó.

—Te pusiste colorado. Estás todo del color del chichón. Sos tan tímido, tan infantil. Es por eso que aquí todas las mujeres están enamoradas de vos.

—No es para tanto.

—No estés tan rojo, por favor. Parecés un ají.

Soltó una risita, incómodo.

—No depende de mi voluntad.

—Pero es todo parte de lo mismo. Un niño no sabe lo que pasa a su alrededor. A él nadie tiene que darle las gracias, porque jamás malgasta un segundo de su tiempo en pensar en los demás.

—Jessica, perdoname, pero creo que te estás contradiciendo. O uno piensa en los demás, o presta atención a lo que lo rodea. No se puede hacer las dos cosas al mismo tiempo.

—¡Qué típico de vos, que hagas la diferencia! Como si lo que nos rodea no fueran los demás. Me estás dando la razón sin querer.

Maxi no sabía cómo habían llegado a estas dialécticas, que lo confundían, así que se limitó a sonreír. Sentía latir la frente, con un tam tam casi audible. Ella entrecerró los ojos y siguió, contradiciéndose en la contradicción:

—Lo que hay que reconocer es que no sos el único. A todos nos pasa. Y nos pasa no tanto con la gente, que se las arregla para llamarnos la atención y obligarnos a pensar en ellos, y a tenerlos bien vigilados. Pero sí con las cosas y los lugares. Es como si uno viviera en un laberinto al que siempre le están haciendo reformas. Es increíble lo que uno puede llegar a ignorar. Todo.

—Yo me las arreglo bastante bien.

Ella seguía en la suya:

—¿Viste que hay gente que siempre le está haciendo refacciones a su casa, y nunca se dan por satisfechos? Así es Dios. Entre los seres humanos está tan difundida esa manía, que la municipalidad ha tenido que poner aviones para sacar fotos aéreas. Así pueden ver qué reformas han hecho, y ajustan los impuestos.

—¿En serio? —dijo Maxi.

—Y eso no es nada. Si quieren, pueden reconstruir todos tus movimientos, todo lo que hiciste durante el día, todo lo que dijiste, lo que te dijeron... Todo.

—No, no debe ser para tanto.

—Sí, Maxi, ¡qué ingenuo sos! ¡Qué poco te fijás!

—¿A quién le interesa lo que yo hago?

—Eso nunca se sabe. Cualquier cosa puede volverse importante.

Maxi lo pensó:

—De cualquier modo, cuando estás bajo techo no te ven.

—¿Pero qué estás diciendo?! No, me entendiste mal. No me refería a los aviones. Hay mil modos de dejar documentado lo que pasa. Todo queda registrado, de un modo u otro.

—Mm... Sí, puede ser. Con micrófonos ocultos, o cámaras.

—No. Antes de que existieran era lo mismo. Pero ahora, además, están las cámaras. Aquí mismo...

Maxi soltó la risa:

—¡No seas paranoica! ¿Quién va a poner una cámara en el gimnasio?

—No me sorprendería en lo más mínimo. Y aun sin cámara, estoy segura de que...

¿Se equivocaba Maxi, o había un asomo de lágrimas en los grandes ojos dorados que lo miraban? Se turbó, y no supo qué decir. Ella siguió:

—No sería de extrañar que ahora que el gimnasio cierra, alguien quiera saber todo lo que pasó en él, minuto por minuto, desde que abrió. Para él puede ser importante, por algún motivo. ¡Y han quedado tantos rastros! Si lo pensás bien, vas a ver que de cada cosa que hiciste quedó alguna huella. Alguien lo recuerda. Hasta cuando estabas solo, era como si hubiera alguien viéndote, porque siempre había alguien que podía calcular o deducir lo que hacías. No hay más que reunir todos los datos, y ponerlos en orden...

—Esperá un momento —la interrumpió Maxi, que se había quedado un poco atrás—. ¿Por qué decís que el gimnasio cierra? ¿Es una hipótesis?

—¿Cómo? ¿No sabés? ¿Es posible...? ¿Ves que tengo razón cuando digo que estás en la Luna? ¡Claro que cierra! Chin Fú alquilaba, y ahora le piden el local. El dueño tiene muchísimas propiedades, en todo Buenos Aires, y se las está alquilando a una iglesia evangélica para usarlos como templos. Está echando a todos los viejos inquilinos, no les renueva el contrato. La iglesia paga más, o él tiene intereses por los que le conviene hacer el cambio. ¿En serio no sabías?

—La verdad, no. ¿Y cuándo...?

—¡Ya! Quizás a estas horas el gimnasio ya es historia. ¿No notaste que hoy no vino nadie?

—Sí, pero creí que era porque es muy temprano.

—Ya no es temprano. Estuve horas dormida. Hoy ya no viene Élida. Ayer nos despedimos.

Élida era la recepcionista de la mañana, una señora muy simpática.

—No sabía nada.

—Todo el proceso empezó con la muerte de Cynthia... —dijo Jessica, pero se

interrumpió al ver que Maxi no la escuchaba.

Casi por una telepatía, los dos habían tomado conciencia al mismo tiempo del cuadro que formaban. Miraron la pared del espejo. Jessica no pudo dejar de ver que estaba casi desnuda, nacarada en el centro del tenebroso resplandor verde y gris, y que la tenía en sus brazos un joven gigante enfundado en un gabán de plástico. Pero no hizo ningún movimiento por cubrirse o apartarse. Las circunstancias los habían puesto donde estaban, y podían haberlo hecho de millones de modos distintos; cualquier diferencia mínima en los hechos que habían precedido a este momento habrían dado otro resultado. Pero había sido éste. Era como si un héroe de fábula, en su aventura prodigiosa para salvar a la princesa tapiada, hubiera sido herido a la orilla del mar, y una gota de sangre, llevada por una ola, hubiera viajado a las remotas profundidades del océano hasta introducirse por los bordes entreabiertos de una ostra y producir la más única y hermosa de las gemas del mundo: la perla rosa.

Ahora se estaban mirando. Maxi y Jessica. Ella y él. Maxi era tímido. ¿Quién no lo es, en el fondo? ¿Quién no se ha preguntado, con un desaliento que supera todas las fuerzas que uno podría llegar a reunir, cuántas iniciativas tomar, cuántos gestos hacer y palabras decir, cuántos laberintos recorrer para llegar al momento en que al fin empiece a suceder la realidad? Pero cuando ese momento llegó, ya nadie es tímido: no podría serlo, aunque quisiera. Las cosas le están pasando. Se inclinó hacia ella como el cielo se inclina sobre la tierra, y la besó. Los labios tocaron los labios que nunca habían creído que fuera posible tocar, y por ese sólo hecho los cuerpos y las almas se comunicaron. Si el gimnasio no existía, todo estaba permitido. Temblorosa y apasionada, Jessica alcanzó a pensar, como desde muy lejos: «No me pidió nada, no me dijo nada. Solamente me besó». Y antes de rodearlo con sus brazos y cerrar los ojos llegó a esta conclusión: «Qué inteligente es».

## VIII

Todo el día la tormenta se mantuvo en el mismo estado de inminencia, pero creciendo sin cesar; el cielo se ponía más oscuro a cada hora, la temperatura aumentaba, el aire se ponía más denso. Al crepúsculo, cuando Maxi se despertó de una siesta profunda, era una noche-día recorrida por gente que se escapaba furtivamente a sus casas.

—No te vayas lejos, que en cualquier momento se larga a llover —le dijo la madre, que trabajaba en el comedor, al verlo ir hacia la puerta. Era profesora de manualidades en un liceo, y estaba recortando unas complicadas papirolas. Maxi fue hacia la mesa y tomó una, por cortesía.

—Qué lindo. ¿Qué es? —Lo dio vuelta y se respondió a sí mismo—: Un hongo. Un plumero.

—Un abanico —dijo la madre. En realidad era un ramillete de abanicos con un sólo mango, que a su vez se abría en otro ramillete invertido—. Un abanico que se abanica a sí mismo.

—¿Esto le hacés fabricar a tus alumnas? —dijo Maxi examinando intrigado el artefacto.

—Es manualidad avanzada. Pero sí, tienen que «sacarlo». Si no, las bocho.

—Se les debe de hacer difícil —dijo Maxi, y agregó con ironía—: Pero hacés bien, así tienen algo para defenderse en la vida.

La madre se limitó a sonreír. Era un tema que debatían a menudo, el de la utilidad de la materia que enseñaba. Él abría y cerraba los acordeones de la papirola, divertido.

—¡Es lindo! ¡Me gusta!

—Mejor dejalo, Maxi, o me lo vas a romper. Un movimiento mal hecho, y lo torcés para siempre. Estas cosas no tienen arreglo.

Lo puso sobre la mesa, con la sospecha bien fundada de que ya lo había estropeado.

—¿Todavía tenés que seguir practicando? ¿No te los sabés de memoria?

—Siempre estoy inventando cosas nuevas. A veces ni yo misma sé lo que va a resultar.

—¡Cuántos papeles habrás doblado en tu vida mamá! Milagro que no se te hayan hecho callos en los dedos.

Con eso se marchó. Enfiló hacia Rivadavia, y más allá, como todos los días. El clima daba miedo, y la gente se apuraba. En dos o tres ocasiones salió de su distracción creyendo que se había largado a llover, pero eran falsas alarmas. «Si se larga, vuelvo a casa cuando esté a la altura de Bonifacio», pensó, antes de recordar que había hecho una cita, o mejor dicho dos. Cuando se acordó, sacudió la cabeza sonriendo con indulgencia hacia sí mismo: «No hay nada que hacerle. Estoy en la

Luna». Pero después se dio cuenta del inconveniente. La lluvia podía echarlo todo a perder. Se encogió de hombros.

¡Qué importaba! Lo que había planeado estaba más allá de esas contingencias. Además, la lluvia no lo asustaba... ¿O sí? De pronto, no podía recordarlo. No recordaba ninguna ocasión en que hubiera llovido. Es cierto que estaba distraído y tironeado por distintas preocupaciones, pero aun así le resultó curioso que no pudiera evocar ninguna lluvia en su vida. Y sin embargo, sabía perfectamente lo que era la lluvia. «Y si no lo sé, esta noche voy a saberlo», se dijo. Tenía como excusa el hecho cierto de que hacía meses que no llovía en Buenos Aires. Y uno tiende a perder la noción de los climas que no se efectúan.

En los baldíos de la vía encontró alguien que necesitaba su ayuda. De hecho, tan atípico era el día que estuvo a punto de pasar de largo, perdido en sus pensamientos. Era una mujer, con una niña de dos o tres años, revisando en la basura y empujando un carrito de supermercado. Frenó en seco cuando ya las había dejado atrás, y se volvió. Por lo general no le ofrecía su ayuda a mujeres solas, para evitar malas interpretaciones. Pero su fama debía de haberse extendido entre los cartoneros del barrio, porque las malas interpretaciones parecían haber quedado atrás. Si había fama, tenía que basarse en un malentendido, pero no hay nada más universal que el malentendido. De todos modos, ésta era una mujer muy masculina, sin formas visibles de mujer bajo la vieja campera de nylon demasiado grande para ella; era menuda y nerviosa, seguramente mal alimentada, con un gorro de lana sobre el pelo desgredado. Maxi se hizo cargo del carro, y ella aprovechó para acelerar sus investigaciones, casi olvidándose de la niñita, que correteaba de aquí para allá hasta que Maxi la metió en el carro.

Avanzaron un rato hacia el oeste, hasta la altura de la Plaza, y allí la mujer se metió por la puerta de servicio de un restaurante, después de darle de baja a su «caballo de tiro», con el que no había intercambiado más que unos monosílabos incomprensibles. Estaba apurada, nerviosa, lo que podía deberse al clima; lo mismo dos hombrecitos con un carro extragrande, a los que ayudó Maxi a continuación, y una familia entera con la que siguió, ya cruzando Rivadavia de vuelta. Los hombrecitos eran especialistas en cartón, y habían acopiado una cantidad enorme; a Maxi le gustaba sentir un peso realmente grande en el carro; era negocio para ellos, era plata; «salvaban el día», aunque no se iban a hacer ricos. Le encantaba sentir la transformación de algo tan liviano como el cartón en algo pesado, cuando cartón con cartón iban formando una masa.

No sabía que a partir de cierto punto dos pares de ojos lo vigilaban. Eran dos chicas, una de ellas su hermana Vanessa, con su inseparable amiga Jessica, que no lo perdían de vista, a media cuadra de distancia. Habían planeado cuidadosamente esta persecución, y no la habían suspendido a pesar de la tormenta. Estaban decididas a

seguirlo hasta el final, y salir de dudas; de hecho, la maniobra terminaría con una confrontación en la que pondrían todas las cartas sobre la mesa. Ya no podían, o no querían, seguir postergando el momento de poner a Maxi de su lado en el combate con las fuerzas oscuras que las amenazaban.

Claro que debían poner en la tarea una paciencia sobrehumana. El avance de su presa era lentísimo y sujeto a toda clase de detenciones. Disimulaban mirando vidrieras, o metiéndose en zaguanes, o inclusive dando pequeños paseos hasta la esquina anterior, ida y vuelta, tomadas del brazo. No temían que Maxi las descubriera, porque sabían lo distraído que era, y lo lejos que estaba de sospechar que lo seguían. Pero tampoco podían perderlo de vista o alejarse demasiado: ya habían comprobado qué caprichoso era el itinerario, y cómo pasaba de un ciruja a otro, sin aviso ni despedida.

Para entretenerse, charlaban. Eso no era ninguna novedad entre ellas, porque su amistad estaba hecha de una conversación incesante: ni ellas habrían podido decir de dónde sacaban temas, pero nunca les faltaban. Era uno de los motivos por los que volvían a amigarse después de cada una de sus frecuentes peleas: la lengua se les adormecía en la boca, y con sus otras amigas no establecían el mismo chorro. En realidad, uno de los temas o complejos de temas más productivos era lo que les pasaba en los intervalos en los que no se dirigían la palabra. Eso hacía que los intervalos proliferaran, y ya casi no necesitaban pelearse para tenerlos: les bastaba un instante, una nada, para acumular información.

En esta ocasión no era tema lo que les faltaba. En la excitación del plan cuya realización habían emprendido, les habían quedado relatos importantísimos en el tintero, y ahora las demoras de Maxi y sus benditos cirujas les daban la ocasión de ponerse al día.

—Esta mañana —decía Jessica— me lo encontré en el gimnasio, y me di cuenta de una cosa. No lo vas a poder creer, como no podía yo, pero tu hermano no se ha dado cuenta de que yo soy yo. Es un marciano.

—¿No sabe que vos...? No entiendo.

—No se ha dado cuenta de que la «Jessica» que conoce del gimnasio es la misma «Jessica» amiga de su hermana. Para él son, es decir «somos», dos personas distintas.

—¡No puede ser! Es com... ple... ta... —Vanessa se quedó balbuceando, con la mirada perdida, en el gesto típico de alguien a quien le dan un dato asombroso, y debe revisar de apuro toda su experiencia para hacerle un lugar.

Jessica la entendió muy bien.

—Estuve todo el día haciendo cálculos, y terminé viendo que no es tan imposible. Yo voy poco a tu casa; casi nunca me he encontrado con él en tu casa, y esas pocas veces él no me llevó el apunte. Está acostumbrado desde chico a descartar a las amigas de su hermanita, y se le han hecho invisibles. Y cuando te llamo y atiende él,

soy una voz en el teléfono, «Jessica», la amiga de su hermana: te llama y se olvida. El nombre sería lo último que le daría una pista, porque Jessicas hay muchas. Para él, el gimnasio debe de ser un mundo aparte, que no relaciona con lo demás, y menos con vos.

—¿Y vos nunca se lo dijiste?

—En realidad, nunca habíamos hablado mucho, él se enchufa con los aparatos, no le da bola a nadie. Hoy fue la primera vez que hablamos, y eso por un accidente que me pasó.

—¿Y se lo dijiste?

Jessica vaciló un instante:

—Mirá, te va a parecer ridículo, pero la verdad es que yo misma me di cuenta después, reflexionando. Y no sé si se lo habría dicho: es demasiado divertido, ¿no? Es como tener una personalidad secreta, sin haberse molestado en decir una sola mentira.

Hicieron unos pasos en silencio. El carrito de Maxi había dado vuelta la esquina; cruzaron a la vereda de enfrente para tomar distancia y no tropezar con él, en caso de que se hubiera quedado detenido cerca. Pero no: estaba a unos treinta metros, inmóvil, y unos chicos zaparrastrosos se afanaban desatando a toda velocidad bolsas de basura. A Vanessa le había quedado una duda, y la expresó mientras simulaban mirar una vidriera de peluquería:

—¿Por qué decís que vas poco a casa? ¡Si estamos todo el día juntas!

—¡Porque es cierto! ¿No te has dado cuenta de lo poco que vamos a nuestras casas? Yo creo que es porque vivimos demasiado cerca.

—¿Y cuando te quedás a dormir en casa?

—Bueno, sí... Es bastante increíble, pero así es tu hermano.

—¿Y cuando te metiste en el cuarto de él?

Jessica se rio. Había sido un episodio que las hizo reír toda la noche, una mezcla de sonambulismo y alucinación.

—Esa vez estaba dormido, y no se despertó.

—¡Por suerte!

Volvieron a reírse. Jessica no había recordado antes aquel incidente, y ahora no hacía más que acentuar la magia de todo el equívoco. Le hacía ver qué cerca había estado de Maxi, qué intimidad habían compartido, y cómo había podido seguir siendo una desconocida para él. Los pensamientos de Vanessa habían ido en otra dirección:

—¿No te estaría tomando el pelo?

—No, justamente porque no hablamos de eso. ¡Estoy segura, Vanessa!

—¿Se lo vas a decir?

—¿Eh?

—¿Se lo vas a decir, mañana, o pasado, en el gimnasio?

Jessica tardó un momento en comprender. Y Cuando comprendió, siguió extrañada.

—¿Decirle? ¿Que yo soy yo? No sé... No sé si hay algo que decir... Pero además, hoy vamos a encararlo, ¿no habíamos quedado así?

—Sí, cierto. Se va a dar cuenta, cuando te vea. O capaz que no.

Jessica se sobresaltó al recordar algo:

—¡Pero no va a haber más gimnasio, Vanessa! ¿No te conté? El Chin Fútbol cerró, definitivamente.

—¿Sí? —dijo su amiga con afectada indiferencia, que además era bastante real. Por reacción contra su hermano, y quizás también por una convicción auténtica, encontraba ridícula y malsana la costumbre de ir al gimnasio: una pérdida de tiempo. Meses atrás, cuando Jessica se anotó, le había expuesto sus argumentos en contra, y hasta habían tenido un momentáneo distanciamiento por ese motivo. Y después se había hecho un deber de no preguntarle nunca cómo le iba con los ejercicios, y cuando la otra sacaba el tema, hacía oídos sordos o hablaba de otra cosa. Ahora mismo, miró en dirección a donde Maxi había retomado la marcha, y comentó con distracción—: Mejor así, a ver si se dedican a algo más productivo.

—¡Pero Vanessa, que cierren el gimnasio no quiere decir que cierren todos los gimnasios de Buenos Aires! Hay millones...

—Uf.

—Aunque... Para decir la verdad, no es el único que cierra. De eso también tendríamos que hablar con Maxi hoy.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver?

—No sé bien cómo ha sido, pero es otro de los efectos lejanos de la muerte de Cynthia. ¿Te acordás que el padre estaba metido en el negocio de las iglesias evangélicas? Después del crimen, que esa secta supo aprovechar tan bien, el tipo que la financia empezó a desalojar a todos los gimnasios a los que les alquilaba locales, y se puso a transformarlos en templos. Ahora le tocó al Chin Fútbol, que era de los últimos que quedaban en el barrio.

—¿Cómo es que supieron aprovechar la muerte de Cynthia? No sabía nada.

—¡Si la han hecho una santa! ¡Le rezan, le piden favores...! ¿No sabías?

—¿En serio? ¿Como a Gilda?

—¡Igual!

—¡Están locos!

Se rieron. Pero Vanessa tenía una duda atrasada. Habían seguido caminando, siempre atrás de Maxi, y ahora estaban a la mitad de una cuadra oscura. La conversación era así. Por el movimiento y las alternancias de la atención, iban quedando puntos sin resolver, a los que volvían en cualquier momento:

—¿Qué accidente?



—¿Eh?

—Dijiste que hoy habías hablado con Maxi en el gimnasio por un accidente. ¿Cuál fue? ¿Se te torció una muñeca, o te quedó una pesa colgada del ombligo? — propuso con veneno.

La ironía quedó desperdiciada, porque Jessica, al acordarse, empezó a contar con entusiasmo.

—¡No sabés lo que me pasó! ¡Casi me muero, la puta que lo parió! ¿Viste que últimamente le estaba comprando la proxidina a Saturno, el hombre del bar? Con el asunto del cierre del gimnasio, se había puesto difícil, y me pidió que fuera a primera hora, cuando no hubiera nadie. Así que hoy fui tempranísimo... ¡y podés creer que el muy hijo de puta me dio proxidina mala...!

Vanessa hizo un gesto de horror y frunció la cara.

—¿Cómo mala? ¿Falsa?

—¡Qué sé yo! Ojalá hubiera sido solamente falsa. Tuvo un efecto opuesto... no sé... empecé a sentir que todo se alejaba, en lugar de acercarse... Era como el fin del mundo, como si me cayera por un pozo. Me desmayé, y al despertarme ahí estaba tu hermano.

—Qué cagada. ¿Qué le dijiste?

—Nada. Que me había bajado la presión. Per Saturno no tenía la culpa, a él también se la habían vendido cambiada. Lo sé porque tomó, y le hizo el mismo efecto, o peor, porque le afectó el corazón. Debe de ser algo relacionado con estos cambios: el que se la vende a él es el soplón de la misma secta que se va a instalar ahí, el Pastor. Después me la cambió por otra buena que tenía de antes.

El interés de Vanessa, que había estado bastante bajo durante los últimos minutos, se reavivó.

—¿Tenés aquí?

—Por supuesto. —Echó mano al bolsillo.

—¿Es de la buena? ¿Seguro?

—No te preocupes. Ésta la probé.

Miraron en dirección a Maxi para asegurarse de que no se les escapara, y como lo vieron detenido se metieron en un zaguán.

«Ahora se drogan, las turrítas», se dijo Cabezas en la oscuridad de su auto, desde el que no les perdía movimiento. No quiso ser menos, y sacó del bolsillo su propia provisión de proxidina. La tenía en un grueso botón de cristal rojo, que le quemaba la mano. No era impresión, sino una temperatura real: le habían explicado que la sustancia, en la solución de gel en que estaba dentro del cristal, producía una contigüidad de los átomos. En el reverso tenía un broche de presión de metal dorado, como el de un prendedor, pero con una aguja de cinco milímetros. Se la clavó en el lóbulo de la oreja, frunciendo apenas la cara al sentir el pinchazo, y lo dejó ahí unos

segundos, mientras la droga penetraba. Por una curiosa coincidencia, en ese momento un relámpago salvaje cruzó el cielo y se reflejó de un extremo al otro del parabrisas, como un flash que fotografiara la cara abotagada del policía, su gesto de estupor, y el cristal en la oreja como un clavel de fuego fosfórico.

El éxtasis lo envolvió todo por dentro. Necesitaba eso, y mucho más. Sus viejos problemas habían venido concentrándose, y estaban haciendo crisis. La jueza que lo perseguía y se había propuesto destruirlo estaba sobre él, acumulando pruebas y documentación, y no podía dudar que el asalto final era inminente. Pero él se le adelantaría... Y lo haría gracias a estos adolescentes, instrumentos sólo a medias inocentes de su maquiavelismo.

A los cincuenta años, destruido por el fracaso, por la contaminación lenta y corrosiva del crimen, por el divorcio, por el cansancio, cuando ya todo parecía terminado... descubría que todavía tenía tiempo, poco o mucho (daba lo mismo), tenía tiempo para hacer mucho. Pero no «mucho» en general; justamente eso era lo que se terminaba, o ya se había terminado: la posibilidad general, abierta, libre. A él sólo le quedaba un camino, y nada más que uno: el Mal. Ahí era donde se abría la renovación y la acción. Había descubierto que no era demasiado viejo para eso. Cuando todo se cerraba frente a él, cuando todo se clausuraba para siempre... se abría el camino contrario, el camino tenebroso del mal, como una segunda vida. Y en este rumbo ninguna ambición o esperanza era excesiva, porque realmente podía hacer el mal en enormes cantidades, desmesuradamente, históricamente, como un monstruo sobrehumano.

Era una consecuencia de la edad, no de una disposición psicológica o una inclinación. Sólo de la edad, y de la vida y experiencia acumuladas en ella. Por un instante había acariciado otra alternativa: el amor. Pero después de pensarlo un poco, llegó a la conclusión de que era imposible. Para el amor, en cualquiera de sus formas, se necesitaba otro, y descubría que los otros ya habían quedado atrás. Esto debía hacerlo solo.

Se elevaba a alturas nunca holladas, a la cima del cosmos habitada por las grandes fuerzas que lo movían todo, más allá de la vida. ¿Quién había dicho que era un mero policía corrupto? Y si lo era, ¿qué? Aun persistiendo en la más mezquina de las formas, aun siendo apenas un manojito extraviado de átomos de policía, podía canalizar las potencias supremas del mal, y crear un nuevo universo, una nueva ciudad para él, la ciudad oculta, de la que sería el rey y dios.

Estallaban los cielos, giraban sus luces enloquecidas, el gas divino se encendía en fuegos helados y las gargantas negras dejaban escapar sus rugidos, a los que les hizo eco un gemido de exaltación que explotó en los labios de Cabezas.

## IX

Maxi siguió encabezando esta procesión inconexa largo rato, dando una cantidad de vueltas que parecían no terminar nunca, pero al mismo tiempo se iban acelerando. Al fin emprendieron la retirada, dando por cerrado el capítulo de la basura. Una vez que pasaron Directorio, toda la familia ciruja se subió al carro, y el grandote de tiro empezó a trotar por el laberinto oscuro del Barrio Municipal, siempre por las callecitas que apuntaban a la villa. Los perseguidores veían su perfil sudado cuando pasaba bajo los faroles de las esquinas. Iba con la boca abierta, seguramente jadeando, y tan concentrado que ni una sola vez miró hacia atrás. Lo que fue una suerte porque el frecuente fogonazo de los relámpagos ponía en evidencia la silueta de las dos chicas, que iban media cuadra atrás y en ese sector ya no tenían dónde esconderse. Ellas a su vez estaban tan preocupadas porque él no las descubriera que no volvieron la vista en ningún momento y no vieron el auto que cerraba la marcha, en primera y frenando en cada esquina. Por lo demás la calle estaba desierta, y cuando cesaban los relámpagos la tiniebla se espesaba. Se había alzado un viento sólido, en todas direcciones, desordenado. Las plantas de los jardincitos se agitaban como locas y soltaban hojas y pimpollos como los dados de un jugador frenético.

De pronto, en un paroxismo de truenos y rayos, se largó el aguacero. Millones de litros de agua cayeron juntos, en marejadas negras que arrastraba el viento y chocaban con sonoros bofetazos. Vanessa y Jessica quedaron espantadas viendo que el carro allá adelante se lanzaba a la carrera. Se les escapaba, y ellas quedaban a la intemperie. No tenían dónde refugiarse... O eso creían. En ese momento la luz de dos faros las cubrió, y oyeron un rugido, distinto al de la tormenta, acercarse a ellas casi hasta tocarlas: era la acelerada rabiosa de un auto, y luego el chirrido de los frenos. Jessica dio un salto para evitar el golpe de una portezuela que se abría.

—¡Suban! —gritaba una voz urgente desde adentro.

Las dos chicas chillaban como poseídas, y sus notas agudísimas se enroscaban y confundían en los torrentes, aunque cada una lo hacía por distinto motivo: Jessica porque la tormenta, aunque tan anunciada, la había puesto positivamente histérica, Vanessa porque a la luz verdosa de los cuadrantes del tablero había reconocido la cara bestial que se estiraba para mirarlas desde abajo: ¡era el hombre horrible de la entrevista, el perseguidor que la había estado acosando en sus peores pesadillas! Tan inesperado le resultaba, y a la vez tan espantosamente oportuno, que todo su ser se contraía en un espasmo de terror, y lo veía como a un estegosaurio sanguinario asomando el cuello pedregoso de un lago de petróleo, la noche del fin del mundo. A la renovación de sus gritos respondía el cielo con nuevas crepitaciones de rayos, y respondía Jessica con alaridos que volvían a potenciar los de Vanessa, porque los creía provenientes del mismo reconocimiento. Y sobre sus notas en el extremo de la

escala se apoyaban, en un bajo ronco, los gritos iracundos de Cabezas:

—¡Suban, cagonas de mierda! ¡Suban, la puta que las parió, o las cago a tiros! —  
Y como si tuviese realmente intenciones de hacerlo empezó a darse manotones en el pecho, a la altura del sobaco, pero la nerviosidad general (y contagiosa) lo traicionó y se cayó de boca sobre el asiento del acompañante. Cuando levantó la cara, de inmediato, estaba más horrible y descompuesta que antes. Y cuando sacó la mano de abajo del cuerpo y la extendió casi hasta sacarla del auto y tocar a las chicas, no empuñaba una pistola sino un gran botón de cristal rojo al que bañó la lluvia y los relámpagos arrancaron chispas escarlata.

—¡Subaaaaan!!

Ya fuera por la sugestión fascinante del rubí, a cuyo alrededor la lluvia parecía hacerse más líquida, o por miedo a la ira de ese loco, o porque realmente no tenían dónde meterse y se estaban empapando, las chicas subieron. Tanto las habían venido previniendo, durante todas sus vidas, contra la tentación de subir al auto de un desconocido, que resultaba de una imprudencia injustificable que lo hicieran ahora. Pero es bastante frecuente que uno haga justamente lo que no debía hacer, descartando con un automatismo infalible todas las opciones razonables o convenientes. Además, y aquí estaba lo realmente curioso del caso, éste no era un desconocido. Quiso la mala suerte que Vanessa quedara en el medio, apretada entre el policía y su amiga, detalle que después les serviría para reprocharse mutuamente la mala idea de subir al auto: Vanessa diría que había subido «empujada» por Jessica, quien con toda inocencia juraría que ella sólo había subido imitando a Vanessa, siguiéndola. Lo cierto es que Cabezas pasó el brazo por delante de las dos, cerró la portezuela de un golpe, al tiempo que pisaba a fondo el acelerador y soltaba el embrague. El auto arrancó de un salto.

—¿Te acordás de mí?

Vanessa buscó la voz en el fondo de la garganta, y al fin la encontró:

—Sí. Sos el padre de Cynthia.

Que lo tuteara no tenía nada de extraño: eran los modales típicos de alumna de colegio de monja.

La cara de Jessica, en la oscuridad, se desfiguró en una mueca de asombro. Ella había conocido al Ignacio Cabezas padre de Cynthia, y no era éste. Creyó que Vanessa se había equivocado. Pero al oír que él decía:

—Exactamente —pensó de inmediato que debía de ser el padre de otra Cynthia, y como sucedía que tenían una condiscípula en el colegio, distinta de la muerta, que también llevaba ese nombre, supuso que se trataba de ella. Sea como fuera, se tranquilizó de que fuera un conocido, y casi se sintió cómoda, sentimiento que iba a durarle muy poco.

—¿Adonde iban, con esta tormenta?

—Volvíamos a casa —dijo Vanessa.

—¡No mientan! ¿Te creés que me chupo el dedo?

—Te juro...

—¡No jures en vano, mosca muerta! Estaban siguiendo a tu hermano.

Intervino Jessica, no tanto por ayudar a su amiga como porque no le gustaba quedar al margen de las conversaciones:

—Teníamos curiosidad por ver qué hacía, o hasta dónde iba con los cartoneros.

—¿Justo esta noche? ¿Con la lluvia?

—¡Cómo íbamos a adivinar que se iba a largar!

Era una buena respuesta, y se quedaron en silencio un momento. El auto corría sobre un mar agitado (las calles se habían inundado) levantando grandes biombos curvados de agua a los lados. Lo conducía con seguridad doblando en las esquinas, a toda velocidad, como si estuviera en el Autódromo.

—¿Adónde vamos?

—No se preocupen: lo vamos a estar esperando cuando llegue. Porque yo sí sé adonde va.

—¿Lo conocés a Maxi?

—Ustedes me lo van a presentar. Tengo ganas de hablar dos palabras con él.

Con lo cual todo se explicaba satisfactoriamente, y sólo quedaba esperar a los acontecimientos. Los limpiaparabrisas barrían del vidrio gruesas masas de agua, sin mejorar mucho la visión. Al otro lado de los semicírculos que se hacían y borraban todo el tiempo las formas eran vagas y cambiantes, y las luces desaparecían tragadas por el torbellino general. Por eso las dos chicas abrieron los ojos como platos cuando la carrera, siempre acelerando, desembocó en lo que parecía un espacio abierto y vieron adelante un resplandor de amanecer que subía hasta las nubes. Se sintieron cegadas, se llevaron las manos a los ojos. Era un circo de luz amarillo, más bien una cúpula, hecha de puro aire nocturno encendido, en el que mil millones de puntos móviles formaban una textura dorada, de maravillosa profundidad.

—¿Qué es eso? —gritaron.

—Es la villa —dijo Cabezas.

—¿Son abejas? —preguntó Vanessa.

—¡No, boluda! —le dijo Jessica—. Son las gotas.

Cuando bajaron la vista de ese prodigio, encontraron que estaban en una anchísima avenida (jamás se les habría ocurrido que era la misma calle Bonorino donde vivían), enteramente inundada. Era un lago rectangular, con la superficie arremolinada por los vientos y agujereada por la lluvia. Por supuesto, se había borrado la diferencia entre calle y vereda, todo cubierto por igual por el agua. De todos modos, daba la impresión de que a la derecha no había vereda sino una ancha explanada para camiones porque de ese lado no había casas sino sólo un larguísimo

paredón. Y en medio de ese espacio desolado, bajo la lluvia, una figura inmóvil. La vieron los tres al mismo tiempo, y aunque la vieron oscura y borrosa al otro lado de los vidrios cubiertos de una espesa capa de agua, los tres creyeron reconocerlo.

—¡Ahí está! —gritó Cabezas girando el manubrio con toda la fuerza de los brazos—. ¡Qué les dije! ¡Qué rápido llegó, el desgraciado!

Pero ahora que iban en su dirección y lo iluminaban los faros, le vieron algo raro, y hasta Cabezas tuvo que reconocer que era imposible que les hubiera ganado, viniendo a pie. Fue Vanessa la que lo reconoció:

—¡Es el Pastor!

Al mismo tiempo Jessica, en una recuperación de su histeria no apagada del todo, gritó:

—¡Cuidado! ¡No lo vaya a atropellar!

Las dos exclamaciones entraron simultáneamente en la conciencia de Cabezas, y tuvieron la virtud de ponerlo pensativo. Además, soltó el acelerador y pisó el freno, y al ver que el auto no respondía tan bien como lo hubiera hecho en suelo seco, giró el volante de un manotazo. Terminó deteniéndose justo al lado del individuo, que estaba hecho sopa, evidentemente resignado a mojarse; era joven, regordete, muy oscuro de piel, con rasgos de colla. Trataba de ver quién venía en el auto, pero se lo impedían los vidrios polarizados y el deslumbramiento que le habían producido los faros, y en la incertidumbre mantenía una actitud de cortés expectativa. Por lo visto había estado esperando a alguien, y debía de sospechar que no venía en este auto.

—Así que éste es el famoso Pastor —dijo Cabezas—. El que les vende drogas a todos ustedes. ¡Con razón te dio tanto miedo que fuera a pisarlo!

—¡No! —exclamó Jessica—. Yo lo dije por humanidad nomás. ¡Es la primera vez que lo veo!

—¿Y vos?

—Lo conozco de vista nomás. Va siempre a la comisaría de la cuadra de mi casa... ¡Nunca le compré nada!

La mente de Cabezas funcionaba a toda máquina, como si hubiera tomado la posta del motor del automóvil, ahora que éste se había detenido. Era como si se hubiera sacado el premio mayor de la lotería, con este hallazgo casual. Pero también descubría cuánto ignoraba. ¿De modo que sus colegas policías estaban en tratos con el Pastor? ¡Buen momento para enterarse! Con la excusa de usarlo de espía se estarían metiendo en el negocio, a espaldas de Cabezas, a quien habían simulado cederle tácitamente ese terreno, sólo para que se embarrara inútilmente, sin encontrar las claves, y poder usarlo, llegado el momento, como chivo expiatorio. A espaldas de él... y de la jueza, a la que habían lanzado tras sus pasos, sabiendo que no conducían a ninguna parte.

Pero ahora un golpe de suerte, el más inesperado y fantástico, lo ponía justo

donde nadie lo quería ni sospecharía que podía llegar por sus propios medios: en el centro mismo de la acción. Porque adivinaba que este espantapájaros no estaba aquí mojándose por casualidad. La tormenta debía de ser la señal que habían estado esperando los bolivianos para la gran operación. O quizá no. Quizá se trataba de cualquier otra cosa. Pero eso no importaba: a fuerza de acción él podía hacer que las circunstancias se acomodaran a cualquier formato. Sólo tenía que cobrar la recompensa por su decisión triunfante de ser malo, o de ocupar lo que le quedara de vida como un líquido ocupa un recipiente, es decir con el hiperplástico del mal.

Abrió la portezuela y bajó. Estaba jugado. Mojarse era lo de menos.

—¡Viva Jesucristo! —gritó a todo pulmón, para hacerse oír sobre los truenos y el estallido de la lluvia.

—Viva, hermano.

—¿Dónde está? —El Pastor lo miraba con la boca abierta, y como era más bajo y debía mirar hacia arriba, se le llenaba la cara de baldazos de agua—, ¡rápido, dónde está! ¡Que nos vienen pisando los talones!

—¿Pero a vos quién te manda?

De todas las cosas verosímiles que podría haber dicho, Cabezas prefirió lo único concreto y visible que tenía a mano. Por casualidad acertó con lo justo para engañarlo:

—Ellas me trajeron —y señaló adentro del auto. El Pastor se inclinó un poco y vio a la luz de los relámpagos las dos caras pálidas que lo miraban. Reconoció a Vanessa.

—Está en la diecisiete del patito —dijo con evidente alivio—. Pero está bien...

Ahí Cabezas cometió su gran error. Fue comprensible: la Comisaría Diecisiete estaba a las órdenes del comisario Cuá, cuyo apellido sonaba como el «cuac» de un pato. Creyó que el otro se refería a eso y preguntó, con la mejor buena fe:

—¿Y cómo hacemos para sacar la merca de una comisaría?

Al comprender la enormidad del malentendido, el Pastor dio un paso atrás y su cara se transformó.

—¡Vos no sos el padre! ¡Sos un cana!

Y ahí fue su turno de cometer un error fatal. Se llevó una mano al bolsillo. No era para buscar nada. Era un gesto. Le venía de su profesión de predicador, en la que había aprendido, que cuanto más absurdo e inmotivado es un gesto, más efecto causa en la recepción de un discurso. Cabezas, creyendo que iba a sacar un arma, ya había sacado su pistola y le metía dos tiros en el pecho. El Pastor cayó hacia atrás, como un tronco más en el gran charco. No había terminado de hundir la nuca en el agua cuando ya Cabezas estaba al volante del auto, y aceleraba ferozmente, sin oír los chillidos de sus dos pasajeras, ni el silbido escalofriante de los rayos, ni los martillazos de la lluvia sobre la capota del auto, ni las sirenas de los patrulleros que

llegaban a la escena del crimen. Por el momento, sólo quería irse, y si hubiera tenido cerca el borde del universo, la orla negra, habría apuntado la trompa del auto hacia ella y se habría precipitado.



## X

El cadáver no se había enfriado todavía (pero sí había empezado a flotar) cuando desembarcaba en la explanada una impresionante escuadra de patrulleros último modelo, que salían de la Bonorino angosta a toda velocidad, en fila, con las sirenas en un ostinato de desgañitarse y las luces en la capota girando sin respiro. Los que venían atrás se adelantaron en una agónica acelerada mientras los de la vanguardia ya frenaban. Quedaron todos formando un amplio semicírculo frente al muerto. Durante un momento nada se movió, salvo las luces azules que giraban en las capotas. La lluvia seguía azotando esa meseta urbana. Daba la impresión de que resbalaba sobre la gran cúpula de luz al fondo, y venía a hinchar la marejada negra que confluía sobre el cadáver.

El primer movimiento se produjo en el auto que había quedado en el centro: se abrió una puerta. Un instante después, se abrían las puertas de todos los otros autos. Pero no salía nadie. Las puertas quedaron bamboleándose en el vacío. Podría haberse pensado que si ahora volvía a cerrarse la puerta del auto central, se iban a cerrar todas las otras imitándola. Pero no fue así. Asomó una pierna. Era una pierna de mujer: gorda, corta, pero muy bien formada. Media de reflejo perlado, zapato de cuero rojo, con un taco aguja de quince centímetros por lo menos. De todos los otros autos asomaron piernas, una por puerta: pero de hombre, con pantalón azul reglamentario, bota negra lustradísima. Igual que la primera, todas quedaron vacilando un instante en el aire, casi horizontales, como si dijeran, suponiendo que un pie pueda decir algo: «¿me meto en el agua?». De cualquier modo, todas quedaron empapadas al instante; más que mojadas: amasadas, estrujadas, por la lluvia.

Pero el zapatito rojo se hundió, y le siguió el otro, y de pronto, en un solo movimiento fluido (todo había sucedido en dos o tres segundos, lo que no le quitaba cierta majestuosidad coreográfica), había una mujer de pie junto al auto. Era la jueza implacable y temida, la doctora Plaza. La lluvia, una vez más, se encarnizó con ella. De cada uno de los autos habían salido policías, y todos miraban lo que miraba ella, respetuosamente.

Era una mujer muy pero muy baja, obesa, de entre cuarenta y cincuenta años, teñida de rubio pero oscura de nacimiento, con rasgos de india, o quizás de mulata. Muy segura de sí, bien plantada, autoritaria, delicada. Se había ganado su fama en buena ley. Metía miedo. Su personaje era un favorito del periodismo sensacionalista, y a través de él de un vasto público que reclamaba una justicia dura, activa, libre de las restricciones de la toga y el infolio y que saliera a la calle a presentar batalla al crimen en su propio campo.

A la doctora Plaza, algunos liberales recalcitrantes le reprochaban, en voz baja y dentro de discretos ámbitos de la torre de marfil, que fuera «mediática». Pero ese

rasgo no les habría impedido aceptarla si fuera más presentable, menos sintonizada con los instintos más sanguinarios de la plebe. En realidad, tenían un motivo muy bueno para aceptarla, y era que ella escogía infaliblemente sus presas en el corazón mismo de esa masa que la había encumbrado. Y podía confiarse en que con ellos sería salvaje como un gato montés, insistente, rencorosa, malísima. No se le escapaba uno. El público aplaudía, y pedía más. Es curioso que a ninguno de esos ciudadanos que seguían sus hazañas sentados frente al televisor se le ocurriera nunca, ni remotamente, que podía llegar la ocasión de que la jueza lo persiguiera a él. A fin de cuentas, en la confusa vida moderna de las grandes ciudades, uno puede quedar en una postura sospechosa, y la jueza no era de las que se molesta en buscar pruebas, confrontar testigos o dar garantías; ella destruía, aniquilaba, y lo hacía a partir de la menor suspicacia, del rumor. Era de temer, pero nadie la temía. Eso podía deberse a su condición de personaje mediático. Los villanos que perseguía ya habían sido «mediatizados» también, o lo eran desde el momento en que ella intervenía, y toda la operación quedaba en el reino de las imágenes. ¿Cómo se iba a sentir aludido el televidente en su realidad física? En ese caso, habría dado lo mismo que creyera que lo iban a llamar realmente de un programa de premios y le iban a dar millones, o autos, o viajes al Caribe. Y nadie espera que eso vaya a pasarle. Se dice que la televisión ha afectado la vida de la gente, pero la verdad es que la vida ha logrado mantener su autonomía.

Estaba con el agua casi hasta las rodillas, que en su caso estaban más cerca del suelo que en el común de los mortales. Avanzó. Sus hombres se movieron en bloque hacia ella. El cuerpo de la Policía Judicial a sus órdenes era un grupo de élite: hombres experimentados, intocables, cimentados en una mística de samurais, ciegos en su obediencia a la Jueza, que les había pagado su lealtad equipándolos con el armamento más moderno y sofisticado, y dándoles una libertad de acción de la que ellos sabían sacar provecho. La leyenda quería que cada uno de los hombres de la Jueza tuviera mil revólveres.

El cadáver flotaba en el vórtice de la atención general: la de la Jueza y la de todos los demás en consecuencia. Era más que atención. Sus hombres nunca la habían visto así —aunque no la miraban. El punto flotante en el agua oscura lo reflejaba todo.

Una de las declaraciones más famosas de la Jueza, y de las peor entendidas, había sido que su única intención era dejar el mundo, al fin de su breve estada en él, enriquecido con algo que el mundo no hubiera tenido antes. Parecía una tontería, una de esas cosas que se dicen para salir del paso, pero tenía su complicación. Por un lado, poner algo nuevo en el mundo no es tan fácil: sería como traer una piedra de la Luna, salvo que tal como están las cosas, la Luna ya está en el mundo. Y ella no se refería tanto a una combinatoria nueva de elementos ya presentes, o un cambio de lugar de una cosa, sino a algo de veras nuevo, un elemento nuevo, con el que, si

alguien quería, podía hacer combinaciones viejas. Y por otro lado, era un deseo extraño en un magistrado; la justicia funciona como una suma cero, se diría que debe dejar la situación con la misma cantidad de elementos, exactamente, con que la encontró, y que ahí está la esencia de su trabajo. Lo de agregar algo nuevo es más propio del arte.

En cambio a nadie podía extrañarle que hablara de la brevedad de la vida. Era una mujer joven (unos cincuenta años, bien conservada) pero estaba en el centro de la acción, en la precisa línea de las balas. Cientos de malhechores se la tenían jurada, y en esos casos todas las precauciones son pocas. En ese instante tremendo, en la explanada inundada, cada uno de sus hombres pensó al mismo tiempo: «Van a tener que matarnos a todos nosotros para llegar a ella». Y al mismo tiempo, sabían que alguien había llegado a ese inconcebible otro lado de la muralla.

Los relámpagos se multiplicaron. La tormenta no había amainado, al contrario. La capa de agua se sacudía hacia arriba y abajo con furia, y sobre ella, como sobre una cama eléctrica en cortocircuito, el cadáver bailoteaba, se arqueaba, se revolcaba, como un dormido con horribles pesadillas.

«Irse del mundo, tras un breve pasaje, dejando algo, algo nuevo y distinto, que enriqueciera las vidas de los que vinieran atrás...». Sí, ¿pero para eso no era necesario morir? ¿Y la muerte no era la destrucción de todo, tanto lo nuevo como lo viejo? El deseo de la Jueza ponía lo viejo del lado de lo individual, y le dejaba como legado a la especie lo nuevo, recuperando para la muerte, cuando llegara, el signo positivo.

Pero en este caso, nadie sabía bien cómo, la muerte se había adelantado... Justamente porque no entendían, supieron que era inminente una revelación. En ese momento desembarcó la televisión, y las «noteras», seguidas de los camarógrafos, se precipitaron chapoteando hacia donde la Jueza había empezado a avanzar, tiesa e hipnotizada, rumbo al cadáver.

Cuando la improvisada comitiva llegó a los pies del cuerpo, por uno de esos milagros de la comunicación, el hecho ya había sido «descifrado», y en las pantallas de los televisores donde se estaba transmitiendo en vivo aparecían textos sobreimpresos en gruesos caracteres rojos fosforescentes:

ASESINAN HIJO DE LA JUEZA PLAZA o HIJO DE LA JUEZA ASESINADO, o cosas parecidas. Era una noticia de verdad, de las asombrosas e inesperadas, sobre todo porque hasta ese instante nadie había sospechado siquiera que la Jueza tuviera un hijo, o que hubiera estado casada. De hecho, se la había creído una mujer sin familia ni amigos, sin vida privada; dormía en un sofá en una oficina de su juzgado, no tenía días de descanso ni se tomaba vacaciones, no se la concebía sujeta a emociones burguesas ni a vínculos convencionales. Y de pronto... Lo asombroso de esta vuelta de tuerca confirmaba su poder sobrehumano de generar noticias, y lo hacía en un «cross al

corazón», revelándose madre, y madre en el trance supremo de perder a su único hijo.

Las «noteras» le metían los micrófonos en la boca, aullando preguntas apenas audibles sobre el estruendo de la tormenta. La lluvia, que caía más tupida que nunca, rebotaba en las grandes bochas negras de los micrófonos y le bañaba la cara, blanca como la cal. Los camarógrafos la apuntaban alternativamente a ella y al cadáver, y la luz intensa de los focos incorporados hacía bailotear las sombras sobre el agua.

Cualquier ser dotado de un mínimo de corteza cerebral habría podido deducir la mecánica interna del crimen. Pero con las «noteras» las cosas funcionaban de otro modo. No es que fueran tan idiotas, pero en su trabajo la verdad, para ser verdad, debía emerger trabajosamente del fondo del error. Además, era lógico: debían equivocarse en todo para hacer que se hablara más, y su función se justificara mejor. Así que le preguntaban:

—¿Su hijo el Pastor tenía verdadera vocación religiosa, o la usaba como fachada para el tráfico de drogas?

—¿Por qué su hijo cayó tan bajo? ¿En qué falló, doctora?

—¿Usted sabía de las actividades ilegales de su hijo?

—¿De quién sospecha, doctora?

Era lo más indicado para hacerla hablar. Cuando abrió la boca, se le llenó de agua, tanta era la violencia de la lluvia. Pero escupió con fuerza, y gritó:

—¡No era un narcotraficante! ¡No era un Pastor! ¡No era nada de eso! ¡Era mi hijo! Estaba colaborando conmigo en la investigación, a pesar del peligro. Era valiente, arriesgado, y supo dar la vida por la seguridad pública. Fue el primero en caer, porque estaba en la primera fila.

—¿Alcanzó a informarle lo que había averiguado, doctora?

—¡Todo! Me lo dijo todo. Ahora va a tener que matarme a mí. ¡Pero no le va a resultar tan fácil! Desde este momento tomamos la iniciativa, y va a ser él el que va a morir.

—¿Quién, doctora? ¿Sabe quién fue el responsable?

La Jueza tuvo una casi imperceptible vacilación, pero la superó de inmediato y su voz se hizo más gutural:

—¡Fue un policía corrupto, que conocemos bien! El subinspector Cabezas, de la Seccional Treinta y ocho. ¡Por sus manos pasa todo, y lo tenemos vigilado hace rato! Hasta ahora lo respeté, porque él también es padre. Desde que murió su hija supe que la herida no le daría tregua, y tarde o temprano le haría dar un paso en falso. Ahora ha cometido un error sin retorno, y caerá esta misma noche, antes de que deje de llover. Está acorralado.

—¿Es peligroso? ¿Es peligrosísimo? ¿Va a seguir matando?

—¡Es una fiera acosada, y tiene de rehenes a dos jóvenes inocentes!

En ese momento la Jueza se quebró, y un llanto incontenible le hizo inclinar la

cabeza. Los camarógrafos retrocedieron un paso para tomar el conjunto, y hubo un desplazamiento de sombras en la escena. Las «noteras» retiraron los micrófonos, porque todo estaba dicho, y sabían que en las pantalla se estaban sobreimprimiendo los titulares: POLICÍA CRIMINAL PADRE DE CHICA ASESINADA. RUTA INFERNAL DE LA VENGANZA. MORIRÁN TODOS.

La pausa sirvió para hacer la obligada alternancia con la otra noticia sensacional del momento: la lluvia. Se estaba por batir el récord de precipitación, y todos los móviles que los canales tenían dispuestos por la ciudad estaban provistos de un dispositivo de bolsillo, en plástico transparente, milimetrado, para medir el nivel de agua. Pasados los cuatrocientos milímetros en una hora, las medidas habían entrado en terreno sin precedentes. Todos los canales tenían en forma permanente en un rincón de la pantalla un diagrama de este aparatito, conectado electrónicamente a los medidores reales en los camiones de exteriores. En una ciudad tan extensa como Buenos Aires solía suceder que en unas zonas lloviera más que en otras, y en este momento se daba la interesante coincidencia de que el máximo se estaba dando justamente en la explanada de la calle Bonorino. Las «noteras» no dejaron de observarlo, sobre todo porque en pocos minutos caería el récord histórico de volumen de agua en la Capital. La coincidencia estaba en que la Naturaleza se hacía histórica justo en la coordenada espacio-temporal en la que se estaba haciendo esta historia en particular.

Y había sangre en el agua. Sangre de hijo. Una sola gota de sangre, como en los remedios homeopáticos más activos, una gota, bastaba para cambiar la composición química y filosófica de la Estigia nocturna; el agua tomaba un tenebroso matiz rosado, sólo visible con los ojos de la mente en el negro generalizado.

Algunos planos casuales de la escena provocaron otras reflexiones, si bien inconscientes o subliminales, en los espectadores. Eran los que mostraban a la Jueza inmóvil bajo la lluvia, sin protección, sin paraguas. Nadie se queda así bajo la lluvia; un rasgo intrínseco del ser humano lo obliga a cubrirse. Luego, ella no era humana. Cosas como quedarse impávido bajo un aguacero, sólo se hacen en las películas. La historia se daba una nueva vuelta de tuerca.

En los canales la actividad era frenética. Ya habían encontrado fotos de Cabezas en sus archivos digitalizados, y las estaban intercalando en la emisión en vivo. Era una cara horriblemente deformada por la electrónica, una cara sin explicación. Cada segundo que permanecía en la pantalla se deformaba más. Seguramente porque en el apuro no habían encontrado una foto de él, y se las habían arreglado con un retrato hablado. Y los archivos seguían mandando imágenes: una foto carnet de Cynthia Cabezas, escenas de su funeral, con las alumnas de la Misericordia, y sus padres llorando. Y de inmediato: viejas fotos de Cabezas y la jueza Plaza, en un local nocturno, jóvenes, con sendas copas de champagne en las manos, el Pastor

predicando en una asamblea, la Jueza con su hijo de pocos meses de vida en brazos, Cynthia niña en una playa con sus papás... Y la lluvia nocturna, la ciudad vista desde los helicópteros que habían enviado todos los canales, un océano de confusión, sobre el que volvía a dibujarse, espectral, la cara de Cabezas, que parecía hacer muecas... Una fiestita de cumpleaños de diez años atrás, con Cynthia y el niño que después había sido el Pastor en la cabecera, con sombreros de papel... Era otra vez el tema de la brevedad de la vida, en el mundo de las imágenes. La fantasía que sobrevolaba a los teleespectadores en ese momento era una exacerbación de la brevedad de la vida: un viajero intergaláctico que desembarcara en un mundo extraño, sin protección alguna (¿qué protección podía tener?), y en ese mundo las condiciones ambientales hicieran imposible la vida: estaba condenado, evidentemente, moriría en unas décimas de segundo, podía decirse que ya estaba muerto... Pero mientras tanto estaba vivo, estaba desembarcando en el mundo, en la realidad horrenda del mundo. Y ese «mientras tanto» era todo.

## XI

A todo esto, Cabezas con sus dos pasajeras no habían ido muy lejos. El borde del mundo, al fin de cuentas, estaba demasiado apartado, era inaccesible dentro de la vida, y en realidad, pasado el primer momento de pánico, no se había propuesto llegar a él. Dio la vuelta por atrás del Cementerio, y del Hospital Piñeyro, y tomó hacia el este por la avenida del Trabajo. El terreno bajaba precipitadamente hacia lo que bien se llama «el Bajo» de Flores, y cuando el agua subió por encima de las ruedas descubrió que, al no poder avanzar a toda velocidad, se desvanecían sus ganas de seguir avanzando; le daba lo mismo detenerse. Quizás, pensó, le convenía tomar una decisión antes de alejarse mucho. O quizás era menos racional que eso: algo le impedía, todavía, salir del círculo en el que estaban pasando las cosas. Había mucho sin resolver todavía, y tenía menos probabilidades de resolverlo lejos que cerca. De modo que frenó en la esquina de Carabobo y les señaló a las chicas la pequeña pizzería:

—Vamos a tomar un café y tranquilizarnos —les dijo como si hubieran salido a dar un paseo. Como las vio demasiado paralizadas para reaccionar, improvisó un detalle verosímil—: De acá pueden volver a sus casas a pie, cuando pare.

Nada parecía más lejano que el fin de la lluvia, pero sonaba plausible. Bajaron corriendo y se metieron. El local estaba vacío, salvo una parejita tomada de las manos que hablaba en susurros y miraba alternativamente las ventanas y el televisor colgado sobre la puerta. Se sentaron a una mesa y clavaron la vista en la pantalla. La función estaba empezando.

Lo vieron todo. Tan embobado estaba Cabezas con lo que pasaba en la televisión, y con sus propios pensamientos, que las chicas habrían podido irse sin que lo notara, pero de pronto era como si no tuvieran ningún apuro. Seguía lloviendo con tanta fuerza como antes, y no se querían mojar; en el estado en que se encontraban, una consideración tan banal como ésa tenía más peso que la idea de estar en manos de un criminal cuya peligrosidad les confirmaba la televisión. Y además, justamente, no querían irse para no perderse nada de los apasionantes sucesos que estaban viendo.

Cuando la Jueza lo nombró, Cabezas, aunque se lo esperaba, no pudo reprimir un susurro: «¡Qué guacha!». Pero lo que siguió fue más asombroso.

Era evidente que lo confundían en serio con el padre de Cynthia Cabezas, y que se habían hecho toda una novela a partir de ese dato falso. Desde hacía tiempo lo perseguía la vieja idea, tan común en los perseguidos, de que «lo tomaban por otro». Al oír a la Jueza y ver las imágenes de archivo que empezó a descargar el canal, esa idea tomó proporciones monstruosas: no meramente grandes, sino deformadas. Porque no se trataba de que lo tomaran por otro y dejaran de lado su verdadera identidad, sino que lo tomaban por otro a él mismo, bien identificado. Si hubiera

tenido más espíritu deportivo habría podido decir que se lo tenía merecido, porque él mismo había puesto en marcha la confusión. Pero no estaba para esas finuras.

A medida que se sucedían las imágenes veía impotente cómo el error se consolidaba y se extendía. Empezó a preguntarse hasta dónde podía llegar. ¿Podía llegar a dar toda la vuelta, hasta morderse la cola de verdad que iba dejando cada vez más atrás? Para hacerlo cesar en su expansión, habría que obligar al mundo entero a hacer silencio... Y la humanidad no iba a dejar de hablar. No valía la pena intentar una rectificación. Una vez emitido, el malentendido no admitía el retroceso. Había que apechugar y seguir adelante improvisando. De un modo u otro, las cosas terminaban arreglándose, en una especie de misterio. Aun así, sentía un gran desaliento, en el que participaba la insistencia feroz de la lluvia, en la pantalla del televisor y al otro lado de las vidrieras de la pizzería. El agua seguía subiendo. Era el mar del error: el mundo. Y él quedaba obligado a ir más allá, cargado con todos los solipsismos de un pensamiento sin rigor, de una acumulación de datos puramente televisivos, casual como la sucesión de episodios de un sueño, obligado a huir hacia adelante, ¿hasta dónde? ¿Qué iba a ser de él? ¿Sería un eterno fugitivo, sin poder mirar nunca más hacia atrás? Su desmoralización crecía y tomaba un sesgo de fatalidad mineral. Esa línea de razonamiento lo llevó a pensar que lo suyo era irremediable: sólo lo humano tenía remedio...

Mientras tanto en la explanada los acontecimientos volvían a tomar impulso, después de la pausa impuesta por el respeto al dolor de la madre. Las cámaras volvían a enfocarla, y ella retomaba su carácter guerrero. Se iniciaba la caza del hombre: la Jueza y todos sus hombres desaparecieron dentro de los autos, en uno de los cuales metieron el cadáver, y todos partieron creando furiosos oleajes por el gran lago agitado que era la avenida. Los comentarios jadeantes de las «noteras», que los seguían en los camiones de los distintos canales, explicaban que el objetivo era la Villa vecina, que seguía coronada por la gran cúpula de luz. Según la televisión, que nunca se equivocaba porque era la acción misma, la Jueza había dado órdenes a sus samurais de rodear la Villa en todo su perímetro, y ella misma se disponía a entrar abriendo la marcha, cuando el cerco se hubiera completado, armada hasta los dientes, a matar o morir.

Se preparaba un espectáculo memorable. La emisión se había cargado con la expectativa de millones de televidentes enganchados en tiempo real. La lluvia ya había superado todos los récords, y seguía descargándose en cantidad y violencia cada vez mayor. La Villa debía de estar inundada, pero la acción se precipitaba igual, sin esperar a que la situación volviera a la normalidad. La lluvia apocalíptica se volvía telón de fondo de la aventura: los hombres actuarían sobre ella como si no existiera.

Y la lluvia era el puente sobre el que se deslizaba el sentido de la aventura:



porque llovía tanto sobre el escenario de los hechos como sobre las casas de los que seguían la transmisión, golpeaba los techos y las paredes, se insinuaba por abajo de las puertas... Cabezas hizo un movimiento en la silla y notó que estaba pisando agua. El suelo de la pizzería estaba cubierto. Afuera las calles eran un mar: el agua ya llegaba a la altura de las ventanillas del auto estacionado frente a la puerta. El fogonazo de los relámpagos iluminaba el paisaje dos veces por minuto.

Un corte: tomaban la posta los helicópteros, que ya habían llegado al lugar y sobrevolaban la Villa. La vista se hacía vertiginosa, por la altura, el movimiento y la oscuridad. Había sido una hazaña, los locutores no dejaban de ponerlo en evidencia, llegar por el aire con semejante clima, desafiando la lluvia, los vientos encontrados y las descargas eléctricas. Las aspas giraban en una masa de agua casi sólida. Los cabeceos incontrolables provocaban movimientos de cámara en los que se veían planos de ciudad nocturna verticales o inclinados, a veces puestos de cabeza... También se veían los otros helicópteros empeñados en la misma misión, y podía apreciarse todo lo que la tormenta hacía con ellos; MISIÓN SUICIDA PARA INFORMAR, decían los carteles sobreimpresos, que no dejaban nada librado a la imaginación.

Aun así, las cámaras montadas en los aparatos volantes apuntaban con insistencia hacia abajo, y pudieron dar vistas cenitales de la Villa, desde unos doscientos metros de altura en perpendicular a su centro. Allí estaba todo el círculo dibujado en las famosas luces superabundantes, cada foquito una señal parpadeante y fija en la tiniebla saturada di lluvia.

Más allá de lo especial de la situación, el espectáculo tenía un interés intelectual o estético. Nadie había visto antes la Villa desde ese punto de vista, es decir, en su forma íntegra. Era un anillo de luz, con radios muy marcados en una inclinación de cuarenta y cinco grados respecto del perímetro, ninguno de los cuales apuntaba al centro, y el centro quedaba oscuro, como un vacío. Esas tomas «geométricas» duraban poco, por las sacudidas de los helicópteros, y además las intercalaban con la transmisión desde tierra, donde los patrulleros corrían perseguidos por los camiones de exteriores, como anfibios, posicionándose alrededor de la Villa. Pero a cada una se precisaban más. La base de luz del anillo no era homogénea, sino formada de serpentinas y firuletes, en una profusión de pequeñas figuras que el ojo habría necesitado más tiempo y tranquilidad para descifrar.

Y entonces, de pronto, un gemido atónito escapó de los labios de Cabezas. Había tenido, y nunca tan bien llamada, una «iluminación» repentina, y el enigma que durante años se le había hurtado se resolvía, entero y satisfactorio. Todo el servicio se lo había prestado la toma desde arriba, el «mapa eléctrico» —y las correspondientes sinapsis en su cerebro, por supuesto. Y un poco también había contribuido la transmisión que estaba mirando: el estilo de los canales de noticias, con la superposición de imágenes y carteles, tendía a la redundancia, o más bien a hacer la

redundancia lo más completa posible. Y una vez completado el cuadro, se revelaba lo obvio que era todo, lo imposible que era no comprenderlo. Cuando uno se ponía en esa sintonía de onda, sus propias imágenes mentales se cubrían con las palabras correspondientes y no se necesitaba más para proyectar un máximo de luz sobre los viejos misterios. En este caso, el cartel que se encendió en la conciencia de Cabezas decía LAS FIGURAS DE LUCES SIRVEN PARA IDENTIFICAR LAS CALLES DE LA VILLA. Esas guirnaldas caprichosas de foquitos a la entrada de cada calle en ángulo, todas distintas, eran los «nombres» de las calles, un lenguaje cifrado que habían venido usando los narcos, a la vista de todo el mundo, para guiar a los compradores. Una consigna fácil de retener («el cuadrado», «el triángulo», «las paralelas», «la cabellera»), que se cambiaba todas las noches, o varias veces por noche, y se transmitía por el celular cuando el auto ya estaba dando vueltas a la Villa, y no había modo de equivocarse. Era así como habían sacado la proxidina, bajo las narices mismas de la policía, y habían burlado todo intento de interceptar el tráfico.

Había tenido que verlo desde el aire, desde donde no lo veía nadie nunca, como los dibujos de Nazca, para darse cuenta. No era imposible que los narcos villeros, en su mayoría bolivianos y peruanos, se hubieran inspirado en aquella forma artística precolombina, electrificada para ponerla a tono con la época, o que la hubieran traído como técnica de comunicación ancestral cuyo secreto no habían perdido nunca.

Y no sólo se le revelaba el sistema en general, en su abstracción, sino que gracias al error del Pastor, el error que le había costado la vida, Cabezas sabía dónde estaba la proxidina esta noche. «La diecisiete del patito»... El «patito» obviamente era una configuración de focos a la entrada de una calle, y el «diecisiete» indicaba la casilla; sabía que las casillas estaban numeradas, con rudimentarias cifras a pincel, y hasta creía recordar, en algún lugar del círculo, un racimo de luces en forma de un pato de perfil. De cualquier modo no sería difícil encontrarlo. Y el Pastor no había tenido tiempo de decirle a nadie que Cabezas estaba en posesión de la clave. De modo que la proxidina debía de seguir ahí...

Lo que llevó a su mente por una pendiente natural hacia el recuerdo de la droga mágica, de cuyos beneficios tanto había gozado. Ahí fue que todo el rompecabezas se armó, y no fue sólo cuestión de exclamar «¡cómo no me di cuenta antes!» respecto de la señalización de las calles, sino ahora también «¡cómo pude olvidarme de la proxidina!». Se justificaba una vez más el método en el que había basado su carrera de policía, que consistía en tener todos los datos presentes todo el tiempo. Era el único modo de resolver los casos, y si esta vez había flaqueado por un momento, con la consiguiente desmoralización, tenía la excusa de la situación especialísima en la que se encontraba, jugándose el destino a una sola carta. En realidad, ni siquiera se había olvidado del todo de la proxidina, pero la había tenido presente sólo en su valor de cambio. Ahora, al recordar lo que valía en sí, comprendía que ahí estaba la clave,

al fin de cuentas. Porque el efecto tan celebrado de la proxidina, que era acercarlo todo, se daba en primer lugar entre los datos de un problema: al hacerlos de pronto contiguos entre sí, los aproximaba a la solución.

¡Por supuesto! ¡La proxidina! ¿En qué había estado pensando? Y de pronto la tenía al alcance de la mano... Aunque no sería tan fácil. Fuera como fuese, tenía que ir a buscarla. Adivinaba oscuramente que esta vez no era la provisión común de las noches de compra. Por algo se habían lanzado al asalto final, a pesar de la lluvia, él mismo, la Jueza, estas dos mocosas, y el Pastor... Unos lo habían hecho tras las huellas de otros (él atrás de las dos chicas, por ejemplo), pero no era un círculo vicioso. El Pastor no se habría quedado esperando bajo el agua en la explanada si no fuera una ocasión especial. Y la Jueza, para llegar a la escena dos minutos después de la muerte de su hijo, tenía que haber salido bastante antes, y lo había hecho con todos sus hombres, armados como para una guerra. El Pastor debía de estar esperándola, para informarle de la ubicación del cargamento —y se lo había dicho a Cabezas. Hasta los de la televisión debían de haberse lanzado por oler algo... Ellos tenían sus propios informantes, sin contar con que eran grandes compradores (tiempo atrás se había impugnado el slogan de uno de los canales, «está siempre junto a la noticia», como propaganda subliminal de la proxidina).

Un gran cargamento... O algo mejor: la madre de la droga. Cabezas había oído hablar de la «proxidina en su máximo grado de pureza», lo que era un lugar común muy repetido, pero nunca se había puesto a pensar en serio en lo que podía ser. Quizás porque era imposible pensarlo. La expresión misma era hiperredundante. Pero la cosa que nombraban estas palabras imposibles era su talismán, lo único que, a esta altura, podía librarlo del abrazo mortal de la Jueza.

Claro está que significaba ir a meterse en la boca del lobo. Aunque él contaba con la ventaja de que sabía exactamente adónde tenía que ir, y en la confusión que, encima de la lluvia, estaría produciendo la requisa, las posibilidades de pasar desapercibido eran casi ideales, paradójicamente.

Su decisión estaba tomada. Se puso de pie, y entonces vio a las dos chicas sentadas todavía a su lado. ¿No se habían escapado todavía, esas dos imbéciles? Mejor, podían serle útiles como maniobra de diversión. Se sacó el teléfono celular del bolsillo y lo puso sobre la mesa:

—Escuchen bien. Cuando pare la lluvia, váyanse a sus casas. Pero antes, ahora mismo, no bien yo me haya ido, llamen a la Jueza y díganle que no son mis rehenes, que están libres, y que yo me fui al Paraguay y que me agarre si puede. —Hizo una pausa y agregó—: El número secreto del celular de la Jueza se marca sólo, apretando el cero.

Salió chapoteando. En la vereda la correntada era tan fuerte que casi lo volteó. Pero llegó al auto, se metió, lo puso en marcha, y partió apartando las aguas a fuerza

de pistón, como un nuevo Moisés.

## XII

No bien el policía asesino se hubo marchado, Vanessa, provocándole la mayor sorpresa de su amiga que ya abría la boca para empezar a hacer el comentario de los hechos, le pidió silencio con un gesto somero y se volvió hacia la mesa donde estaba la parejita oscura, todavía tomados de la mano, y silenciosos como dos cosas.

—Hoda —dijo, y se corrigió con una mueca, pero sin más éxito, al contrario—: Godga... logla... —Y al fin le salió—: ¡Hola! —Se disculpó con una sonrisa: los nervios le habían entumecido la lengua—. No te saludé antes para no delatarte a ese loco. ¿Sabés quién era? ¿Lo oíste?

—Señora, sí —dijo Adelita, pues era ella.

Jessica había dado vuelta la cabeza y había puesto un gesto de horror escandalizado, como diciendo: «No puedo soportar una sola complicación más de la intriga». Quizás estaba expresando un temor justificado. Así como hay apicultores a los que una sola picadura más de abeja puede matarlos, por la acumulación de toxinas en su organismo, aunque una picadura en sí sea casi inofensiva, del mismo modo la mente puede tener un límite de tolerancia a los interrogantes acumulados. Vanessa, que por su parte no pedía otra cosa que explicarse, ahora que había recuperado el uso de la palabra, la sacó de la incertidumbre de inmediato:

—Ella trabaja en el tercer piso de tu edificio. Fue a la primera a la que recurrí cuando empezó todo, ¿no te acordás? ¡Si te lo conté! La amiga del Pastor... A propósito —agregó volviéndose vivamente hacia Adelita—. ¿Te enteraste de que murió? Lo mató ese tipo que estaba con nosotras. Fuimos testigos.

—Señora, sí. Lo vi en la televisión —dijo señalando ala pantalla—. Pero no era amigo mío. Usted me vio una vez caminando con él, pero fue la única vez en mi vida que le hablé.

—¿Y qué te dijo?

—Señora, que creyera en Jesús y no sé qué más. Pero no le hice caso.

—Lo bien que hiciste. Era todo falso. Por suerte al final la verdad siempre sale a luz.

Empezar a hablar la había envalentonado, y quería recuperar el protagonismo perdido a expensas de la televisión. Fue a sentarse a la mesa de la pareja, seguida de Jessica. Hubo un conato de presentaciones:

—Ella es Jessica, mi mejor amiga. Nos vimos arrastradas las dos en esta aventura, por pura casualidad.

—Hola.

—Hola —dijo Jessica.

—Hola —le dijeron al muchacho, que era feúcho e insignificante, y no había abierto la boca.

—Él es Alfredo, mi novio.

—¿Ah sí? ¿Son novios? —dijo Vanessa, en un tono un tanto paternalista, pensando: «Tal para cual».

—Señora, estuvimos un tiempo separados, y volvimos a encontrarnos esta noche gracias a su hermano.

—¿¡Maxi!? ¿Lo conocés?

—Señora, sí. Es un santo.

—Es un santo —repitió el llamado Alfredo, con una dicción enmohecida, como si hubiera pasado años sin hablar.

—¡Las cosas de Maxi! —dijo Vanessa sacudiendo la cabeza.

—Es un pan de Dios —dijo Jessica—. Pero es demasiado ingenuo.

Adelita pareció a punto de salir en defensa del ausente, pero no dijo nada. Hubo un silencio. Los cuatro miraron hacia las ventanas: la tormenta se había renovado en toda su furia, como si empezara de nuevo, con un verdadero festival de truenos y relámpagos, y el tableteo de la lluvia sobre el agua haciendo el ruido de millones de tambores. Las baldosas del piso estaban cubiertas por diez centímetros de agua, lo que los obligaba a poner los pies sobre los travesaños de las sillas. Los mozos se habían sentado sobre la barra. No había nada que hacer salvo esperar. Vanessa soltó un largo suspiro y retomó la palabra:

—Bueno, ahora que todo terminó...

—¡Señora! —la interrumpió Adelita—. Creo que queda una cosa pendiente, si me permite.

—¿Qué?

—Creo que su hermano está en peligro.

La cara de sorpresa de Vanessa expresaba un desconcierto mayor que ella misma. Era como si no entendiera siquiera quién era su hermano.

—¿Maxi? —Pareció a punto de repetir «¿lo conocés?», pero en cambio dijo—: ¿Qué tiene que ver?

—¡Maxi! —exclamaba Jessica al mismo tiempo—. ¡Es cierto! ¡Nos habíamos olvidado de él! ¿Adónde se habrá metido?

—¡Pero qué importancia tiene eso! —dijo Vanessa, y dirigiéndose a Adelita—: No te preocupes por él. Aunque parece tan despistado, sabe cuidarse. Y, de última, mojarse un poco no le va a hacer mal.

Adelita negaba obstinadamente con la cabeza.

—Señora, no me refería a la lluvia. A él lo pusieron a dormir en la Villa, porque no se tenía en pie.

Vanessa soltó la risa.

—Es un bebé. Se duerme parado, cuando se hace de noche. —Frunció el entrecejo, al pensarlo.

—¿Lo metieron en la cama? —Y le comentó a Jessica, como un aparte—: Espero que las sábanas estén limpias. Con lo quisquilloso que es...

—¿Pero entonces cuál es el problema? —le preguntó Jessica a Adelita.

—Señora, me temo que este hombre que mató al Pastor haya ido a matarlo. —Las dos chicas quedaron con la boca abierta—. Porque hoy estaba siguiéndolo, ¿no?

—Nosotras lo seguíamos. Queríamos ver qué hacía. Pero Cabezas... —Se miraron—. Ahora que lo pienso, es sospechoso cómo apareció en el momento justo. ¿Nos estaría siguiendo? —Hablaban las dos a la vez—. ¿Y por qué va a querer matarlo? Si Maxi está durmiendo en una casa de la Villa, ¿cómo lo va a encontrar?

—Señora, el que lo escondió fue el Pastor, y quizás el Pastor le dio alguna indicación a ese hombre antes de morir. ¿Ustedes no oyeron nada?

—¡Sí! —gritó Vanessa muy alarmada—. Le dio una dirección. Algo con «diecisiete», ¿puede ser?

—Señora, ahí está —dijo Adelita en un tono dramático.

—¡Maxi está perdido, Vanessa! ¡Ese loco lo va a matar! ¡Y por culpa nuestra!

—¡Pero él dijo que se iba al Paraguay! Y no va a ir a meterse a la Villa, justamente donde lo está buscando la Jueza...

—Señora, creo que mintió. ¿No vio que tomó la dirección de la Villa?

—Es cierto...

Alfredo se puso de pie de un salto, metiéndose en el agua:

—¡Hay que ir a avisarle! ¡Vamos, Adela!

—No, un momento. No llegaríamos a tiempo.

—Y nos ahogaríamos antes de llegar —dijo Jessica.

Alfredo parecía dispuesto a salir corriendo a pesar de todo. Adelita lo tomó del brazo:

—Se me ocurre algo. —Señaló el celular de Cabezas, que había quedado sobre la otra mesa. Las dos chicas miraron también.

—¡Nos olvidamos de llamar a la Jueza! —exclamó Vanessa—. Podemos llamarla ahora, y decirle que proteja a Maxi...

—Señora, ella no podría hacer nada. Pero yo puedo llamar a los que alojaron a Maxi...

Sin más, le dieron el teléfono. Ella lo estuvo examinando un momento, y después marcó un número y se lo llevó al oído.

Alfredo se volvió hacia las dos jóvenes burguesas y les dijo confidencialmente:

—Adela es muy inteligente. Siempre se las arregla. Desde que vino del Perú, todo le salió bien. Lo único que no pudo hacer fue encontrarme a mí. Por suerte ahí apareció el señor Maxi.

—¿Vos te habías escapado? ¿Por qué? ¿Te daba miedo casarte?

—Algo así. Es mejor olvidarlo. Lo pasado, pisado.

—Sabias palabras.

Mientras tanto, Adelita había estado hablando, con una voz chillona muy distinta de sus susurros habituales. Cortó y les dijo:

—Ya está todo arreglado. Ellos van a hacerse cargo. Les pedí que no lo despertaran. Estaba tan cansado, pobre...

Jessica y Vanessa sonrieron, al imaginarse a los hombrecitos entecos de la Villa cargando el corpachón gigante de Maxi dormido. Se necesitarían veinte por lo menos.

—¿Pero harán a tiempo? Mirá que este malhechor salió hace un buen rato.

—Señora, tienen todo el tiempo del mundo. —Parecía muy tranquila al respecto, y para terminar de convencerlas les preguntó—: ¿No se les ocurrió pensar que antes, para llegar a la Villa cuando se largó a llover, y reunirnos a nosotros dos, y dejar que lo llevaran a acostar, y que el Pastor volviera a la explanada, también se necesitó tiempo extra?

—Es cierto. Nosotras hicimos el trayecto en auto, en unos segundos.

Se relajaron. Ahora sí, no quedaba nada más que hacer. Miraron distraídamente el televisor, donde se sucedían confusas escenas en los callejones externos de la Villa. Alfredo suspiró:

—Hacía tanto que no la veía, a la Villa... —Adelita le tomó la mano y se la apretó. Las otras pensaron que no bien cesara la lluvia irían allá, y consumirían sus postergadas bodas. ¿Pero dejaría de llover alguna vez?

—Estoy pensando una cosa —dijo Jessica—. ¿No deberíamos llamar a nuestras casas?

—¡Tenés razón! Mi vieja debe estar histérica. ¿Tendrán un teléfono público aquí?

Ya se volvía para preguntarle a los mozos cuando se acordaron de que tenían un teléfono en la mesa, y riéndose de su aturdimiento lo tomaron y marcaron, primero Vanessa. Atendió la madre. Le dijo que la lluvia las había sorprendido, a ella y a Jessica, en la calle, y que estaban refugiadas en una pizzería esperando a que parara. Que estaban bien y no había ningún motivo de preocupación. Sí, se habían mojado un poco, pero no era nada grave. En realidad, no había mentido mucho, y dadas las circunstancias, una mentira piadosa estaba justificada. La madre le dijo algo, y ella simuló acordarse de Maxi (en realidad se acordó), y le dijo que su hermano, con el que se había cruzado por casualidad al largarse a llover, había ido a la casa de un amigo, donde probablemente se quedaría a dormir. Cortó con un suspiro, y le pasó el aparato a Jessica, que llamó a su madre y le dijo más o menos lo mismo.

—Las madres... —les dijeron con una sonrisa resignada a los otros dos—. Ya saben cómo son.

—Dichosas ustedes, que las tienen.

—Pero ustedes se tienen uno al otro —dijo Jessica—, y además no tienen que llamarse por teléfono porque están juntos.



—Todos tienen madre, quieran o no —dijo Vanessa—. El mundo es un mundo de madres. Ésa es la única conclusión que se puede sacar, al fin de cuentas.

Miró a Jessica. Jessica la miró a ella, con melancolía. Seguían en el mundo de las madres. Hablando de «conclusión», era evidente que para Adelita y Alfredo la aventura había terminado, y había terminado bien. Se amaban, se casarían, tendrían hijos: habían llegado a puerto. Ellas en cambio seguían en suspenso: en la alternativa infinita de seguir los consejos de sus madres, o hacer todo lo contrario. La única conclusión que podía tener una aventura, ésta o cualquier otra, era aprovechar la lección que había dejado... o no aprovecharla. Ese era el único y dudoso privilegio de la burguesía: no aprender de la experiencia, y volver a equivocarse, y seguir contando con el reaseguro materno.

## XIII

Maxi dormía en un gran catre desplegable que los villeros habían fabricado meses atrás, y habían guardado esperando la ocasión de usarlo. Lo habían hecho para él, cuando notaron qué fuerte lo atacaba el sueño a la noche, calculando con razón que tarde o temprano iba a demorarse más allá de la hora en que le fuera posible volver a su casa. Que no le hablaran no significaba que no lo tuvieran bien observado, y hasta bien estudiado, por lo que pudieron hacerle un lecho a su medida. Era una especie de catre de campaña, de gruesa lona elástica tendida sobre un bastidor de aluminio, que se doblaba en cuatro sobre bisagras hidráulicas. Tenía tres hileras de patas de saca y pon, en los extremos y en el medio, de metal sólido y cincuenta centímetros de alto. Lo hicieron plegable porque armado ocupaba demasiado espacio, y por supuesto no querían que nadie más que él lo usara. Además, así era más fácil esconderlo. Habían preparado asimismo un juego de sábanas de hilo, y una frazada de lana de vicuña, teñida de rojo brillante; tampoco las habían usado, no obstante lo cual periódicamente las llevaban a la tintorería, para tenerlas siempre impecables. También periódicamente hacían un simulacro, para asegurarse de que llegado el momento podrían hacer el armado y tendido en unos pocos segundos. Y mantenían en forma rotativa una casilla vacía y lista para albergarlo, todos los días del año.

Esa noche, cuando el Pastor trajo a Maxi de la explanada, mojado y exhausto después de haber reunido a los novios, el operativo se puso en marcha de inmediato. Lo llevaron hasta la casilla preparada, y cuando llegó, tambaleante y sin ver nada bajo los truenos, la cama ya estaba preparada. Dormía profundamente antes de que su cabeza tocara la almohada.

La casilla era un cubo apenas irregular, y el catre la ocupaba todo a lo largo, haciendo presión sobre las paredes. El cubo era uno en un millón, colocados uno al lado del otro, con o sin huecos entre ellos, a veces apilados, en hileras o racimos, dispuestos al azar en una gran improvisación colectiva. Los constructores artesanales preferían las formas simples, no por motivos estéticos o utilitarios, sino, justamente, para simplificar las cosas. En la Villa la simplificación significaba algo distinto que en el resto de la ciudad. Las formas simples son muy intelectuales o abstractas en la vigilia, pero en el sueño son simplemente prácticas, utilitarias. Y este anillo inabarcable pertenecía por derecho al inconsciente. Los cables que unían las construcciones, tan numerosos e intrincados como ellas, contribuían a esta dedicación de la Villa al sueño.

Cabezas daba la vuelta alrededor, y nunca la metáfora del insecto y la lámpara habría sido más apropiada. Casi no podía ver por dónde iba, con los limpiaparabrisas desbordados, y los faros bajo el nivel del agua. Pero tenía a la izquierda el gran diamante iluminado de la Villa y no había cómo perderse. ¡Cuántas veces había dado

esta vuelta, con la sensación inquietante de rozar el misterio, sin más efecto que hacerse misterioso él mismo, sin saberlo! Ahora que sabía lo que buscaba, clavaba la vista en cada una de las bocacalles en ángulo, en busca de las configuraciones de luz colgadas entre las casillas. Los dibujos lo obligaban a entrecerrar los ojos, aunque los veía a través de las portentosas cortinas de agua. Pero allí todo era luz, en tal exceso que la luz misma quedaba mimetizada.

Aunque no estaba para grandes observaciones, no pudo dejar de notar que los «dibujos» que formaban los foquitos estaban «dentro» de otros dibujos, y el de afuera se distinguía por tener siempre más o menos la misma forma, que era vagamente la de un pulmón. Que los dibujos en sí fueran esto o lo otro, era discutible: cada luz debía unirse con una línea imaginaria, y entre media docena o más de luces, podrían trazarse muchas líneas... Era paradójico, o contraproducente, si su finalidad era servir de señales: pero la naturaleza misma del medio impedía hacerlo tan fácil como un cartel que dijera AQUÍ ES. Y además, tenía que recordar que estaba en el sistema general de la proximidad.

Se dio cuenta de que el resplandor casi exagerado de la Villa se debía en parte al contraste con la oscuridad que la rodeaba. Evidentemente, habían cortado la luz en toda el área, por la tormenta. La Villa no era afectada, porque su suministro de energía dependía de las «colgadas» de los cables de alta tensión que alimentaban a toda la ciudad; que no se cortaban nunca. Lo cual era muy práctico, ya que la única guía para que los compradores de droga encontraran su rumbo dependía de la luz.

Al fin encontró al «patito», claro y patente como un día de sol. Allí mismo dejó el auto y salió casi nadando, con el agua hasta la cintura. Salir del auto y recibir cien mil baldazos de agua en la cabeza fue todo uno. No le importó en lo más mínimo. Ya había adoptado un humor anfibio, y todo le resultaba natural. A los demás por lo visto les había pasado lo mismo; era increíble lo rápido que se adaptaba la gente a lo extraordinario, cuando las circunstancias eran extraordinarias.

No bien se introducía por esa calle, se le echaron encima las «noteras», que estaban por todas partes. Envueltas en capas plásticas transparentes de extraordinario volumen, lo mismo que los camarógrafos que las seguían, y provistas de grandes antiparras de burbuja, eran monstruos de difícil definición. Los micrófonos que venían empuñando con el brazo estirado también estaban envueltos en un capuchón impermeable, y en toda esa profusión de plástico se reflejaba el haz de los reflectores incorporados a las cámaras, volviéndolo todo una acumulación móvil de estructuras como de cristal blando y crujiente. Adivinó que lo tomaban por tropa de la Jueza, y se le ocurrió despistarlos. Ignorando sus preguntas ineptas, gritó:

—¡Lo tenemos acorralado justo al otro lado de la Villa! ¡Yo vine a este extremo para cortarle la retirada en caso de que logre eludir el cerco!

Salieron corriendo y él quedó muy satisfecho del truco. De hecho, le pareció que

coronaba su decisión de ser malo, al poner a la televisión de su lado. Lo que no tuvo en cuenta era que como se estaba transmitiendo en directo, alguien lo reconoció, y se le vinieron encima como perros hambrientos. Se oyeron tiros, y todos empezaron a correr. Como sucedía siempre en esos casos, las imágenes en las pantallas de los televisores se hicieron extrañas. Los camarógrafos se escondían tras la primera pared que encontraban, y enfocaban una escena vacía, que quedaba fija interminablemente; a esta fijeza inmutable contribuía el hecho de que, en razón de la expectativa creada, y el miedo a perderse algo esencial, se interrumpían los cortes, superposiciones o carteles: era la pura escenografía del peligro, en la que por definición no podía pasar nada. La sociedad entera aceptaba que la vida de los camarógrafos, por algún motivo, era demasiado valiosa para hacerle correr el menor riesgo. La única distracción era la voz jadeante, en susurros nerviosos, de las «noteras», escondidas en otra parte y mirando otro paisaje.

En este caso había un movimiento de todos modos: el del agua. No sólo la que caía, sino la que corría. Las calles de la Villa se habían vuelto torrentes espumosos que se precipitaban en una especie de cascada constante del centro hacia la periferia. Se habría dicho, al observar este flujo, que el centro estaba a un nivel más alto, pero no era así. En realidad, no podía decirse que el origen de esas corrientes turbulentas fuera «el centro», ya que las calles no convergían hacia el centro de un círculo, sino que se inclinaban respecto de la circunferencia en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

Unos pocos tiros habían despejado el camino. Cabezas, como un obeso yacaré nadando contra la corriente, iba de casilla en casilla, la pistola asida con las dos manos, los ojos fijos en los números mal pintados sobre las puertas. No tuvo que ir muy lejos. Apenas pasada la guirnalda principal de bombitas, la del «pato», estaba el diecisiete, a plena vista. Era una casilla como todas las demás, un cubo de madera y chapa muy remendado, sin ventanas ni canaletas. Ahí estaba, lo que le daría la impunidad tan soñada, o directamente la felicidad.

Mientras tanto, el sueño de Maxi había alcanzado nuevos niveles de profundidad. Si es cierto como dicen que no hay mejor somnífero que el ruido de la lluvia en el techo, la ocasión propiciaba un buen sueño, aunque él no necesitaba ningún estímulo adicional. Y el proceso natural no había tenido interrupciones. Nadie lo había ido a molestar, nadie había entrado en su cubículo. Lo que sí, debía de estar soñando como nunca. Uno sueña más en camas ajenas que en la suya, porque tiene más perturbaciones físicas que verosimilizar.

Cabezas se lanzó sobre la puerta, y la abrió de par en par por el impacto. No pudo dar crédito a sus ojos. Lo que había del otro lado... era simplemente nada. No había habitación. Era una fachada, detrás de la cual se abría un paisaje desolado lleno de lluvia, con otras casillas, cerca y lejos, iluminadas por los relámpagos. Era parecido y

distinto a la vez: afuera, pero también adentro. Su primer pensamiento fue que debía habérselo esperado: las cosas nunca eran tan fáciles. ¿Pero qué podía haber fallado esta vez? La única explicación que se le ocurría era que el Pastor le hubiera mentido, y sabía fehacientemente que no había sido así. «Los muertos no mienten», se dijo. Pero la verdad también era un abismo. Y no tuvo tiempo de ponerse a explorarlo porque en ese preciso momento aparecía ante él, desembocando de un callejón oscuro, la Jueza, y detrás de ella sus samurais. Alzó la pistola pensando «Adiós Proxidina», pero antes de que pudiera apretar el gatillo ella disparaba todo el cargador de su metralleta, atravesándolo cien veces (por lo menos) con balas del tamaño de dátiles. Cuando caía muerto, sus ojos se cerraron sobre la visión de esa especie de patio misterioso.

¿Qué había pasado? El Pastor no había mentido, y a Maxi nadie lo había cambiado de lugar. ¿Y entonces? Sus protectores villeros habían adoptado una solución bastante más complicada, pero posible y dentro de todo lógica. Cambiaron la configuración de las luces de todas las calles; como no sabían si Cabezas tenía estudiada la serie, para que no entrara en sospechas tuvieron que cambiarlas todas, y las dejaron en el mismo orden pero desplazadas seis lugares, de modo que el «pato» quedó brillando seis calles a la derecha, y fue por ahí por donde se metió el policía asesino, y en lugar de encontrar el tesoro encontró su perdición.

¿Pero entonces la Villa podía «girar»? ¿Era posible? Quizás no había estado haciendo otra cosa desde épocas inmemoriales. Quizás toda su existencia se había consumado en una rotación sin fin. Quizás ésa era la famosa «rueda de la Fortuna», salvo que no estaba de pie como se la imaginaban todos, sino humildemente volcada en la tierra, y entonces no era cuestión de que unos quedaran «arriba» y otros «abajo» sino que todos estaban abajo siempre, y se limitaban a cambiar de lugar a ras del suelo. Nunca se salía de pobre, y la vida se iba en pequeños desplazamientos que en el fondo no significaban nada. Y aun así, esas minúsculas fracciones de revolución eran rarísimas, se producían cada muerte de obispo, por un encadenamiento de circunstancias tan complejo que nadie llegaba a descifrarlo. En este caso se había dado, y nadie se enteró. Fue lo único de lo que no pudo informar la televisión, que de todos modos tenía bastante de qué ocuparse.

Noteras y camarógrafos se habían reunido alrededor del cadáver (el segundo de la noche), y esperaban la declaración de la Jueza, que daba órdenes en voz baja a sus hombres. Al fin enfrentó a las cámaras, y le acercaron los micrófonos. Alguien había abierto un paraguas, y lo sostenía sobre su cabeza. Sus palabras fueron transmitidas en directo a todo el país:

—Aquí ha terminado la carrera de uno de los criminales más peligrosos que hayan amenazado la seguridad de la Nación durante los últimos tiempos. Debe servirnos de advertencia, pues el problema de la proxidina, lejos de haber terminado

con él, apenas si ha empezado. El inspector Cabezas era un hombre de gran inteligencia, quizás el mejor cerebro de la Argentina: pudo emplearlo para el bien, y habría hecho cosas muy grandes, pero tomó el camino maldito de la contigüidad inducida. Son muchos los que se han encandilado en esa dirección, y lamentablemente debemos esperar que muchos más lo hagan en el futuro. Es una escalada que no tiene fin: se empieza por curiosidad, y se termina matando para llegar a la «madre» de la droga. Todos van hacia ella, pobres y ricos por igual, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Los medios de comunicación masiva tienen el deber irrenunciable de hacerle comprender a la sociedad que no la alcanzarán nunca. Todo lo que se haga en esa dirección es inútil, por lo menos dentro del lapso de una vida humana. Ustedes han dicho hasta el cansancio que es un «camino de ida», y no es una metáfora, porque el efecto de la proxidina sobre el usuario es hacer literalmente infinito el trayecto. A la «madre» no hay que buscarla fuera del éxtasis porque está implícita en él, y durante el camino que se emprende con el consumo se va transformando y toma todas las formas posibles del mundo, en una sucesión incoherente e irresponsable que lo extravía tanto como está extraviada la mente de un soñador.